

Sophie Saint Rose
Serie Texas



*Mi mayor
descubrimiento*

Mi mayor descubrimiento

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Damaryss se puso los guantes de algodón e impaciente se acercó a la mesa. —Dios mío... — susurró admirando los grabados de la piedra plana del tamaño de un ladrillo. —Es azteca sin duda. —Pasó el dedo por los redondeados dibujos. —Está en muy buen estado. Casi no se ha degradado.

—Es auténtica —dijo Cristal—. Los técnicos han corroborado la autenticidad de los grabados y las pruebas del carbono catorce de los huesos encontrados a su lado sitúan al fallecido en el año mil quinientos diecisiete. Más o menos. Ya sabes cómo va esto.

Levantó la vista hasta su ayudante y le guiñó uno de sus ojos verdes. —Al parecer has aprovechado mis vacaciones.

—En cuanto llegó, todo fue una locura. Te hubiera llamado pero el jefe se negaba a que te interrumpieran las vacaciones por una piedra. Que le había costado dos años que te cogieras unas. Que ni aunque encontráramos el mismo Santo Grial te llamaría y que como lo hiciéramos alguno de nosotros nos capaba. —Damaryss rio divertida. —Esas fueron sus palabras. — Emocionada rodeó la mesa. —¿Qué opinas?

—Que es azteca. No hay duda. ¿Quién la ha traducido?

—Yo.

Apretó los labios. —Pues si fuera tu profesora te suspendería, señorita. Esto es un perro no un ciervo —dijo señalando el símbolo redondeado—. Y hay dos en la piedra. —Mostró los perros en las dos esquinas. —Estos son fieles y valientes... Están rodeados de dioses que les protegen, tienen un camino que seguir —dijo señalando el trazo entre las imágenes que iba hacia la parte izquierda de la piedra—. Protegen algo que está aquí en el centro que no tenemos porque

esto está a la mitad. —Señaló un trazo recto. —Pero parece el principio de una casa... Protegen el hogar, sus costumbres, su cultura. —Se enderezó entrecerrando los ojos. —Perros...

—¿Damaryss? —Su ayudante la miró interrogante con sus ojos azules. —¿Qué pasa?

Se volvió y a toda prisa fue hasta el ordenador. —En los años sesenta se encontró algo... Déjame pensar. ¿Dónde lo había visto? —Se apartó su cabello moreno de la cara antes de abrir los ojos como platos. —¡En el Smithsonian! —Tecleó a toda prisa y pinchó en el ratón muchas veces hasta que chilló de la alegría volviendo la pantalla.

Cristal dejó caer la mandíbula al ver la otra parte de su grabado. —Es exactamente igual.

—¡Sí! Cuatro perros que protegen algo que está en el centro. Falta el pedazo del medio. ¿Se puede comprobar que el cadáver era azteca?

—No, estaba en muy mal estado. Solo pequeños restos óseos.

—¿Y dónde fue encontrado?

—En una cueva. En Alabama, cerca de Tuscaloosa.

—¿Tan al este? Son más de dos mil kilómetros... —Se quedó mirando la pantalla. —Esta fue encontrada en Kansas, en unas obras de un centro comercial en Burlington.

—Increíble. ¿Separaron los pedazos a propósito?

—Y los trasladaron desde el valle de México hasta aquí. Y en la época de la que era el cadáver nos indica...

—La llegada de los españoles a las Américas.

—Exacto. Llegaron los conquistadores y enviaron a cuatro fieles guerreros a llevar un grabado a cada parte de lo que ahora son los Estados Unidos.

—Protegían algo.

—Exacto. Algo que los conquistadores no podían encontrar. —Se levantó señalando la piedra y mostrando los dioses que acompañaban a los perros en su camino. —Algo por lo que necesitaban el viento —dijo señalando otro símbolo—. Para saber cómo sortear los obstáculos. Algo tan sagrado que no podían destruir para evitar que se lo arrebataran. Solo podían alejarlo y esconderlo para que nunca lo encontraran.

—Tanto como para adentrarse tan al norte. Pero solo tenemos dos piedras. —Cristal chasqueó la lengua apartando un mechón de pelo rubio. —Y no es por nada, pero si esa se encontró en los sesenta después de más de cuatrocientos años y ésta ahora, ¿cuándo crees que encontraremos la siguiente?

—Muy graciosa. ¡Es un descubrimiento increíble! Seguramente en toda tu carrera como arqueóloga no verás nada igual.

—Acabas de explotar mi burbuja como Indiana Jones.

—Muy graciosa.

—No tenemos nada. —Suspiró sentándose en una silla. —Y yo que creía que cuando llegaras descubrirías el Dorado o algo así.

—No, el Dorado no lo trasladarían cuatro hombres. Y yo sigo pensando que estaba en Perú. —Se le cortó el aliento. —Pero sí que esas piedras esconden algo más... Algo que ocultaron. No solo lo alejaron.

—¿Y si es un mapa cómo iban a encontrarlo después para recuperar eso tan valioso? Porque hay que ser muy listo para encontrar las piedras en todo el territorio de los Estados Unidos.

—No lo entiendes. No es un mapa de vuelta, es un mapa de ida. Es exclusivamente para llegar desde su asentamiento hasta el lugar donde escondieron eso tan valioso.

A Cristal se le cortó el aliento. —¿Solo lo utilizaron para llegar aquí?

—Exacto. Y como su misión en la vida era proteger lo que habían transportado, fuera lo que fuera, se alejaron con una piedra cada uno a una parte del territorio americano separando el mapa en varios pedazos. ¿Y por qué no las destruyeron después de llegar a su objetivo? Por los dioses que les cuidaron durante el viaje. Unas piedras sagradas que tampoco podían destruir, así que simplemente se alejaron dirigiéndose a un punto más al norte.

Su ayudante miró la piedra. —¿Y por qué los hombres están separados en el mapa? —Distraída miró hacia la jefa que estaba sacando algo de la fotocopidora. Puso la fotocopia al lado de la piedra y ambas entrecerraron los ojos porque no eran exactamente iguales.

—Mira, aquí se bifurcan las líneas —dijo Damaryss señalando la fotocopia.

—Y todas son distintas. Esta de aquí es más curvada. Parece un garfio.

Apretó los labios. —Algo se nos escapa. Dos de los perros corresponden a dos hombres y solo encontramos en cada excavación una piedra con un cuerpo. Si fuera un mapa para cada uno de ellos no cuadra. ¿Dónde quedaron los dos cuerpos que faltan? ¿Por qué están representados en la piedra y después desaparecieron?

—Puede que murieran en el camino. En aquella época se morían por todo.

—Y estas rutas... Trae un mapa geológico de México.

—Deberíamos escanearlo y que lo hiciera el ordenador.

—Ponte a ello. Quiero saber a qué corresponden esas rutas.

—Ahora me pongo, jefa.

Mirando la fotocopia apretó los labios. —Tenemos mucho trabajo por delante.

Suspiró viendo a Cristal dormida sobre su mesa y miró su reloj. Las dos de la mañana. La verdad es que no sabía por qué se daban tanta prisa. Las piedras llevaban por ahí quinientos años. Se notaba que necesitaba más vida social.

Ajustó de nuevo la imagen de la supuesta ruta y la giró para cuadrarla con el mapa. No sabía si era el tamaño o es que estaba totalmente equivocada. Cogió la piedra de nuevo y frunció el ceño. La línea de arriba empezaba algo más separada del guardián que la de abajo.

—¡Cristal!

Su ayudante se sobresaltó levantando la cara con un folio pegado a la cara y se lo quitó de golpe asustada. Sus cabellos rubios estaban totalmente despeinados y la trenza que llevaba siempre, estaba deshecha después de tres días allí metidas. —¿Qué? ¿Qué pasa?

Sonrió sin poder evitarlo. —Ven, mira esto.

—Ya puede ser bueno, estaba soñando con Justin Bieber.

—Madre mía, ¿cuántos años tienes?

—Veinticuatro. Cuatro menos que tú.

—Mira esto. —Suspiró poniéndose a su lado. Damaryss señaló la distancia.

—Será que no eran tan precisos con el cincel y el martillo —dijo su ayudante irónica—. Son unos milímetros.

—Eran muy avanzados para su época. No dejaban nada al azar. Eran precisos, increíbles matemáticos... Arquitectos que hacían cosas casi imposibles con los pocos medios que tenían.

—¿Vas a empezar ahora a hablar de extraterrestres? Como me hables de esa teoría me piro a mi casa.

—Pues no, listilla. Qué mal despertar tienes.

—Es un defecto de grabado, Damaryss. —Cogió la fotocopia y frunció el ceño. —En esta el defecto está al revés. Es abajo donde es más corta.

Miró la fotocopia pensando en ello. —¿Y si no son cuatro rutas de las que siguieron una? ¿Y si es una sola?

Cristal entrecerró los ojos. —Puede, ¿pero cómo las cuadramos?

—Hay cientos de posibilidades. Empieza. —Concentrada en su pantalla unió las líneas de este a oeste, pero al intentar encajarla en el mapa no encontraba una ruta viable. Había que tener en cuenta que en aquella época no había carreteras ni presas ni nada que afectara a la orografía del terreno. Y en quinientos años todo había cambiado mucho, pero a la hora de hacer un viaje así buscarían la ruta más fácil porque había que tener en cuenta que estaban huyendo. Decidió poner las rutas de abajo y después las de arriba, pero nada. Tampoco coincidían con un destino fácil. Es más, terminaba en un río y dudaba que aquella fuera la adecuada. Estaba convencida que tenía que terminar en los Estados Unidos porque allí es desde donde continuaron camino, así que descartó todo lo que terminara en México. Iban hacia el norte... Norte a sur y este a oeste. Probó con la primera línea del norte, pero la siguiente del norte ya no le cuadraba... Cogió la piedra y la giró sobre la mesa. Las piedras ya estaban divididas al salir porque los cantos estaban cortados idénticos, algo muy difícil si se partió la piedra después. No, las partes estaban separadas desde el principio. Giró la piedra alrededor de la fotocopia y se preguntó si no había más piedras. ¿Por qué cuatro perros? Al girar la piedra a su alrededor se le cortó el aliento. Podía haber ocho. —Cristal...

—Uhhh. Esto es un trabajo que nos llevará mucho tiempo. ¿Crees que la fundación nos financiará otros diez años?

—Cristal. ¿Y si son más perros?

A su ayudante se le cortó el aliento mirándola. —¿Cómo?

—Hemos supuesto que eran cuatro, pero al girar esto sobre la supuesta piedra que falta, que pueden ser más de una... ¡Lo hemos supuesto porque creemos que forman parte de la misma línea horizontal! —Cogió la fotocopia poniéndola encima de la piedra y dejando el hueco en medio que correspondía con la piedra que faltaba. —¿Quién no nos dice que no van así y nos faltan todas las demás?

Cristal dejó caer los hombros. —Te odio.

Se levantó frustrada y apartó su melena morena de su rostro. —Vamos a pensar...

—¿Más? A mí no me quedan neuronas. —Cogió su lata de cola y le dio un buen sorbo. —Creo que deberíamos descansar. Este trabajo tiene miles de posibilidades y no vamos a resolverlo hoy. Sé que estás emocionada, pero hay muchas cosas que averiguar. Como que no tienen los cantos redondeados como el calendario azteca. Así que el mapa no es redondo. ¿Si era tan sagrado no sería redondo? Uff... ¿Ves? Solo digo tonterías. Me voy a casa.

Se le cortó el aliento mirándola. —El calendario azteca.

Apartó la lata de los labios. —Sí, ¿qué?

—Eran astrónomos.

—¿Ya empieza otra vez la teoría de los extraterrestres?

—Busca las estrellas. Nos hemos equivocado totalmente. ¡No es una ruta por tierra, era una ruta marcada por las estrellas!

—No jodas.

—No había contaminación. ¿Cuántos viajeros en la antigüedad se guiaron por ellas para llegar a su destino? ¡Solo tenían que huir hacia el norte y mirar el cielo!

Horas después estaban mirando la pantalla del ordenador con la boca abierta. Después de

llamar al centro astrofísico nacional y de pasarles por correo electrónico los dibujos les habían dado cuatro resultados que formaban cuatro puntos en el cielo. Y cuando la tierra giraba y estas quedaban sobre los Estados Unidos las cuatro líneas de estrellas convergían en un solo punto. — ¿Están seguros?

—Seguros. Solo se pueden ver las cuatro a la vez en un solo punto y es a veinte kilómetros de Leakey, cerca de San Antonio. Nos han enviado las coordenadas exactas de la intersección. Sabes que tienen satélites muy precisos.

—Puede ser que fueran ellos los que se desviarán. No tenían esa tecnología. Tenían que hacerlo a ojo.

—Debe haber algo allí que no podía confundirles.

—Sí... Algo que no sabemos porque nos falta la piedra del medio que es la más importante. Eso si solo son tres piedras, claro.

—Pues habrá que ir allí a averiguar algo más, ¿no jefa?

Sonrió divertida. —Por supuesto que sí.

Capítulo 2

Se bajó del coche y suspiró llevándose las manos a los riñones e inclinándose hacia atrás mientras su equipo frenaba los otros dos vehículos a su lado con todo el material. Miró a su alrededor distraída. Había unas veinte casas en el pueblo más cercano a la ubicación que les habían proporcionado. —¿Cristal?

—Quedan dos kilómetros al sur, jefa. Eso dice el GPS.

—¿Cómo se llama este pueblo?

Su ayudante desde dentro del coche lo miró en el ordenador y sonrió. —¡Cristal Valley! — Sonrió radiante mirándola. —Es una señal.

—Sí, señal de que teníamos que habernos quedado a dormir en Leakey. —Se volvió suspirando y en ese momento Eduardo se bajó de la furgoneta. —No sé si por aquí habrá donde dormir.

—Joder, hace un calor de mil demonios.

—Muy distinto a Washington, de eso no hay duda. —Miró a su alrededor de nuevo. En la calle principal ni había asfalto y a ambos lados las casas parecían las de las películas del oeste que veía de pequeña. Si no fuera por las rancheras aparcadas ante las casas creería que estaba en otra dimensión. Vio la bandera de Texas ante lo que era la oficina del sheriff y en ese momento salió un hombre con una buena barriga y un bigote espeso saludando con su sombrero texano que se puso en cuanto salió a la carretera.

—¡Buenas tardes! —dijo él afable.

—Chicos, sed educados. Representamos a una institución de altura. —Los chicos sonrieron divertidos tras ella y Damaryss sonrió acercándose a él. —Buenas tardes, sheriff...—Extendió la

mano.

—Galler. Roy Galler.

—Mucho gusto, sheriff Galler. Yo soy Damaryss Goodell y este es mi equipo.

—¿Vienen de excursión a la gruta? Porque si es así deben comunicarlo. —Se subió el pantalón hasta la mitad de la cintura. —Aquí en Cristal Valley somos muy serios con eso de los rescates y siempre seguimos la normativa. Deben sacar un permiso y...

Damaryss entrecerró los ojos levantando una mano, lo que provocó que Cristal y Eduardo se acercaran de inmediato. —¿La gruta? ¿Hay por aquí una gruta?

—Oh sí, en realidad hay más de una. Cientos de espeleólogos vienen al año para visitarlas. —El sheriff frunció el ceño.

Damaryss levantó sus cejas morenas antes de mirar a Eduardo que se sonrojó. —Enseguida lo compruebo, jefa.

—Más te vale...—dijo entre dientes antes de sonreír al sheriff—. No veníamos a explorar la gruta, de momento. Somos un equipo de investigación que venimos a buscar rastros de unas piedras de procedencia nativo-americana.

—¿Piedras de indios?

Sonrió divertida decidiendo no entrar en detalles. —Sí, exactamente eso. Son indias. Nuestras investigaciones nos han llevado hasta aquí. —Cristal carraspeó. —Bueno, aquí exactamente no, a dos kilómetros al sur. ¿Conoce esa zona?

—Por supuesto. Conozco todo lo que hay de aquí hasta Leakey. Es mi jurisdicción.

Sonrió radiante. —Estupendo. ¿A quién tenemos que pedir permiso para excavar en esa zona? —Miró al final de la calle al único edificio de ladrillo. —¿Al ayuntamiento? ¿A algún vecino?

—¿Exactamente qué zona es?

Cristal le mostró el mapa y el sheriff se pasó la mano por la barbilla frunciendo el ceño. El hombre suspiró tensándola. —Chica, creo que van a tener que dar la vuelta y largarse si tienen que entrar en esas tierras.

—¿Hay alguna prohibición estatal?

—Pues sí. La prohibición de la propiedad privada. —Señaló hacia el sur. —Todo lo que abarca a la vista hacia aquellas montañas pertenece a propiedad privada.

Frunció su precioso ceño porque parecía convencido de lo que le decía. —¿Es un vecino hostil? Es una investigación importante, se lo aseguro.

—Oh, no. Jaxon es un vecino como los que ya no quedan, pero es muy suyo para sus cosas.

—Es como los de antes —dijo Eduardo.

El sheriff sonrió. —¡Exacto! Un hombre de los pies a la cabeza.

Estaba claro que era amigo suyo y sonrió agradablemente. —¿Y usted no podría presentármelo? No me gustaría entrar en sus tierras por las buenas si es tan suyo con sus cosas.

—Claro que no me importaría, niña. Sobre todo porque no me gustaría recoger sus restos llenos de agujeros de la carretera.

Cristal jadeó alucinada. —¿Le dispararía?

—¿Jaxon? Les dejaría el coche hecho un colador. —Volvió a tirar de sus pantalones hacia arriba. —Ya les digo que es muy suyo para sus cosas. En su finca solo se entra para cargar o descargar el ganado y las provisiones. —Se acercó estirando el cuello. —Es que hace unos años entraron en su finca, acamparon y mataron a parte de su manada para joder. Desde entonces desconfía de los forasteros.

—Entiendo. —Miró de reojo a Eduardo que sonreía como si les hubieran dado una buena noticia.

—Tiene que conocerte, jefa. —Le guiñó un ojo. —En cuanto lo haga y vea que somos personas serias nos dejará hacer nuestro trabajo.

—No esté tan convencido, chico. Jaxon es muy suyo. Pero la acompaño, chiquilla. Claro que sí.

—Es usted muy amable. —Se giró hacia su equipo. —Buscad alojamiento.

—Oh, la señora Riding alquila habitaciones para los excursionistas. Estará encantada de atenderos. Al final de la calle está.

—Pues perfecto. —Fue hasta el coche y abrió la puerta para sacar su bolsa. —Cuando quiera nos vamos, sheriff.

Cristal se apuró a coger su bolsa para acompañarla y sonrió al sheriff cuando se puso a su lado. —Soy su ayudante. Cristal Perkins.

—Mucho gusto, señorita.

—Como me gustan esos modales. Muchos dirían que están anticuados, pero a mí me encantan.

El sheriff sonrió. —Por aquí no somos modernos como los de ciudad con tanta tía y tío... Seguimos llamando a nuestros mayores de usted. Algunos hijos incluso siguen haciéndolo con sus padres en señal de respeto.

Madre mía, pensó Damaryss. Había entrado en otro siglo. Bueno, había que amoldarse si quería conseguir lo que estaban buscando. —Su coche...

El sheriff se echó a reír. —Se nota que tiene prisa.

—Es que llevo todo el día en el coche y estoy deseando darme una ducha, dormir un poco y comer algo. Y me da igual el orden, la verdad.

El hombre se echó a reír. —Pues chica entonces vaya a comer algo. La señorita Jones tiene la mejor ternera del contorno porque se la compra a Jaxon precisamente. Le hará un buen filete y así tendrá energías.

Ella forzó una sonrisa. —Preferiría terminar mi trabajo primero. Así después me relajo.

—Como quiera, chiquilla. Estaremos allí enseguida.

—Perfecto.

El sheriff caminó hasta un cuatro por cuatro con la placa del sheriff en el costado. —Pueden sentarse atrás. Normas.

—Genial —dijo Cristal emocionadísima.

Él abrió la puerta y se subieron al coche. —Una nueva experiencia. ¡Me encanta! —Intentó abrir la otra puerta por dentro y evidentemente no pudo. —Esto es genial.

—¿Quieres comportarte?

—Estás muy gruñona. Tienes bajo el azúcar.

Suspiró porque estaba agotada. Llevaba dos días conduciendo y la semana antes de salir casi no había dormido investigando y preparando al equipo porque era su responsabilidad que todo estuviera en orden y no se olvidaran nada importante. Desgraciadamente ahora estaba pagando las consecuencias y como decía su amiga estaba gruñona e irascible.

—¿Y de dónde son? —preguntó el sheriff afable encendiendo el motor.

—De Washington, sheriff —dijo Cristal agradablemente—. Allí vivimos, aunque cada uno somos de un padre y una madre. Damaryss es texana.

—¿No me diga? ¿De dónde?

—Nací en Dallas.

Eso pareció gustarle porque sonrió. —Ya sabía yo que tiene el empuje de una texana. ¡Eso le gustará a Jaxon! Sí señor.

Ella forzó una sonrisa, pero por dentro suspiró mirando a su alrededor. Aquello no se parecía nada a Dallas, la verdad. Además se había mudado con tres años. Pero si había que ser una texana para que ese hombre se quedara a gusto no iba a haber una texana que amara a su tierra más que ella.

Salieron del pueblo y regresaron por la carretera por la que habían venido. Frunció el ceño al ver un gran arco que ya le había llamado la atención a su llegada. —¿Es aquí?

—Sí, aquí empieza el rancho Easterwood.

—Tiene clase —dijo su ayudante mirando a su alrededor.

—Es el rancho más grande de la zona. De hecho, es el más grande del condado.

Damaryss miró las montañas al fondo. —Es una finca enorme.

—Quinientas sesenta hectáreas de las mejores tierras de Texas. Se dedica a la agricultura y a la ganadería. La mayor parte a la ganadería, la verdad. Pero los campos le vienen bien para tener forraje. Además, la jefa hace quesos que son muy apreciados por la zona.

—¿La jefa?

—La madre de Jaxon.

—¿Su madre aún vive? —preguntó Cristal impresionada.

—Oh, claro que sí. Aquí vivimos muchos años porque hay aire puro y no toda esa contaminación y el ruido... —Gruñó molesto. —No me extraña nada que nos visite tanta gente. Este mes ya van veintitrés.

No pudo evitar sonreír porque era evidente que estaba orgulloso de su tierra. —Y dígame sheriff, ¿tiene mucho trabajo por aquí?

—Mucho, no paro en todo el día. Mi mujer dice que va a pedir el divorcio. —Se echó a reír. —Pero lleva diciéndolo veinte años. ¿Debería creérmela?

—¿Y tiene hijos? —preguntó Cristal.

—Cuatro. Grandes como toros. —Hizo una mueca. —Han salido a su madre. —Ambas reprimieron la risa. —El mayor está trabajando para Jaxon. Le gusta la ganadería y es un buen trabajo. Los otros tres aún están en el instituto. El pequeño irá a la universidad. Es de listo...

—Si va a la universidad no se olvide de llamarme para darle una buena referencia.

—Gracias, señorita. Sé que todas esas tonterías son importantes a la hora de elegirla. ¿Usted es lista? ¿Tiene un puesto importante?

—Es licenciada en arqueología cum laude por Harvard y ha sido becada para hacer el doctorado en Cambridge nada menos. Ahora trabaja en una de las fundaciones para preservar los hechos históricos más importante de los Estados Unidos. La Fundación Carter. ¿La conoce?

—No, señorita. No la conozco. ¿Vendrá ese hombre por aquí?

Ellas sonrieron. —Espero que no. Murió hace treinta años —dijo Damaryss—. Ahora la lleva su nieto.

—Pues si viene a visitarla que nos avise. A estos jefazos importantes siempre les damos una fiestecita. El alcalde estará contento de mostrarle el pueblo.

—No creo que se acerque por aquí —dijo a toda prisa no fuera a ser que empezaran a organizar la fiesta—. El señor Carter no suele inmiscuirse en mi trabajo.

—Confía en usted. Eso es bueno.

Cristal miró a su alrededor y señaló a lo lejos. —Esto es enorme. Mira Damaryss, una vaca.

—Es un caballo —dijo el sheriff divertido—. Bueno, ya hemos llegado.

Ellas miraron hacia delante pendientes de cualquier cosa que les llamara la atención, pero solo había prados a su alrededor. Entonces apareció en el horizonte el tejado de una casa enorme y ambas dejaron caer la mandíbula a medida que se aproximaban porque era un rancho en toda regla. Lo que creía que era solo un tejado eran al menos cinco y en el centro había una gran casa que tenía un porche y todo como los de las películas. Hasta tenía mecedoras y un gran columpio en uno de los extremos. Una mujer de unos cincuenta y tantos años salió de la casa vestida en vaqueros y con una camisa de cuadros masculina. Saludó al sheriff con la mano sonriendo agradablemente. Al ver a varios hombres a caballo ante la casa Cristal soltó una risita. —Esto es genial. Madre mía, qué hombres.

El sheriff se echó a reír. —Mira que si te casas aquí... Faltan solteras, chiquillas. Se os van a tirar encima con lo preciosas que sois. Así que ojito —las advirtió como si fuera su padre tuteándolas, lo que indicaba que tenía su visto bueno. Se volvió para mirarlas a los ojos—. Si alguien se pasa un pelo, me lo decís y le retuerzo las pelotas.

Ambas asintieron porque lo dijo tan serio que era para hasta temer bajarse del coche. El sheriff descendió y abrió la puerta de atrás por la parte de Damaryss que miró a Cristal divertida. —No será para tanto.

—Claro que no. Aquí son muy tradicionales, seguro que si oye las burradas que nos dicen en el metro saca la pistola.

Riendo bajó del coche con su amiga detrás para ver al sheriff hablando con la mujer que tenía los brazos en jarras escuchando lo que el hombre tenía que decirle. —Y aquí te las traigo. El resto se ha quedado en el pueblo.

La mujer se inclinó hacia un lado frunciendo el ceño y cuando sus ojos ambarinos coincidieron con los suyos elevó sus cejas castañas antes de bajar la vista por su cuerpo hasta sus deportivas para volver a subir. —¿Y qué sois exactamente? —preguntó agresiva.

Lo dijo de tal manera que se sonrojaron. —Arqueólogas —dijo Damaryss acercándose y extendiendo la mano—. Damaryss Goodell.

—Carole Easterwood.

Debía ser la mujer del dueño y sonrió. —¿Podemos hablar un momento?

La miró con desconfianza y cuando asintió cortante la siguieron hasta los escalones. Al menos así no les daría el sol. Miró de reojo a los vaqueros que desde sus monturas las miraron con una sonrisa en los labios. —Jefa, ¿no nos presentas? —preguntó uno de ellos comiéndosela con los ojos.

—¡A vuestro trabajo!

Como si lo hubiera dicho la reina salieron a galope y Cristal la miró fascinada. —¿Cómo ha hecho eso? A mí los hombres de mi equipo nunca me hacen caso.

—¡Tienes que ser más dura! ¡Y nada de sonreír! ¡La sonrisa les confunde! —Puso las manos en jarras mirando a Damaryss fijamente. —¿Tú eres la jefa?

—Sí, soy la jefa de mi equipo y trabajamos para la fundación Carter.

La mosquitera se abrió y mostró a una mujer muy mayor. —Oh, tenemos invitados —dijo saliendo para mostrar un vestido blanco con florecillas rosas que le llegaba a los tobillos. No había visto un vestido así jamás, pero sorprendentemente a ella le quedaba bien con su cabello cano repeinado hacia atrás en un austero moño en la nuca—. Hija, ¿no les invitas a beber algo? Hay que ser hospitalario con los invitados.

—Abuela, usted siempre tan atenta. Si hay una cerveza fresquita... —dijo el sheriff haciéndola sonreír.

—¿No estás de servicio? —preguntó la señora Easterwood cortante.

—¡Carole! —La abuela apretó los labios. —Trae unas cervezas para los invitados.

Así que esa era realmente la jefa. Damaryss sonrió extendiendo la mano. —Mucho gusto conocerla, soy Damaryss Goodell.

—Una chiquilla preciosa —dijo con una agradable sonrisa—. Y tu nombre es maravilloso. ¿De dónde es?

—Es griego, señora. Mis bisabuelos nacieron allí.

—Grecia es hermosa. ¿La conoces?

Sonrió por lo agradable que era. —Sí, he estado varias veces.

—A mí me llevó mi marido en mi viaje de novios. Recorrimos Europa. Por favor, sentaos.

—Antes quiero presentarle a mi ayudante. Cristal Perkins.

—Es un placer, señora.

—El placer es todo mío. Últimamente no tenemos muchos invitados. —Se sentó en una mecedora con agilidad para su edad y en ese momento apareció Carole con una bandeja de cervezas y queso en un plato. Tenía una pinta buenísima.

—Muchas gracias.

—Es el mejor queso de la zona.

—Lo curamos como en España —dijo Carole aún tensa sentándose al lado de la anciana.

—Pues tendrá mucho éxito.

—La abuela de Carole era española. De Santander. ¿Conoces Santander, Damaryss?

—No, conozco Asturias. Estuve allí estudiando el arte prerrománico durante un verano en mi época de la universidad.

—Son arqueólogas, abuela.

—Oh, fascinante. ¿Y qué os ha traído hasta Cristal Valley?

—Estamos buscando restos de piedras indias. De hecho nuestras investigaciones nos han traído a esta zona. —Bebió de su cerveza y gimió de gusto por lo fría que estaba.

—Sí, una vez hace muchos años mi Bill encontró varias flechas indias —dijo la abuela—. Deben estar por algún sitio.

—Bill era mi marido.

—¿Es viuda? Lo siento mucho. Es muy joven —dijo sinceramente. Ella asintió tensa y miró de reojo a la abuela.

Sus ojos azules se habían entristecido y la anciana dijo —Fue un accidente de caza. Se le disparó la escopeta.

Ambas jadearon llevándose la mano al pecho. —Lo siento —dijo Damaryss realmente impresionada—. Tuvo que ser un shock.

—Lo fue. —La abuela apretó los labios. —Pero hablemos de cosas más alegres. ¿Qué queréis de los Easterwood?

—Pues veré, señora... Es en sus tierras donde tenemos que hacer nuestra investigación, por eso nos hemos atrevido a molestarlas.

—Oh, no es molestia. —Miró de reojo a Carole que sonrió irónica antes de beber mientras el sheriff carraspeaba divertido. —Aunque mi nieto no va a opinar lo mismo.

—¿Su nieto?

—Jaxon —explicó el sheriff—. Es muy suyo para sus cosas.

—Él es el dueño —dijo Carole—. Y mi hijo no va a querer teneros por aquí.

—Siento que diga eso. —Dejó la cerveza sobre la mesa. —Si es cuestión de dinero podría solicitar una especie de alquiler en la fundación donde trabajo.

—No es cuestión de dinero. No le gusta tener extraños por la finca.

—Cierto —dijo su abuela con pesar.

Estaba claro que con ellas no iba a llegar a ningún sitio porque necesitaban el consentimiento de ese hombre que al parecer era muy suyo para sus cosas. —¿Puedo verle?

—Estará al llegar para la cena —dijo su madre—. Pero os advierto que no va a estar nada contento con vuestra presencia.

—¡Oscar! ¡Vuelve a dejar que el forraje se pudra en el establo y te parto las piernas! —Ambas miraron hacia la esquina del porche y en ese momento vieron llegar un sombrero vaquero a través de los barrotes. Este se detuvo dándoles la espalda y apareció una mano señalando a la parte de atrás. —¡Ve a por Curro! ¡Le he dejado bebiendo del abrevadero!

Un chico que debía tener unos dieciocho años salió del establo corriendo. —¡Sí, jefe!

—¡A ver si te espabilas, inútil! —gritó dejándolas con la boca abierta—. Me tienes hartos. ¡Mueve el culo!

—¡Sí, jefe!

El sheriff sonrió. —Este me endereza al chico, vaya que sí. —Bebió de su cerveza satisfecho y ambas le miraron asombradas.

Carole asintió dándole la razón antes de levantarse. —Hijo, tienes visita.

El sombrero dio la vuelta a la esquina y ambas estiraron el cuello para verle la cara. Al ver su dura mandíbula bajo el ala del sombrero sintió que su corazón se detenía y sin poder evitarlo se levantó para ver como un auténtico vaquero que debía medir uno noventa subía los escalones. Se quedó sin aliento mientras llevaba su gran mano al sombrero y se lo quitaba mostrando su cabello castaño mojado del sudor antes de enseñar su rostro oscurecido por el sol. Damaryss se dio cuenta en ese momento que había encontrado el mayor descubrimiento de su vida y más cuando esos ojos ambarinos repararon en ella. Ese monumento dijo con voz grave —Sheriff...

—Amigo te traigo visita —dijo encantado.

Damaryss que aún no había reaccionado por lo que ese hombre le hacía sentir levantó la vista hacia arriba porque le sacaba la cabeza y se lo comió con los ojos. Desde su recta nariz hasta esos finos labios que prometían maravillas. Madre mía, ¡qué brazos y qué todo! Sus ojos volvieron a los suyos atónita porque eran de un color ambarino más claro que el de su madre. Eso sí que era un buen espécimen humano. Carole carraspeó y Cristal que estaba sonriendo como una boba le arreó un codazo. Eso la hizo reaccionar y alargar la mano. —Señor Easterwood... Soy Damaryss Goodell.

Entrecerró aún más los ojos y alargó su gran mano cogiendo la suya. La descarga que recibió le provocó un vuelco al corazón y miró sus ojos de nuevo sin aliento. Si alguna vez había dudado que existía el amor a primera vista ahora ya no tenía ninguna duda. Él soltó su mano y miró a Cristal que sonrió de manera encantadora. —Soy su ayudante. —Le dio la mano. —Cristal Perkins.

—¿Y a qué debo su visita?

Aún sintiendo que le hormigueaba la mano la pasó por sus vaqueros y él vio el gesto tensándole con evidencia lo que la puso aún más nerviosa. —Pues verá. Somos arqueólogos.

—¿Y? —preguntó como si le importara un pito.

—Quieren hacer un estudio en nuestras tierras —dijo Carole divertida.

Chasqueó la lengua dándole el sombrero a su madre sin quitarle ojo a Damaryss que cada vez

se estaba poniendo más nerviosa por su penetrante mirada. —¿Un estudio de qué?

—De piedras indias.

—Piedras indias. —Cruzó sus fuertes brazos. Eso no era bueno. Era un signo de protección.

—¿Me cree idiota?

Le miró sin comprender. —¿Perdón?

—Por aquí no hay piedras indias y jamás he escuchado que alguien buscara algo así por esta zona. ¿Cuál es la verdadera razón de su visita? Son prospectores, ¿no es cierto? Buscan petróleo y gas.

—¡No! —exclamaron las dos a la vez—. No, está equivocado, señor Easterwood. Hemos resumido porque debemos tener discreción con lo que estamos investigando, pero en realidad buscamos... —Le hizo un gesto a Cristal que sacó su piedra de inmediato. Estaba metida en una caja especial para ella, pero la tapa era transparente así que todos estiraron el cuello para verla.

—Eso es mexicano —dijo Jaxon cortante.

—¡Exacto! Pero esta fue encontrada en los Estados Unidos. Creemos que otra está aquí en sus tierras. —Valía más no decir que no tenían ni idea de lo que estaban buscando porque en realidad buscaban lo que los guardianes habían dejado allí. Pero claro eso no podían decirlo, así que mejor soltar una trola sobre la piedra perdida. Sonrió tímidamente. —Creemos que está en unas coordenadas que tenemos o en los alrededores.

—Mire señorita...

—Llámeme Damaryss, por favor.

—Mira, guapa... —Jadeó disimulando que estaba encantada de la vida. —Llevo en estas tierras desde que llegué al mundo. Si hubiera algo así por aquí yo ya lo habría visto, ¿no crees?

—Pues no porque puede que esté enterrado o...

—¡Así que sí que habrá prospecciones! —dijo cabreándose.

—Bueno, algo habrá que excavar. Si viera el sitio...

—¡Mira, tengo seis mil cabezas de ganado y no pienso ponerlas en riesgo porque vosotros os dedicáis a hacer agujeros por mi finca!

—Oh, tendremos cuidado, por supuesto. Y taparemos todos los hoyos que se puedan llegar a hacer.

—Estaría bueno.

—Y podemos pagarle un alquiler —dijo a toda prisa.

—¡No!

Lo dijo tan tajante que se quedó sin saber qué decir —Pero...

Él entró en la casa como si la conversación se hubiera acabado. —Haz algo —siseó Cristal.

Tomando aire entró en la casa. —¡Oye! —protestó Carole asombrada, pero ella no le hizo caso. Escuchó ruidos a su derecha y caminó hacia allí decidida para encontrarlo en la cocina. Se estaba bebiendo una cerveza y cuando la vio entrar en la cocina levantó sus cejas bajando la botella. Tragó haciendo que sus pechos se endurecieran bajo su camiseta y él los miró como si supiera lo que le había pasado antes de mirarla a los ojos de nuevo.

Se sonrojó con fuerza, pero no podía perder esa oportunidad. —Entiendo que para ti puede ser molesto tenernos por aquí, pero es una investigación vital que puede dar luz sobre una importantísima civilización en la época de los conquistadores. Si pudieras...

—No.

—A algún acuerdo podremos llegar. Si hablara con mi fundación...

—¿Y que me den una limosna para permitiros hacer lo que queráis en mis tierras legalmente? No, gracias. ¡Todo lo que abarca a la vista es mío! ¡Y yo decido lo que se hace aquí!

Madre mía, tenía un carácter que en otro hombre la repelería, pero se estaba excitando muchísimo. Él bebió de su cerveza de nuevo y se le secó la boca. —Si pudiéramos llegar a un acuerdo...

—¿Acuerdo? Preciosa de sexo ya estoy servido.

Jadeó indignada. —¡No me refería a eso!

—Pues llevas invitándome a eso desde el principio.

Se puso como un tomate. —Menuda mentira.

Él gruñó. —Mi respuesta es no. A todo.

¡Sería creído! Levantó la barbilla orgullosa. —Tres mil dólares por un mes.

—No.

—No notarás ni que estamos aquí.

—Lo dudo. ¡Y no quiero a veinte personas haciendo agujeros en mi finca! ¿Estás sorda?

—¡Mi ayudante y yo! —dijo rápidamente—. Nadie más. Solo nosotras.

Él entrecerró los ojos. —¿Solo vosotras? De todas maneras, no me gusta que me den dinero que pueda dar derechos a nadie.

Intentó pensar rápidamente la manera de darle algo a cambio. —¡Trabajaremos por las mañanas! Por cada día de trabajo una tarde de exploración. —Jaxon bebió de nuevo sin quitarle ojo. —Seguro que en una finca tan grande hay mucho que hacer. Trabajaremos y por la tarde investigaremos. Hacéis quesos, ¿no? Haremos quesos y lo que haga falta.

—Mi abuela y mi madre necesitan ayuda con eso...

Casi chilló de la alegría. —Perfecto. —Se acercó y alargó la mano. —¿Trato hecho?

—Si me tocáis mucho las pelotas os hecho a patadas —dijo antes de estrechar su mano.

Muy agradable, pero aun así sonrió. —Ni notarás que estamos aquí.

Estrechando su mano dijo —Como dije antes lo dudo. —Se apartó de ella y dejó la botella sobre la encimera de mármol. —Tienes que estar aquí a las cinco de la mañana.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿A las cinco?

—Hay que ordeñar las vacas —dijo como si nada antes de salir de la cocina. Asombrada hizo una mueca. No tenía ni idea de ordeñar vacas, pero no podía ser para tanto. Sonrió encantada. ¡Lo había conseguido!

Capítulo 3

—¿Cómo que ordeñar? —preguntó Cristal con la boca llena de filete mirándola con los ojos como platos—. Yo no sé ordeñar.

—Pues míralo en internet. —Se volvió a Eduardo. —Dedícate a fotocopiar todas las imágenes aéreas de la zona. Tenemos que dar con el sitio cuanto antes.

—¿Y los demás? —preguntó su amigo mirando hacia atrás donde estaba su equipo jugando a los dardos.

—Pues deberán volver porque si les ven por aquí no quiero que ese tipo se mosquee. Trasladaremos todo el material en las dos furgonetas Cristal y yo. Tú te quedas aquí con el coche.

—¿Ese tipo no se da cuenta de que así tardaremos más?

—Es muy suyo —respondieron las dos a la vez antes de echarse a reír.

En ese momento se abrió la puerta del local y Damaryss casi se atraganta al ver entrar a Jaxon con una chica con unos vaqueros cortos tan mínimos que no dejaba nada de sus piernas sin mostrar. Varios vaqueros que estaban allí silbaron y la rubia de bote empezó a reír como una hiena. Pasaron ante ellos sin mirarles siquiera mientras Eduardo casi se desnucó por mirarle el culo a aquella tía. Cuando se sentaron en una mesa al fondo Damaryss gruñó cortando el filete haciendo chirriar el cuchillo sobre su plato. No sabía por qué, pero esa tía le estaba cayendo gorda. Les miró de reojo y suspiró por cómo estaba de guapo. Llevaba una camiseta blanca que resaltaba su moreno y cuando sonrió a la rubia su corazón dio un vuelco. Alguien le dio un golpe en el tobillo y asombrada miró a Cristal que negó con la cabeza. —Qué pérdida estás.

—¿Qué? Ya le he dicho a Eduardo...

—Me refiero al ranchero. A ese Jaxon —dijo por lo bajo acercándose—. Así no te lo vas a ligar yendo de tímida.

Se puso como un tomate. —No quiero ligármelo.

—Uy, qué mentirosa. Si se te van los ojos. Y no es de extrañar porque está como un tren.

—Shusss, ¿estás loca? —Miró a todos lados. —Como te oiga alguien...

Eduardo reprimió la risa antes de beber de su botellín y ella sin poder evitarlo miró hacia Jaxon. Cuando sus ojos coincidieron gimió apartando la vista de golpe. —Me ha pillado.

—Es que de verdad, pareces tonta. Tan lista para ciertas cosas y...

—Es que ella no liga nunca y está desentrenada.

Se puso como un tomate. —Sí que ligo.

—Sí, con tu cerebro. Todos con los que has salido han sido hombres de tu nivel cultural. Bastante feos, por cierto. Ahora ves un hombre totalmente fuera de tu órbita y no tienes ni idea de qué hacer.

Gruñó porque tenía razón. Cogió una patata frita y se la metió en la boca mientras sus amigos se reían. —No tiene gracia. Y no quiero nada con él. Esto es trabajo, punto.

—Mientras hagas tu trabajo, nada impide que te des una alegría. —Cristal guiñó el ojo a un vaquero que se levantó en el acto. —¿Ves? Hay que ser más directa.

El vaquero llegó hasta ella mientras sus amigos le animaban. —¿Quieres bailar, guapa?

—Claro. —Le dio la mano y Eduardo miró su cerveza mientras se alejaba.

Damaryss sintió pena por él porque nunca le hacía caso y era un tipo estupendo. —¿Por qué no hablas con ella?

Escucharon la risa de Cristal en la pista. —¿Para qué? No le gusto y los tiene a patadas. Paso de hacer el ridículo.

—Yo soy la primera que no sé nada del amor, pero estás colado por ella desde que llegó a trabajar para mí. ¿No crees que si no lo intentas, nunca llegarás a nada? Yo tengo que ordeñar vacas y sabe Dios que más para llegar a mi objetivo. ¡Y lo pienso conseguir!

Eduardo apretó los labios y volvió la vista a Cristal levantándose. —Tienes razón.

Asintió. —Venga, tú puedes...

Se pasó las manos por su pelo negro y tomó aire antes de ir hacia la pista de baile. Ella apartó su plato y bebió de su cerveza antes de mirar de reojo hacia Jaxon que no estaba en su mesa. Como un resorte miró hacia la pista de baile y allí estaba abrazando por la cintura a aquella lapa que le abrazaba por el cuello. ¿Más directa? Pues según él había sido muy directa y no le interesaba. Mejor no hacer más el ridículo que estaba allí por trabajo. Cogió su bolso y sacó la cartera dejando doscientos pavos para los gastos de todos y metió los dedos en la boca para silbar con fuerza. Todo su equipo se volvió acercándose a ella, pero en ese momento Eduardo recibió un puñetazo del vaquero y varios gritaron antes de ir en su ayuda. Asombrada dejó caer la mandíbula del asombro porque medio local se metió en la pelea. —¡Basta! —gritó interponiéndose entre ellos porque a Eduardo le estaban pegando una auténtica paliza. Cristal se tiró sobre el tipo chillando que le dejara y de repente Damaryss sin saber de donde recibió un puñetazo que la tiró sobre una mesa para caer al suelo. Medio mareada consiguió sentarse y se llevó la mano al pómulo antes de darse cuenta de que sus chicos perdían por goleada. Serían abusones. Cuando escuchó una risa y vio como Jaxon sentado a la mesa de nuevo reía observando el espectáculo mientras su novia animaba a sus vaqueros, la rabia la recorrió y se levantó con ganas de sangre. Cogió la silla rompiéndosela a uno en la cabeza y de los restos cogió dos trozos. El que tenía al lado ni vio llegar el golpe que le rompió la nariz antes de que el palo de su otra mano acabara en la entrepierna de un tipo que tenía agarrado a uno de los suyos. Le escuchó gemir, pero ella se giró girando los palos en sus manos golpeando a uno que iba hacia ella. El hilo de sangre que salió de su boca salpicó a la rubia que chilló encogiéndose y de repente todo se detuvo. Damaryss se volvió con los palos en la mano y se giró de nuevo asegurándose de que se habían detenido.

—Joder —dijo uno alejándose—. Sabe artes marciales de esas.

—¡Acercaros a mis chicos otra vez y os corto las pelotas! —gritó girándose de nuevo.

Varios levantaron las manos en son de paz mientras los suyos gemían retirándose y saliendo del local. Ella sin perderlos de vista caminó hacia atrás yendo hacia la puerta y sin poder evitarlo

sus ojos fueron a parar a Jaxon que sonriendo irónico bebió de su cerveza. Algo se estremeció en su vientre cuando sus ojos coincidieron porque durante un momento pareció ver admiración en ellos. Cristal cogió sus cosas corriendo hacia la puerta y ella miró a la camarera que estaba detrás de la barra con un bate de beisbol. —Anni, ¿doscientos es suficiente?

—Sí, Damaryss.

Asintió antes de tirar los palos al suelo y salir del local con la cabeza bien alta. Los suyos estaban apoyados en las furgonetas y a toda prisa se acercó a Eduardo que era el más hecho polvo. —¿Estás bien?

Él levantó la cabeza y asintió antes de escupir en el suelo mostrando la sangre. —Oh, pobrecito... —dijo Cristal acercándose y abrazándole a su pecho—. Ahora busco un médico.

—Jefa, están locos —dijo Billy.

—Está claro que no nos quieren por aquí. Mañana regresáis a Washington. Nos quedaremos solos nosotros. Eduardo, ¿puedes quedarte o elijo a otro?

Encantado entre los pechos de Cristal sonrió. —Me quedo.

Parecían locos de contentos por largarse de allí y no era para menos, la comida no era demasiado buena, las habitaciones eran del siglo pasado y encima les recibían a golpes. —Bien, os enviaremos la información por mail si es que encontramos algo. Seguid con las investigaciones que teníamos en curso mientras tanto. Estaremos en contacto.

Varios suspiraron del alivio y les observó mientras iban hacia el final de la calle. Los tres se quedaron solos. —Joder, qué recibimiento —dijo Eduardo haciendo una mueca.

Cristal le apartó para mirarle la cara. —Has aguantado muy bien los golpes. ¿Te pegaban mucho de pequeño?

Él sonrió. —Algo. El club de ajedrez no era muy popular.

—Pobrecito...

—A la cama, chicos. Hay que levantarse a las cuatro.

—¿A las cuatro? —preguntaron a la vez.

—Te lo decía a ti, Cristal. Él es un afortunado. —Hizo una mueca viendo su estado. —Eso si

mañana puede levantarse, claro.

—Tranquila, jefa. Esto no es nada —dijo haciéndose el gallito antes de gemir al intentar caminar. Cojeó hasta el hotelito acompañado de Cristal y ella sacó las llaves del coche del bolso para coger su equipaje. Abrió el maletero y agarró la mochila con sus pertenencias y el portátil. Se mordió el labio inferior pensando en si necesitaría algo más cuando escuchó una pisada de gravilla cerca del coche. Cogió la palanca de hierro que siempre llevaba allí y al volverse se encontró a Jaxon mirándola divertido, así que suspiró del alivio.

—Tranquila... —Damaryss tiró la palanca dentro del coche y cerró el capó. —Te defiendes bien.

—Gracias —dijo mosqueada antes de cerrar el coche con el mando. Se cargó la mochila al hombro y subió a la acera ignorándole.

—Mis chicos son algo inquietos. Querían divertirse.

Se volvió furiosa. —¡No, lo que querías es que nos fuéramos cagando leches de tu pueblo! — Él levantó una ceja y ella intentó controlarse. —Mira, yo solo vengo a hacer mi trabajo y no quiero problemas. Llevo toda la vida esperando un descubrimiento así, algo que nadie ha visto nunca y desgraciadamente necesito tu colaboración. Sé que no te gusta que estemos aquí, sé que alteramos tu pequeño mundo y que quieres que nos vayamos cuanto antes... —Miró sus ojos. — Pero hemos hecho un trato, ¿lo vas a respetar?

Jaxon apretó los labios. —Yo siempre respeto los tratos. Tengo palabra.

Lo dijo de una manera que era evidente que le haría la vida imposible hasta que se fuera. — Muy bien. Veo que no me vas a poner las cosas fáciles. ¡No sé por qué has permitido que trabaje allí si ibas a hacer esto! —De repente entrecerró los ojos al ver la diversión en los suyos. —¿Es un juego? —Levantó la barbilla orgullosa. —Pues te advierto que en los juegos nunca me rindo.

—Eso ya lo veremos.

Se volvió y caminó hacia el hotel sintiendo su mirada en su espalda. Este no sabía con quién estaba tratando. Iba a encontrar esa puñetera piedra costara lo que costara.

Con las energías totalmente renovadas después de dormir como un tronco, aparcó la furgoneta ante el rancho muy contenta porque ese día empezaría a trabajar. Siendo positiva la cosa no había ido tan mal. Había conseguido parte de lo que quería y aprovecharía el tiempo por las tardes, vaya que sí. Y que estuviera amaneciendo y que no se hubieran levantado ni las gallinas no la iba a echar para atrás. Al mirarse al espejo retrovisor hizo una mueca por su pómulo hinchado. Bah, casi no se notaba. Bajó de un salto de la furgoneta y cerró de un portazo. Cristal hizo lo mismo con la otra furgoneta, pero no con tanto entusiasmo. —No te acostaste cuando te dije, ¿verdad? —preguntó acercándose a las escaleras con paso firme.

—Pues no. Me quedé dando la cháchara con Eduardo hasta las dos de la mañana. Pobrecito, empezó a hinchársele la cara y necesitaba hablar —dijo agotada—. ¿Sabes que tiene seis hermanos?

—Ajá...

—Yo no lo sabía. —Miró su largo cabello negro suelto hasta la cintura. —Deberías recogerlo.

La mosquitera se abrió y allí estaba el objeto de sus sueños con una taza de café en la mano. Bebió mirándolas fijamente y ambas sonrieron. Él al ver su pómulo hizo un gesto de dolor. —Vaya...

—Sí, vaya. ¿Por dónde empezamos?

—Se os ve dispuestas a todo —dijo divertido—. Mi madre os pondrá al día. Será un placer para ella.

En ese momento apareció Carole y sonrió maliciosa. —Muy bien, señoritas. A trabajar. — Bajó los escalones ágilmente y ambas corrieron tras ella mientras escuchaban la risa de Jaxon. De la que iban hacia una de las estructuras más alejada Carole la fulminó con la mirada al ver su pelo suelto y a toda prisa levantó los brazos recogidoselo en un rodete en lo alto de la cabeza que sujetó con una goma. Asintió como dándole el visto bueno y tiró de un gran cierre para abrir una enorme puerta de madera. Al ver las dos largas hileras de vacas ambas dejaron caer las mandíbulas del asombro. ¿Pero cuántas vacas había allí? Aquello no terminaba nunca. —Muy

bien, señoritas —dijo como todo un sargento—. La limpieza ante todo. Una recoge la mierda y pasa la manguera antes de echar la hierba limpia y la otra ordeña después de limpiar. Ahí tenéis las botas que me he molestado en buscar para vosotras —dijo como si fuera una auténtica molestia tenerlas allí—. No sé si serán de vuestro número, pero es lo que hay. Ahí tenéis los cubos. —Señaló un estante con cubos de acero inoxidable impecablemente limpios. —Y echáis la leche en aquella cuba. —Las dos estiraron el cuello para ver una enorme cuba que debía tener dos mil litros.

—¿Gastáis toda esa leche al día?

—La que sobra después de la producción de quesos la vendemos en el pueblo. —Puso las manos en jarras. —¿Alguna pregunta más?

—¿Y dónde tiramos la mierda? —preguntó Cristal.

Ella señaló con el pulgar hacia atrás y vieron que al final del largo pasillo había otra puerta que seguramente daba al exterior. —Allí la amontonáis para abono.

No podía dejar de admirar cómo lo aprovechaban todo. —Entendido.

—¿Seguro que sabéis lo que hay que hacer?

—Pues... —Damaryss le dio un codazo a Cristal que se calló en el acto.

—Claro que sí. —Sonrió yendo hasta las botas y su ayudante no tuvo más remedio que seguirla. —Solo tenemos que coger el ritmo.

Carole sonrió maliciosa. —Muy bien, voy a desayunar. Después pasaré a echaros un ojo y a empezar a trabajar si es que habéis conseguido leche.

—La conseguiremos. —Agachó la mirada hasta las botas que estaban al lado de la puerta y levantó una de sus cejas negras. Había que ser capulla. Aquello era seis u ocho números más grande de lo que necesitaba.

Carole sonrió divertida por cómo se quitaban las deportivas y se ponían las botas. Les bailaban a todos lados, pero ambas sonrieron. —¡Qué esperáis, a trabajar!

Se miraron la una a la otra. —¡Tú limpias! —dijeron a la vez.

—Nos turnaremos. Una hora cada una —dijo Damaryss porque era más justo.

Cristal sonrió. —Perfecto. Empiezo yo. —Fue hasta una herramienta que parecía un tridente y la cogió buscando a su alrededor la carretilla. Al verla apoyada en una pared fue hasta ella resuelta y Damaryss sonrió alargando el brazo para coger uno de los cubos cuando de repente le saltó una araña en la mano y chilló del susto pegando un brinco y dándole un manotazo, pero se le salió una de las botas y terminó cayendo de culo al suelo.

Carole se echó a reír a carcajadas y gruñó por dentro antes de mirarla. —¿Te diviertes?

—Mucho. Sobre todo porque has caído sobre una boñiga.

Al sentir algo sobre la cabeza chilló asustada levantándose para ver que era un rabo. Efectivamente se había caído sobre una boñiga y el olor era nauseabundo. —Dios, esto empieza genial.

Cristal estaba a punto de reír y la fulminó con la mirada. —¡A trabajar!

—Sí, jefa.

Carole la señaló con el dedo. —Límpiate el trasero antes de sentarte en el taburete.

—Entendido.

Se alejó y gritó —¡Y lávate las manos antes de tocar las ubres!

—Empiezo a odiar a esa mujer —dijo por lo bajo antes de girarse hacia Cristal —. ¿Y ahora qué hago?

Su amiga vio su camiseta y sonrió. —Quítate los pantalones. —Se agachó y cogió la manguera. —Que yo me encargo.

Capítulo 4

Jaxon bebiendo de su café miró por la ventana de la cocina para ver como Cristal salía con unos vaqueros en la mano que evidentemente estaban mojados y los colgaba en un poste a secar. Se alejó dando dos palmadas en las manos para volver al interior del establo.

—Se las ve decididas —comentó su madre a su lado.

—Sí —dijo antes de beber de su café.

—Las dos son bonitas, pero la morena es preciosa. ¿Habéis visto que ojos? Tienen un verde esmeralda increíble. Y ese cabello... —Su abuela desde la mesa suspiró. —Cómo me gustaría ser joven de nuevo.

—Es exótica —dijo Carole yendo hasta la mesa para sentarse a su lado—. Y debe ser muy lista porque para ser tan joven es la jefa. —Frunció el ceño. —Pero alguien la ha golpeado.

La abuela la miró sorprendida. —¿Un mal hombre?

Jaxon rio por lo bajo. —Ayer los chicos les vapulearon un poco y recibió un golpe. —Las mujeres gimieron de dolor. —Damaryss se levantó y empezó a repartir hostias como panes. —Las dos abrieron los ojos como platos. —A Josh le ha roto la nariz y Billy el orejas ha perdido un diente.

—¿De veras? —Ambas sonrieron de oreja a oreja. —Ya decía el sheriff que era toda una texana. Que no se amedrentaba ante nada —dijo la abuela orgullosa.

—¿Texana? —preguntó Jaxon como si nada.

La abuela reprimió una sonrisa. —Oh, sí... Es de Dallas. Ayer mientras ellas se subían al coche le di un queso al sheriff que su mujer me había encargado. Y me contó que era de Dallas y que era muy lista, que había ido a Harvard nada menos y a no sé qué universidad muy prestigiosa

en Inglaterra. No recuerdo el nombre, pero me dijo él que era de allí. Y me ha dicho que su equipo es de más de quince personas y que no le rechistan. Eso se gana. —Carole muy seria asintió. —Me dijo que se enteraría de más de regreso al pueblo, pero se me olvidó llamarle.

Jaxon apretó los labios y dejó la taza de café sobre la encimera. —Me voy a trabajar.

Ambas le miraron sorprendidas y la abuela al escucharle gruñir antes de salir sonrió. —Le gusta.

—Pero acaba de darse cuenta de que no se quedará aquí —Carole se levantó y se sirvió otro café.

—Eso nunca se sabe. Si se enamoran...

—Vamos, abuela... Es una mujer importante. ¿Se va a quedar en el rancho? ¿Para hacer qué? ¿Quesos? —Se volvió y miró sorprendida por la ventana. —¡Va hacia el establo!

La abuela se levantó a toda prisa para ver como su nieto iba hacia allí como si fuera a la batalla y gimió. —No está precisamente de buen humor.

Carole soltó una risita. —Este hijo mío... Estas se van antes de la comida. Te lo digo yo.

—¿Una apuesta?

Su nuera entrecerró los ojos. —Los pendientes que vimos en ese catálogo.

La abuela sonrió de oreja a oreja. —Me quedarán estupendamente.

—¡Ja!

Sentada ante las ubres de la primera vaca, intentó ponerse cómoda porque aunque la camiseta le cubría el trasero de pie, sentada era otra cosa. Echó un vistazo a su alrededor. Bueno, allí no había nadie y con el cubo delante tampoco era para tanto. Cogió las ubres e hizo una mueca del asco porque estaban blanditas. —Con todo lo que has estudiado... —Tiró de una de las ubres y solo salió una gotita.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

Se sobresaltó para encontrarse a Jaxon con los brazos en jarras mirándola como si hubiera metido la pata hasta el fondo. —¿Lo hago mal?

—¡Estás en pelotas! ¡Y aquí trabajan muchos hombres!

Se puso como un tomate y miró hacia abajo. La verdad es que se le veía casi todo el muslo.

—Ayer tu novia mostraba más y no te vi tan indignado —dijo sin poder evitarlo.

Él entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho?

—Solo es pierna. —Miró las ubres de nuevo y tiró de otra de las tetas. Cuando salió un hilillo de leche sonrió. Aquello estaba chupado.

—¡Estamos aquí para trabajar!

—¿Qué quieres que haga? Me he caído y he tenido que lavar los pantalones. No tenía que ponerme.

En ese momento llegó Cristal de descargar la carretilla y sonrió. —Buenos días, jefe.

—¿Qué tienen de buenos? —Su amiga perdió la sonrisa confundida y él la señaló. —¡Te vas al hotel y le traes unos pantalones!

—¿Yo? ¿Y por qué no va ella?

—¡Porque iría enseñando el culo! ¡Por eso!

Ambas se le quedaron mirando mientras se largaba del establo. Damaryss suspiró. —Tráeme los pantalones de fuera.

—No, me acerco al pueblo. Total, está aquí al lado. —Dejó la carretilla a toda prisa y corrió a cambiarse las botas.

Frunció el ceño. —Volverás, ¿no?

Cristal se echó a reír. —Claro. ¿No te fías, jefa?

—Tráeme un café bien cargado.

—Perfecto. Desayuno a domicilio. Espero que haya algo abierto. —Corrió fuera del establo con tanta prisa que se quedó allí sentada dudando. Esta iba a regresar después de desayunar. Suspirando tiró de la ubre de nuevo.

Dos horas después llevó el cubo hasta el depósito y vertió la leche en el agujero. Aquel trabajo era horrible. Ya tenía la espalda molida y aún le quedaban un montón de vacas. Dejó el

cubo y cogió la pala de uñas para ir a la siguiente vaca. Le dio un par de golpecitos en el lomo. —Aparta un poco, ¿quieres? —El rabo le dio en toda la cara y escupió con asco. —Madre mía, a ver si te lavas. —Con resignación cogió la paja llena de mierda y estirando bien los brazos la llevó hasta la carretilla.

Carole llegó en ese momento y la miró divertida. —¿Ya ha habido deserciones?

—Ha ido por unos pantalones al pueblo.

La mujer levantó las cejas mirando sus piernas que estaban muy morenas. —Al parecer te ha dado el sol.

—Siempre me pongo muy morena. Y acabo de venir de vacaciones —dijo como si nada regresando a recoger más paja.

—¿Sí? ¿Y dónde estuviste?

—En Malta. Aproveché para visitar a un amigo en una excavación.

Carole apretó los labios. —Viajas mucho, ¿no?

Se encogió de hombros. —Sí, bastante. Es parte de mi trabajo. La fundación tiene distintos proyectos en todo el mundo y yo superviso varios. —Dejó el resto de la paja sobre el carretillo y se pasó la mano por la frente perlada de sudor mirando hacia afuera. —¿Dónde estará Cristal? Esto es raro.

—No te preocupes, aquí nunca pasa nada. —Puso los brazos en jarras. —Lo haces mal.

Sorprendida la miró. —¿De veras?

—No se van a tumbar sobre el cemento. ¡Tienes que tirar paja debajo para cuando lo hagan!

—Es que yo limpio, ordeño y luego lo hago.

—Lo harás como yo te lo diga.

Toma corte. —Sí, jefa —dijo con ironía.

—¡Y tienes que ordeñarlas más! —exclamó como si fuera una inútil—. ¡Todavía tienen la mitad de la leche dentro!

—Pero si he sacado muchísimo de cada una.

—¿Sí? ¿Cuánto es muchísimo? Porque estas vacas dan más de veinte litros de leche al día.

La miró asombrada. —¿De veras? Pues el cubo no llevaba veinte litros.

—Claro que no. Las vacas se ordeñan dos veces al día. ¡Así que tienes que llenar un cubo con cada una! ¿Has llenado el cubo?

Hizo una mueca. —Pues no. Como a la mitad.

—¡Empieza otra vez!

Joder, ya podía encontrar la piedra porque se estaba poniendo de una mala leche y nunca mejor dicho... Forzó una sonrisa. —Volveré a empezar.

—¡Y date prisa! ¡Has perdido casi tres horas!

En ese momento llegó la abuela sonriendo de oreja a oreja y perdió la sonrisa poco a poco al ver el depósito. —Vaya.

—¡Sí, vaya! ¡Todavía no hay leche para empezar con los quesos!

Escucharon un frenazo y todas miraron hacia afuera. —¡Damaryss!

Asustada dejó caer la pala de uñas y corrió fuera del establo. Su amiga estaba totalmente pálida y corriendo hacia ella gritó —¿Qué pasa?

—Me encontré con los chicos que ya se iban porque salía el autobús a las siete de la mañana. Desayuné con ellos y luego fui a ver a Eduardo...

—Sí, dime —dijo impaciente.

—¡No se despertaba! —gritó de los nervios—. ¡Se lo ha llevado un helicóptero al hospital!

—¿Qué hospital?

—Al hospital central de San Antonio —respondió con lágrimas en los ojos.

Asustada por su amigo corrió hasta sus pantalones dejando caer las botas al suelo y cuando se los puso corrió hasta sus zapatillas. La abuela la miró preocupada apretándose las manos. — Espero que no sea nada.

—¡Espero que no! —gritó furiosa—. ¡Porque en esto tiene responsabilidad tu nieto y te juro que como a mi amigo le pase algo por sus juegucitos, se va a cagar!

Se subió a la furgoneta a toda prisa y Cristal se subió a su lado. Arrancó derrapando al girar el vehículo y salió de allí levantando polvo.

Carole apretando los labios miró a la abuela. —Llama a Jaxon. Va a haber problemas.

Sentadas en la sala de espera que estaba a reventar de personas impacientes por noticias de sus familiares, Cristal no hacía más que sollozar del susto. Ella le acarició la espalda. —No te preocupes, le están atendiendo.

—Si ayer estaba bien. Magullado, pero bien —dijo entre lágrimas.

—Ya has oído al médico. Le dieron un golpe en la cabeza y tiene un hematoma. Ahora tenemos que esperar a si deciden que le operan o no.

En ese momento vio a Jaxon que miraba a su alrededor y juró por lo bajo.

—¿Qué coño hace este aquí? —preguntó Cristal molesta.

Él las vio y se acercó muy serio con el sombrero en la mano. —¿Cómo está?

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó levantándose—. Porque es evidente que ayer cuando le estaban machacando no te importaba demasiado.

Jaxon apretó los labios. —Oye... Yo no animé a mis chicos a la pelea.

—¡Pero no la impediste!

En ese momento salió un médico. —Familiares de Eduardo Gutiérrez.

Asustada le apartó para pasar y se acercaron al médico. —Soy su jefa. Estamos trabajando aquí.

—Soy el neurólogo. El doctor Aron Travis. —Él hizo una mueca al ver su pómulo. —Debió ser una pelea de primera.

—Las he visto peores.

—¿Cómo está? —preguntó Cristal asustada—. ¿Se ha muerto?

El médico sonrió. —No, le estamos suministrando una medicación para el hematoma. Espero que se reabsorba por sí solo y si hay suerte se despertará en las próximas horas. Pero es un momento muy delicado, no se lo voy a negar. Si la medicación no funciona y el hematoma aumenta habrá que operar. —Cristal sollozó y Damaryss la abrazó por los hombros. —Pero esperemos que la medicación dé resultado y sea como prevemos mis colegas y yo.

—¿Podemos verle?

—De momento no. Están haciéndole pruebas para descartar otras lesiones. Tenía un buen morado en el costado y estoy seguro de que al menos tiene un par de costillas rotas.

—Putos salvajes —dijo entre dientes sintiendo que la rabia la recorría.

El médico sonrió con pesar. —Tenía que haber venido ayer al hospital.

—No se quejaba tanto. Dijo que estaba bien.

—Pues era para quejarse. Veremos cómo evoluciona. De momento se quedará en la unidad de cuidados intensivos para su control exhaustivo.

—Entendido, doctor. Aquí nos quedamos hasta que nos digan cómo evoluciona.

Él asintió antes de alejarse. —Pobrecito, y no se quejaba —dijo Cristal sin dejar de llorar—. Y todo por pedirme un baile.

Al volverse se dieron cuenta de que Jaxon lo había escuchado todo y siseó —¿Quieres largarte? ¡Aquí no pintas nada!

Apretó los labios. —Si necesitáis cualquier cosa... —Sacó una tarjeta del bolsillo de su camisa. —Solo tenéis que llamarme.

—¿Ahora eres amable? —Rompió la tarjeta en dos tirándola al suelo antes de llevar a su amiga que estaba destrozada hasta el asiento de plástico. Jaxon no perdió detalle de como la sentaba con delicadeza y se acucillaba frente a ella cogiéndole las manos antes de decirle unas palabras en voz baja que la hicieron sonreír, aunque no dejaba de llorar. La besó en la frente y se sentó a su lado. Cuando se dio cuenta de que seguía allí le fulminó con la mirada y Jaxon tenso se giró para salir del hospital.

—¿Se sabe algo? —preguntó Carole entrando en la cocina dos días después.

Jaxon bebió de su taza de café mirando por la ventana. —No. No ha llamado nadie y el sheriff no lo hará tan temprano.

Su madre se acercó a él y le acarició la espalda. —Hijo, no fue culpa tuya.

—Sí que lo fue. Como dijo Damaryss yo podía haberlo evitado.

—Pobre chico... Al parecer se ha trasladado toda su familia a San Antonio. Tiene seis hermanos y todos están muy preocupados por él. Su madre no hace más que llorar. Eso me dijo la mujer del sheriff que le acompañó al hospital. El padre del chico al enterarse de lo que había ocurrido ha presentado una denuncia.

Jaxon asintió. —Sí, me lo ha dicho el sheriff.

—Martin y Josh van a tener problemas muy graves.

—Sí.

—Tú no les animaste, ¿verdad? —preguntó preocupada—. No lo impediste, pero no les animaste. Dime que no.

—No madre, pero es como si lo hubiera hecho. Mis hombres saben que no me gusta tener forasteros por aquí y este es el resultado.

Carole se tensó. —No es culpa tuya lo que hacen otros.

En ese momento escucharon el motor de un coche y ambos vieron aparecer la furgoneta negra gemela a la que tenían delante de casa. Y se acercaba a toda velocidad. —¿Es Damaryss? —preguntó Carole mientras su hijo salía de la cocina a toda prisa.

Cuando salió al porche Damaryss se bajaba de la furgoneta y furiosa fue directamente hacia el establo ignorándoles a propósito. Madre e hijo se miraron sin entender nada y fueron tras ella para encontrársela cogiendo la pala de uñas.

—¿Qué haces? —preguntó Jaxon porque empezaba a limpiar el establo.

—Mi trabajo.

Carole se acercó preocupada. —¿Cómo está Eduardo?

—Se despertó ayer por la noche —dijo entre dientes.

Los Easterwood suspiraron del alivio. Jaxon al ver que seguía trabajando se acercó. —¡Deja eso!

—¡Ah, no! Yo cumplo con mi parte del trato. ¡He venido aquí a realizar un trabajo y pienso hacerlo! ¿Tengo que limpiar la mierda? ¡Pues lo voy a hacer para conseguir lo que quiero!

Carole reprimió una sonrisa, pero Jaxon se cabreó cogiéndole la pala de uñas de sus manos.

—¡He dicho que pares!

Le empujó por el pecho arrebatándole la herramienta. —¿Qué pasa? ¿Quieres pelea? — preguntó ella haciendo jadear a Carole—. Venga, tú y yo. ¡No hace falta que metas a nuestros hombres en esto!

Jaxon entrecerró los ojos. —Nena se te está yendo la cabeza. —La patada en las pelotas ni la vio venir y gimió antes de caer de rodillas ante ella.

—¡Yo no soy tu nena, capullo! —Se volvió y siguió recogiendo la paja mientras Carole hacía un gesto de dolor porque su hijo caía de costado gimiendo más encogido todavía.

—Hijo, ¿necesitas algo?

—¡Necesita modales! ¡Eso es lo que necesita! ¿Dónde está la hospitalidad texana? ¿Eh? ¿Dónde? ¡Porque yo no la he visto por ningún sitio! Solo quería hacer una exploración... Solo quería eso, pero el señorito tuvo que ponerse chulo. Y a él qué le importaba, ¿eh? Nada. Pero como es el dueño y señor tenía que hacerse el gallito para demostrar quién manda. —Se detuvo en seco para fulminarla con la mirada. —¡Pues estas son las consecuencias! ¡Qué me ha cabreado!

Carole asintió mientras su hijo siseaba —Damaryss...

Le miró levantando la barbilla. —¿Si?

—Te voy a...

Carole se acercó a toda prisa. —Hijo, espera que te ayudo a levantarte. —Advirtió a su hijo con la mirada. —Que tiene la pala de uñas en la mano y mirada de loca...

La abuela llegó en ese momento. —Uy, si estáis aquí. Niña, ¿cómo está tu amigo?

Para sorpresa de los presentes sonrió. —Mucho mejor, gracias abuela. Se recuperará.

—Cómo me alegro. Ven a tomarte un café conmigo y me cuentas. —Frunció el ceño mirando a su nieto. —¿Qué haces en el suelo? ¡Levanta!

Damaryss tiró la pala de uñas al suelo mientras sus preciosos ojos verdes se llenaban de lágrimas por su preocupación sincera y se acercó a la abuela que la abrazó por los hombros sacándola del establo mientras decía —Pobrecita, menudo susto te llevarías.

—Sí, le conozco desde la universidad, ¿sabes abuela? Ha sido un susto enorme. —dijo sollozando y dejándoles de piedra.

—¿Y Cristal?

—Se ha quedado con él. Con lo afectada que estaba no podía decirle que se pusiera a trabajar.

—No, claro que no. Que corazón tan grande tienes.

Madre e hijo se miraron y Carole le señaló. —¿Has visto lo que has hecho? ¡Está llorando! —gritó furiosa antes de volverse dejándole de piedra—. ¡Hombres! ¡Siempre estropeándolo todo!

Capítulo 5

La abuela le acarició el hombro sentándola a la mesa. —Ya verás como se pone bien pronto.
¿Su madre está mejor?

—Sí, en cuanto se ha despertado la pobre se ha ido a dormir. Estaba agotada de los nervios.

—Sí, ahora podrá relajarse. —Le puso delante una taza de café.

—Tú también estarás agotada —dijo Carole preocupada desde la puerta.

Se encogió de hombros limpiándose las lágrimas con la mano. —Es que es mi responsabilidad mientras están a mi cargo...

Ambas mujeres se dieron cuenta del peso que llevaba sobre sus hombros. —Lo entiendo —dijo Carole sentándose ante ella y sonriéndole por primera vez—. Pero ha pasado y todo ha salido bien.

—Sí. —Bebió de su taza. Qué bueno estaba, no había tomado un café así desde hacía mucho tiempo. Demasiado. Sonrió con tristeza. —Sabe como el de la casa de mis padres.

—Cuéntanos, ¿todavía viven en Dallas? —preguntó la abuela preparando el desayuno.

—Oh, no. Mi padre ahora es profesor de universidad en Nueva York. De historia.

—Por eso tu vocación —dijo Carole.

Sonrió. —Sí, me he criado escuchando historias. Cuando llegué a la universidad no fue difícil porque casi todo lo recordaba. Mi padre es un apasionado de las antiguas civilizaciones.

—¿Y tu madre?

—Trabaja en un instituto en la misma materia.

—Entonces no me extraña nada que hayas salido así.

Soltó una risita. —No siempre quise ser arqueóloga. De pequeña quería ser pintora y asistí a

clases. Creían que me inclinaría por el arte, pero al final terminé aquí.

—Y te encanta —dijo Carole al ver cómo le brillaban los ojos.

—Sí, es un trabajo apasionante. Me ofrecieron trabajar para la fundación Carter y no me lo pensé. Son los que más desarrollan investigaciones en el país y los que más presupuesto tienen. Me ofrecieron llevarme alguien conmigo de ayudante y elegí a Eduardo, pero el año pasado se rompió una pierna en una excavación y contraté a Cristal. Y se quedó. Ahora Eduardo es como mi segundo al mando y es el mejor. Siempre tiene un gesto amable para todo el mundo.

—Se nota que le tienes mucho cariño. —Carole se acercó sobre la mesa. —¿Sois novios?

—¿Novios? —preguntó con horror—. No, jamás se nos ha pasado por la cabeza. Además, desde que apareció Cristal está loquito por ella.

—Entonces estará contento con tenerla allí.

—Seguro. Por eso no me la he traído —dijo con picardía—. Así se anima.

Se echaron a reír y la abuela le puso delante un desayuno para reyes. —Come que tienes que reponer fuerzas.

—Huele estupendamente, abuela.

—Gracias, niña.

Escucharon un gruñido y Damaryss se tensó cogiendo el tenedor. Todas miraron hacia la puerta de la cocina y Jaxon apareció allí para gruñir de nuevo caminando como si estuviera pisando huevos hasta la cafetera. —Hijo, ¿qué te ha pasado? ¿Tienes hemorroides? —preguntó la abuela asombrada.

Damaryss reprimió la risa, pero cuando él la fulminó con la mirada se metió una buena cantidad de huevos en la boca. —No es nada, abuela. Se me pasará.

—Es que la niña tiene mal carácter cuando se enfada —le explicó Carole.

—Como debe ser. Si no los hombres se aprovechan. —Como si nada siguió haciendo el desayuno.

Jaxon observándola con los ojos entrecerrados bebió de su café.

—Bueno, entonces tenemos que llamar a uno de los chicos para limpiar el establo —dijo

Carole.

—No, ese es mi trabajo.

—No podrás hacerlo tú sola —dijo la abuela—. Aunque la ordeñadora haga parte del trabajo hay mucho que limpiar.

Levantó una de sus cejas morenas mirando a Jaxon como si quisiera matarle. —
¿Ordeñadora?

Carole se echó a reír. —¿En serio creías que las ordeñábamos a mano? ¡Si hay más de cien vacas! Es que hay que ser pardilla.

Hizo una mueca y siguió comiendo. —Nunca había estado en una granja.

—Rancho —dijo Jaxon como si le estuvieran sacando una muela.

Mosqueada giró la cabeza hacia él. —¿Has dicho algo?

—Esto es un rancho no una granja.

—¿Y qué diferencia hay?

—El nombre —dijo mirándola fijamente a los ojos como si quisiera estrangularla.

Chasqueó la lengua volviendo a su desayuno. —Pues eso. Nunca había estado en un rancho.

—Es normal si eres de ciudad. —La abuela les puso el desayuno en la mesa y él gruñó acercándose y apartando la silla para sentarse a su lado con las piernas bien abiertas, así que a pesar de que la mesa era muy grande su rodilla rozó su muslo. Le miró de reojo mientras masticaba. —Nuestro rancho es el más grande de la zona, ¿sabes? —dijo la abuela orgullosa.

—Me lo ha dicho el sheriff. ¿Vuestra familia lleva mucho por aquí?

—Desde mil ochocientos cuarenta y tres.

—Vaya, eso es mucho tiempo. ¿Y es la casa original?

—El salón es lo único que se conserva de esa época —dijo Jaxon—. La casa se ha ido ampliando a lo largo del tiempo según las necesidades.

Ella soltó una risita. —En algún momento hubo muchas necesidades. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—Veinte —dijo Carole divertida—. Es que el bisabuelo de mi marido tuvo catorce hijos y en

aquella época había servicio para atender a todo el mundo.

—Entonces sois una familia enorme.

—Pues no creas porque mi marido no tuvo hermanos —dijo la abuela—. Jaxon también es hijo único... La familia se fue desperdigando a lo largo de los años. Casi todos se fueron yendo y se quedó solo el heredero... Cosas que pasan.

—Entiendo. —Miró con ironía a Jaxon. —Le tendrás que decir a esa rubia teñida que se ponga las pilas.

—¿Qué rubia teñida? —preguntó la abuela asombrada—. Jaxon, ¿tienes novia?

Carole le miró como si quisiera pegarle cuatro gritos. —¿Hijo? ¿Cómo no nos has dicho nada?

Jaxon parecía que iba a saltar en cualquier momento y estrangularla, pero ella con descaro chupó el tenedor sin dejar que la intimidara. Él miró sus labios y su estómago dio un vuelco mientras decía —Es una amiga, abuela. Nada serio.

—¿Y quién es? —preguntó su madre mosqueadísima.

—No la conoces, madre. —Empezó a comer tenso y su abuela le miró como si no se creyera una palabra al igual que su madre.

—¿Y de dónde es? —preguntó ella metiendo cizaña—. ¿Hay más pueblos por aquí cerca? ¿Merece la pena visitarlos?

—Lo más cercano es Leakey. ¿Es de allí? —preguntó su madre inquisitiva—. No, no es de allí porque si la ha visto la niña es que la has llevado al bar de Moud. —Ella asintió dándole la razón. —Si fuera de ciudad os hubierais quedado allí.

—Bien visto —dijo la abuela—. Rubia teñida...

—Y llevaba unos pantalones tan cortos que se le veía la cache del trasero, abuela. Y cuando la silbaron se echó a reír encantada de la vida. A esa le gusta llamar la atención.

Ambas jadearon con los ojos como platos mientras Jaxon sonreía irónico. —Te has fijado mucho en ella.

—¿Crees que se viste así para no llamar la atención? —preguntó con pitorreo—. Seguro que

te fijaste en ella por su cerebro. Esa seguro que hasta escribe mal su apellido.

—Que tú seas lista no significa que los demás seamos estúpidos —dijo haciendo que se avergonzara de su comentario—. Y puede que Mía no sea una lumbrera, pero es agradable y bonita.

Esa frase le repateó el estómago mientras su madre y su abuela jadeaban llevándose la mano al pecho. —¿Mía? ¿Mía Stevez? ¡Ah, no!

—Madre...

—¡Nada de madre! ¡Es un pendón verbenero que se ha acostado con medio estado de Texas! ¡Si hasta el cura la ha echado de la misa por fornicar entre los bancos! —dijo su madre escandalizada.

—Creo que me estoy mareando —dijo la abuela pálida.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó él furioso.

—¿Yo? Eres tú quien ha salido con ella —dijo encantada de la vida mientras la abuela y su madre no salían de su asombro.

—¡Es una amiga nada más! —Miró a su abuela que aún estaba con los ojos como platos. — No me voy a casar con ella.

—¿Estás enamorado de esa chica? —preguntó la abuela como si le estuviera dando un disgusto gordísimo.

—¡Es una amiga, solo eso! ¿Dejamos el tema?

—La está utilizando para tener sexo —explicó ella como si nada.

—Yo no utilizo a nadie —dijo entre dientes.

—No te juzgo, por aquí las ocasiones escasean.

—¡Pues el otro día te rechacé a ti!

Jadeó de la indignación. —¡Perdona, pero yo no me insinué! ¡Tengo mejor gusto!

—Nena, que me comías con los ojos...

Las miró asombrada. —Que no. Es que me sorprendió nada más. —Ellas se hicieron las locas. —¡Hablo en serio! —Frustrada porque no se creían una palabra dijo —Gracias por el

desayuno, abuela. Voy a seguir trabajando que sino la leche se retrasa. —Se levantó y salió de la cocina moviendo su cola de caballo de un lado a otro.

Los tres la observaron salir y Jaxon gruñó antes de seguir comiendo. Las dos le miraron fijamente y preguntó con la boca llena —¿Qué?

—Es perfecta —susurró la abuela cómplice antes de mirarle con picardía—. No me digas que no te gusta.

Damaryss que estaba pasando delante de la ventana abierta de la cocina se detuvo. —Abuela, no empieces —dijo como si estuviera hastiado.

—Es hermosa y lista. Y a ella nadie se le va a subir a las barbas.

—¿Tú también, madre?

—Al principio la veía como una forastera cualquiera que solo venía a molestar. —Damaryss hizo una mueca. —Pero me gusta. Es tenaz, inteligente, valiente y fiel.

—¿Y eso lo sabes porque has hablado con ella en un desayuno? —preguntó con burla.

—Lo sé porque solo hay que verla. Protege a los suyos por encima de su propia seguridad. ¿Crees que los hombres no me han contado lo de la pelea? Están tan impresionados que no dejan de hablar de ella. Que es inteligente no hay más que verla y que es tenaz ahí la tienes trabajando entre animales para proseguir con su investigación. Y ten cuidado, hijo... Porque si se queda una temporada por aquí alguno puede que se te adelante y por la cara que estás poniendo me parece que eso no te iba a gustar un pelo. Intenta que tu orgullo no te haga meter la pata como llevas haciendo desde que la conoces.

—Hijo, tienes que ser más delicado. Tu abuelo me agasajaba continuamente y tú haciendo que limpie mierda de vaca. Así no vas a conseguir mucho.

—¡Es que yo no quiero conseguir nada! ¿No os ha quedado claro? ¡Me voy a trabajar!

Corrió hasta el establo porque solo le faltaba que la pillaran poniendo la oreja y con la respiración agitada cogió la pala de uñas empezando a trabajar con energía. Chasqueó la lengua porque había dicho que no quería nada con ella. Bueno, pues ella tampoco quería nada con él. Total, solo serían un par de polvos antes de irse. Pero por lo que sentía a su lado serían un par de

polvos de lo más intensos y gimió sin darse cuenta porque jamás se había sentido tan atraída por un hombre. Uff, es que la miraba y le subía la temperatura.

Un vaquero caminaba por el pasillo y al verla se detuvo para mirarla sorprendido antes de quitarse el sombrero a toda prisa. —Señorita...

—Buenos días.

—Buenos días —dijo sonriendo como si le hubiera regalado la luna.

Ella le miró de reojo antes de seguir trabajando como si no estuviera allí.

—Debería ponerse guantes, señorita. Sino le van a salir callos —dijo amablemente.

Sorprendida por su agradable tono respondió —Gracias.

Él sonrió. —Me llamo Travis.

—Gracias, Travis. Soy Damaryss.

—Un nombre hermoso para una hermosa mujer.

Se sonrojó de gusto. —Gracias. ¿Trabajas aquí?

—Sí, soy vaquero. He dejado mi coche atrás para que no moleste ante la casa y siempre paso por aquí.

—Entonces nos veremos mañana —dijo antes de seguir trabajando.

Él sonrió. —Pues hasta mañana, hermosa.

Se sonrojó por su evidente interés y cogió la carretilla pasando a su lado para ir a la puerta del fondo sin dejar de sentir su mirada en su espalda.

—¡Travis! ¿Qué coño haces? ¿No tienes trabajo?

Sorprendida miró hacia atrás para ver como el vaquero sonreía zalamero mientras Jaxon estaba en la otra puerta y parecía que no estaba nada contento. ¿Tendría razón su madre y que la pretendieran no le gustaría un pelo? Sin poder evitarlo sonrió y Travis le guiñó un ojo antes de volverse. —Estaba admirando el panorama, amigo.

—¡Pues lo admiras vigilando el ganado! ¡Y a partir de mañana no pases por aquí que molestas a las vacas! —La fulminó con la mirada. —¡No distraigas a mi personal!

Su amigo asombrado vio cómo se alejaba. —Jaxon, ¿qué te ocurre? ¿Tienes hemorroides?

Rio por lo bajo antes de empujar la carretilla de nuevo.

Se pasó el antebrazo por la frente sintiéndose agotada. Aquel trabajo la estaba deslomando. Después de limpiar el establo tuvo que ayudar en colocar la ordeñadora y tiró la leche en el depósito. Después ayudó a Carole a limpiar la ordeñadora. Entre las dos echaron paja para cubrir el suelo de nuevo y que así se tumbaran los animales. Pero ahí no acababa su trabajo porque el trato era ayudar a hacer quesos. Sorprendida vio que Carole abría el edificio que había al lado y se quedó impresionada porque era realmente moderno y estaba impecablemente limpio con las paredes cubiertas de acero inoxidable. —Esto es muy profesional —dijo sin salir de su asombro por las instalaciones.

—Sanidad cada vez es más estricta. Sus inspectores son de pesados...

Se cubrieron con un traje blanco que parecía de papel y entraron en otra sala donde la abuela ya estaba trabajando.

—Ya estáis aquí —dijo la abuela contenta—. Hoy vamos a hacer muchos. Los pedidos están aumentando y tenemos que hacer más para que maduren.

Allí estaba el queso en distintos procesos y entre las dos le enseñaron como se hacía. El olor era un poco intenso, pero Carole le dijo que se acostumbraría. Con guantes de látex puestos se puso a hacer el queso fresco que luego se dejaría curar en un cuarto que había en la parte de atrás. Después de un par de horas dijeron que ya era bastante y fue un alivio salir de allí porque a pesar de lo que había dicho Carole, tenía el estómago del revés.

La abuela sonrió y dijo —Ahora a hacer la comida que te la has ganado.

No podría ni probar bocado y forzó una sonrisa. —Prefiero empezar a trabajar.

—Pero niña, hace un calor de mil demonios. Tendrías que esperar un poco. Además, debes estar agotada —dijo la abuela.

—Estoy bien, gracias por enseñarme. Mañana lo haré mejor. —Fue hasta la camioneta pensando que no volvería a comer queso en la vida. Ni queso ni vaca y era una pena porque las hamburguesas le encantaban. Se despidió con la mano y apretó los labios viendo la otra

camioneta. Ya se le ocurriría cómo la trasladaba al pueblo. Ahora lo que tenía que hacer era encontrar el yacimiento, eso si lo había. Puso el GPS para localizar el punto exacto que le habían dado en el centro astronómico nacional y cuando notó que por la carretera se estaba desviando giró a la derecha llevando la furgoneta campo a través. Para ser verano había mucha hierba, pero es que ese invierno había sido especialmente lluvioso en esa zona y era normal. Además, aquella parte de Texas tenía enormes matorrales y al fondo vio lo que parecía un bosque. Contemplando las verdes montañas se dijo que era un entorno privilegiado y cuando el sheriff había dicho que eran las mejores tierras de Texas no había mentado un ápice.

Al darse cuenta de que algo cortaba el camino a lo lejos entrecerró los ojos y detuvo la furgoneta lentamente. Se bajó y caminó sobre la hierba hasta allí encontrándose el enorme río que cortaba el camino. —Mierda. Esto no me lo esperaba. —Suspirando fue hasta la camioneta y abrió la parte de atrás para sacar la mochila. Fue hasta la parte de delante y cogió el ordenador con un cargador de batería extra. Lo metió todo en la mochila y siguió el GPS del móvil. Le pareció un milagro que allí tuviera cobertura, pero esa suerte iba a aprovecharla. Llegó hasta el río y esperó que no fuera muy profundo. Metió las piernas en el agua hasta las rodillas. Estaba buenísima. Mirando a un lado y a otro no vio a nadie y no pudo evitarlo. Regresó por donde había venido, tiró la mochila a un lado para quitarse la camiseta y los vaqueros a toda prisa. Solo con las braguitas puestas se quitó la goma del pelo antes de caminar de nuevo hacia el agua. Cuando el agua le llegó hasta la cadera se dio cuenta de que aquello era lo máximo que le cubriría y se sumergió disfrutando del frescor del agua. Salió a la superficie y parpadeó al ver allí a Jaxon subido a su caballo. Al darse cuenta de que estaba en pelotas jadeó hundiéndose hasta la barbilla. —¿Qué haces ahí?

Levantó una bolsa de tela. —La abuela me ha pedido que te traiga esto —dijo con la voz ronca—. Nena, ¿sabes que tengo más de cuarenta vaqueros que trabajan para mí?

Se cubrió los pechos con las manos. —¡Sé defenderme sola! ¡Deja la bolsa y vete!

—¿Y perderme el espectáculo? —Sonrió divertido. —No vas a tener esa suerte.

—Muy gracioso.

Su mirada le encogió el estómago, pero no podía quedarse allí todo el día esperando a que se largara y estaba segura de que lo haría solo para fastidiarla. Así que dejó caer los brazos y salió del agua retándole con la mirada. Jaxon levantó una de sus cejas castañas empujando ligeramente su sombrero hacia atrás antes de apoyar los codos sobre la silla de montar sin quitarle ojo. Sus pezones endurecidos por el agua fresca se endurecieron aún más por su mirada y sus ojos bajaron por su vientre plano, pasando por el sexo que se transparentaba a través de la húmeda tela de las braguitas, hasta llegar a sus torneados muslos.

—Al parecer ya no te duelen las pelotas —dijo ella con rabia, aunque sintiéndose increíblemente excitada.

—No, nena —dijo con voz ronca mientras se ponía la camiseta. Cuando sacó su larga melena le fulminó con la mirada—. Ya no me duelen.

Se acercó a él y le arrebató la bolsa de tela de la mano. —Gracias.

—Ha sido un placer —dijo divertido mirándole el trasero. Ella dijo algo por lo bajo tirando la bolsa al suelo y empezando a ponerse los vaqueros—. ¿Qué has dicho?

—Nada —dijo entre dientes con ganas de soltarle cuatro gritos por mirón y capullo.

—Nena, no te voy a echar porque digas lo que piensas. Ya lo has hecho, ¿recuerdas? Incluso me he llevado una patada de regalo.

—¡Imbécil!

—Lo que pasa es que te mueres porque te haga el amor y ni siquiera me he bajado del caballo.

Jadeó indignada. —¡Serás idiota!

—Para ser tan inteligente como dicen por ahí tienes pocos argumentos, ¿no crees?

Le señaló con la zapatilla de deporte. —¡No me acostaría contigo ni aunque fueras el único hombre de la tierra!

—Nena, te acostarías conmigo ahora mismo y pedirías más —dijo divertido.

—¡Eres un creído que piensa que todo lo que le rodea es suyo!

—Es que lo es, preciosa —dijo a punto de reírse—. Incluida tú.

—¡Qué te den!

Jaxon suspirando se bajó del caballo y ella le miró con los ojos como platos porque eso no se lo esperaba. —¿Qué haces?

Como si nada dejó el sombrero colgado de la silla y se volvió para mirarla tan intensamente que le robó el aliento. —Demostrártelo, ¿no es lo que querías? —Le tiró la zapatilla a la cara y Jaxon que la esquivó ágilmente negó con la cabeza. —Nena, esta vez no vas a pillarme desprevenido.

—Te lo advierto, no quiero hacerte daño...

—Por cierto, ¿dónde aprendiste a defenderte? —preguntó con voz ronca.

—¡Me enviaron a clases desde pequeña! —Al ver un bulto en su entrepierna se dijo que aquello no estaba pasando. —¡Y no te acerques!

—Y han hecho muy bien. El mundo es un lugar difícil. —Dio otro paso hacia él y Damaryss entrecerró los ojos. —Nena, no te resistas si... —Esquivó la piedra que le lanzó y Jaxon se tiró sobre ella cogiéndola por la cintura para caer juntos al río. Se quedó sin aliento y cuando salió a la superficie Jaxon la pegó a su pecho. Se miraron a los ojos y ella iba a gritarle que era un bruto cuando sorprendiéndola entró en su boca. Acarició su lengua con tal pasión que su corazón saltó en su pecho y cerró los ojos por el placer que la recorrió. Medio ida le dejó hacer y sin darse cuenta acarició sus fuertes brazos hasta llegar a sus hombros respondiendo a su beso con ansias. Cuando acarició su lengua él gruñó en su boca bajando sus manos hasta su trasero y metiendo sus manos por la cinturilla de su vaquero amasó sus nalgas con pasión. Damaryss rodeó sus caderas con las piernas y ni se dio cuenta de que la sacaba del agua antes de tumbarla sobre la hierba. Jaxon apartó sus labios y tiró de su camiseta hacia arriba descubriendo sus pechos. Se metió uno en su boca y Damaryss gimió arqueando su cuello hacia atrás mientras él con movimientos bruscos tiró de sus vaqueros y de sus braguitas hacia abajo. Ansiosa enterró sus dedos en su cabello y Jaxon mordisqueó su pezón haciéndola gritar de placer. De rodillas entre sus piernas se incorporó mirándola mientras tiraba de sus vaqueros hacia abajo hasta sacárselos de los tobillos y los lanzó a un lado antes de cogerla por el interior de las rodillas para abrirla

totalmente. —Joder nena, eres preciosa. —Mirando sus ojos acarició sus húmedos pliegues haciéndola chillar por el rayo que la traspasó y cuando metió un dedo en su ser lloriqueó de necesidad sin darse cuenta. Sentir su miembro entrando en ella le hizo abrir los ojos e iba a decir algo cuando él se agachó atrapando su boca, provocando que solo importara lo que le hacía sentir. Jaxon la invadió con un fuerte movimiento de cadera y el placer fue tan exquisito que solo pudo aferrarse a sus hombros. Él apartó sus labios y apoyado en sus manos movió sus caderas de nuevo robándole el aliento. Sintió que cada movimiento tensaba su interior hasta apretar su miembro haciéndole gemir de placer. —Eso es, nena... Apriétamela con fuerza. —Esas palabras la volvieron loca y rodeó sus caderas de nuevo provocando que entrara más en su interior. Aceleró el ritmo y la fuerza de sus embestidas unida a la tensión de su vientre provocó que su necesidad aumentara. Ahí fue cuando llegó a un punto que al entrar de nuevo en ella todo se quebró y gritó de satisfacción creyendo que jamás en la vida viviría de nuevo algo tan maravilloso como ese momento.

Con las respiraciones agitadas se quedaron unidos unos minutos hasta que su corazón se calmó. Jaxon levantó la cabeza lentamente y se miraron a los ojos. Sonrió sorprendiéndola. —Nena, para no querer...

—Serás idiota —dijo divertida.

Besó sus labios y se giró llevándose a él. Acarició su trasero y Damaryss le miró a los ojos. —Tengo que trabajar.

—No vas a encontrar nada. Mejor aprovechemos el tiempo. —Movié su cadera hacia arriba cortándole el aliento y le miró sorprendida cuando sintió como crecía con fuerza en su interior.

—Claro que voy a encontrar algo —dijo sintiendo como el deseo volvía y clavó sus uñas sobre su pecho. —Pero puedo esperar un momento.

—Eso, preciosa —dijo antes de sentarse para atrapar sus labios.

Capítulo 6

Tumbada sobre él se despertó y asombrada levantó la vista para encontrarse que también estaba dormido. Al mirar a su alrededor fue evidente que habían pasado horas. —Jaxon. —Se levantó a toda prisa y buscó su ropa que estaba desperdigada por el suelo. —¡Jaxon!

Él sonrió abriendo los ojos y al encontrársela de pie a su lado sonrió aún más. —Nena, ven aquí.

—¿Otra vez? —Miró su sexo que se estaba endureciendo y dijo asombrada —¡Ya casi va a oscurecer! ¡Me has hecho perder toda la tarde con tantas exigencias sexuales!

—No te oí quejarte, todo lo contrario.

—¿Dónde están mis pantalones?

Confundido echó un vistazo a su alrededor. —Pues... —Se sentó subiéndose los suyos que los tenía a la altura de las botas.

Damaryss miró el río y chilló —¿No me los habrás tirado al agua?

—¿Cómo voy a tirártelos al agua? Estarán por aquí. —Se puso de pie y miró a su alrededor. Ella puso las manos en jarras y por la expresión de su rostro era evidente que quería pegarle cuatro gritos. —Nena, controla tu carácter. —Siguió buscando a su alrededor. —Estábamos ahí...

Dejó caer la mandíbula del asombro porque era evidente que no quería reconocer que la había fastidiado, así que siseó —Vas a tener que ir al pueblo a por unos pantalones.

—Claro que no, estábamos aquí y yo... —Entrecerró los ojos antes de mirar el río y pasarse la mano por la nuca. Miró río abajo antes de volverse. —¿Las llaves de la camioneta?

—Están puestas —dijo mosqueadísima estirando su camiseta todo lo que podía, pero la que

llevaba ese día era demasiado corta—. ¡Y trae unas zapatillas porque también he perdido una! ¡Y date prisa que estoy con el culo al aire porque hasta me has dejado sin bragas! —Miró a su alrededor. —No nos habrá visto alguien, ¿no?

—Claro que no. —Le dio un azote en el trasero antes de ir a la camioneta.

—¡Eso no ha tenido gracia! —Vio la bolsa en el suelo y la cogió para encontrar un sándwich en el táper. Lo sacó a toda prisa y le dio un mordisco gimiendo porque estaba buenísimo. Con la boca llena gritó —¡Y ten cuidado con el equipo! ¡Cuesta una fortuna!

Él asintió dando la vuelta a la camioneta y cuando se alejó Damaryss gimió mirando a su alrededor. Esperaba que se diera prisa porque con solo pensar que alguien pudiera pasar por allí se moría de la vergüenza. Abrió su mochila y buscó algo para cubrirse, pero nada. Ni una maldita chaqueta porque lo había sacado todo en el hotel para meter material de trabajo. Se sentó sobre la tapa de la mochila y esperó porque no tenía otro remedio. Se recogió el cabello y miró el caballo que pastaba como si nada. —Claro, tú estás acostumbrado a ir en pelotas.

Le pareció que había pasado mucho tiempo e impaciente cogió su móvil para ver la hora. Habían pasado dos horas y empezó a pensar que había ocurrido algo. —¿Qué va a pasar? —se preguntó a sí misma mientras el sol desaparecía por completo—. Estupendo. Ahora solo te falta que venga un coyote y te muerda el culo.

Minutos después se levantó poniéndose muy nerviosa y cogió la bolsa de tela. Pensando en ello se agachó para coger de la mochila la navaja que siempre llevaba con ella. Le hizo dos agujeros en la parte de abajo y se la metió por las piernas. Las asas se las ató a la cintura y por lo menos ya no iba enseñando el culo. Se puso la mochila a la espalda después de recogerlo todo y se acercó al caballo. —Bueno, muchacho... espero que sepas llegar a casa.

Se subió al caballo y cogió las riendas girándolo —Vamos, chico.

No le costó llegar a la carretera y ahí se lanzó a galope hasta el rancho dejando caer la mandíbula del asombro cuando vio las dos furgonetas aparcadas frente a la casa. Se bajó del caballo y atónita subió los escalones sin hacer ruido.

—Sí, madre. No me sirvas más que no tengo tanta hambre —dijo impaciente.

—Hijo, parece que tienes prisa. ¿Te ha venido mal encontrarme en el pueblo?

—¡No abuela, pero tengo que ir a un recado y que Travis haya tenido ese problema con las reses ya me ha retrasado!

Jadeó indignada. ¿Las reses? ¿Las reses eran más importantes que ella?

—Cielo, ¿y por qué llevabas la furgoneta de Damaryss?

—Ya te lo he dicho, le llevé el bocadillo y me pidió mi caballo.

—Pues no ha vuelto todavía. ¿No deberías ir a buscarla?

—¡Eso es lo que llevo intentando hacer desde hace una hora!

—¿No se habrá perdido? ¿Llamo al sheriff para que avise al grupo de rescate?

Se levantó exasperado. —No, abuela. No llames a nadie —dijo entre dientes.

Escuchó sus pasos saliendo por la puerta de atrás y corrió por el porche hasta el extremo. —
Chiss.

Volvió la cabeza hacia allí y su cara de alivio fue evidente. Se acercó a toda prisa. —Lo siento nena, pero...

—Shuss, habla más bajo. —Él vio la bolsa que cubría sus partes pudendas y sonrió. —No tiene gracia —dijo entre dientes. Pasó las piernas por la barandilla y él la cogió por la cintura. Sin soltarla la llevó hasta la furgoneta—. ¿Reses?

—Nena, me necesitaban. Dos reses se enredaron en una valla y si no quería perder más en el futuro tenía que hacer algo.

—Ah... Y que yo estuviera en un sitio que no conozco con el culo al aire no era tan importante.

—Te aseguro que sí lo era. —Miró sus labios.

—Ni se te ocurra. ¿Me has traído los pantalones?

—Te lo he traído todo.

La dejó tras la furgoneta y ella le miró sin comprender. —¿Y eso?

Abrió la puerta de atrás. —Preciosa, te han echado del hotel.

—¿Qué dices? ¡No puede hacer eso!

—Pues lo ha hecho. La señora Riding dice que está harta de vosotros, que primero ibais a ser un montón y que ahora eres solo tú. Que ni le has pagado.

—No me ha pedido nada —dijo asombrada—. Dijo que ya arreglaríamos cuentas cuando me fuera.

Hizo una mueca. —He recogido tu equipaje y el de tus amigos. Y el material que había en sus habitaciones. Por eso he tardado más.

Ella suspiró pensando que ahora tendría que dormir en la furgoneta. Bueno, así se ahorraba la gasolina. Buscó unos pantalones y encontró unos cortos que siempre usaba para dormir. Se quitó la bolsa y sintió una caricia en su trasero. Gimió cuando le dio la vuelta para atrapar sus labios. Ella se apartó medio mareada. —Estate quieto... Mira que como nos vea alguien.

—No hay nadie por aquí a estas horas —dijo con la voz ronca—. Quiero estar dentro de ti de nuevo.

—¿Ese no es el caballo de Jaxon? —preguntó la abuela sacando la cabeza por la ventana.

Él gruñó saliendo de detrás de la puerta. —¡Ha venido ella sola, abuela!

—Oh, qué bien. Tiene sentido de la orientación. ¡Venga, a cenar que se enfría!

Ella le cogió por la camiseta tirando de él y le besó de nuevo. Jaxon la agarró por el muslo elevándola para ponerla a su altura y se besaron como posesos. De repente se separaron con la respiración agitada. —Que tu abuela ni tu madre se enteren de esto.

—No, claro que no. —La besó de nuevo.

—Chicos, ¿qué ocurre?

Ella apartó sus labios. —¡Tengo un problema con el equipo!

—¿Y no puedes arreglarlo después?

—¡Ahora vamos!

Él sonrió dejándola en el suelo y cerró la puerta. Cogió su mano y ella la soltó. —No hagas eso.

—¿En serio? —Vio como se tensaba.

—Se van a hacer ilusiones y ya tienen muchos pájaros en la cabeza. Las oí esta mañana en la cocina.

—¿Y qué oíste exactamente?

—Te están buscando esposa —susurró—. Y lo sabes muy bien, no te hagas el tonto.

Él sonrió. —Nena, no te voy a pedir matrimonio porque lo hayamos hecho cuatro veces.

Le miró ofendida. —¿Y eso por qué? ¿Tengo algo de malo?

Puso los ojos en blanco abriendo la mosquitera. —Mejor vamos a cenar.

Confundida por lo que sentía le siguió mosqueada. —Esto me ha pillado por sorpresa —dijo por lo bajo.

—Y a mí.

—¿Qué os ha tomado por sorpresa? —preguntó su madre desde la mesa.

—Qué oído más fino tienen —dijo haciéndole reír.

Ambas sonrieron al ver al hombre de la casa tan contento y se sentaron ante sus platos sin que les perdieran de vista. —¿Qué os ha tomado por sorpresa?

—Antes, cuando estuve en el pueblo me pasé por el hotel a recoger un paquete —dijo él cogiendo el cuenco del puré de patata echándole bastante—. Y la señora Riding estaba muy enfadada porque el grupo se había ido.

—Vaya —dijo Carole mirando de reojo a la abuela que chasqueó la lengua—. Esa mujer no sirve para tener un negocio.

—Ha echado a Damaryss del hotel.

—Pues mejor —dijo la abuela—. Es una tontería que pagues el hotel cuando aquí hay habitaciones de sobra.

Ella que iba a meterse el tenedor en la boca se detuvo en seco y sintiéndose observada forzó una sonrisa. —No es necesario, de verdad. Estoy acostumbrada a dormir en cualquier parte...

La abuela se echó a reír. —No digas tonterías. Además, así no tienes que ir yendo y viniendo cada día. Debe ser un engorro.

—Sí, niña —dijo Carole asintiendo—. La habitación que usa Travis cuando se queda siempre

está lista.

Sonrojada miró de reojo a Jaxon que como si nada seguía comiendo. —¿A ti no te importa?

Él se encogió de hombros como si le diera lo mismo y ella le pegó una patada en el tobillo haciéndole gemir. Tomó aire por la nariz antes de forzar una sonrisa. —No me importa.

—¿Seguro? Porque hace tres días querías echarme a patadas.

Gruñó incómodo. —Ahora te conozco algo más.

Nada, que no disimulaba. Después de la bronca de la mañana debía ser más sieso con ella, pero nada. Sonrió a las mujeres y dijo porque no tenía más remedio —Muy bien, me quedo.

Ambas sonrieron como si les hubiera dado una alegría. —¿Y has encontrado ese sitio que buscas? —preguntó Carole haciendo que dejara de masticar.

Tragó a toda prisa. —Pues no. Mañana lo seguiré intentando.

—¿Pero qué buscas exactamente? —preguntó la abuela—. Podemos ayudar.

—Es que es difícil de explicar porque no lo sé ni yo. Una señal, algo que indique que la piedra está allí.

—Abuela, Damaryss sabe hacer su trabajo. —Ellas le miraron sin comprender. —Seguro que lo encuentra ella sola.

—Claro que sí —dijo la abuela sonrojándose—. No lo dudo. ¿Sabes que me han pedido más quesos?

Gimió por dentro mientras ellos sonreían contentos. —Vais a terminar haciéndome la competencia en el negocio.

Se echaron a reír. —Jamás llegaríamos a tus ventas, pero vamos por buen camino. —Carole la miró. —Apenas llevamos cinco años haciendo quesos.

—Es un negocio en crecimiento...

—Sí, y si todo va bien será un gran apoyo para el rancho. —Las mujeres se miraron. —Pero necesitaremos a alguien más para continuar con él, ¿verdad abuela?

Echó un vistazo a Jaxon que bebía de su cerveza sin quitarle ojo. Por como la miraban, ¿era una indirecta? Dios, esperaba que no porque ella no se veía en el futuro haciendo quesos ni de

coña. Forzó una sonrisa. —Seguro que hay por el pueblo alguien que estará encantado de aprender el negocio.

Vio como perdían la sonrisa poco a poco. —Claro que sí, Carole —dijo la abuela a toda prisa—. Seguro que a alguien encontraremos. ¿Qué ha pasado en la alambrada del norte? ¿Qué problema tuvo Travis?

Jaxon se puso a hablar de las reses y ella suspiró del alivio. Pudo comer tranquila el resto de la cena y en el postre empezó a entrarle un sueño horrible, pero era lógico porque después de lo poco que había dormido en esos días, el trabajo de por la mañana, la sesión de sexo de por la tarde y la cena que se había metido, quien se mantuviera despierto sería sobrehumano. Todos vieron como se le cerraban los ojos y como intentaba mantenerse recta sobre la silla.

Jaxon se levantó. —Ven nena, que te enseño donde está tu habitación.

Abrió los ojos de golpe. —Oh, pero hay que limpiar.

Las mujeres sonrieron. —Ya lo hacemos nosotras.

—Pero ya habéis hecho la cena y...

Ni se dio cuenta ni protestó cuando la cogió de la mano para levantarla de la silla. Las mujeres se miraron cómplices sonriendo y cuando desaparecieron de su vista ella suspiró. Jaxon la cogió en brazos subiendo las escaleras y ella acarició su nuca apoyando la mejilla sobre su hombro. —Lo siento, pero no puedo más.

—Es lógico, nena. Has tenido unos días demasiado intensos.

Ni se dio cuenta de donde la metía, solo suspiró cuando la tumbó en la cama y se giró abrazando la almohada como hacía siempre. Él sonrió quitándole las deportivas y cuando vio que eran diferentes sonrió aún más.

Damaryss se volvió acariciando algo duro y abrió un ojo para ver el perfil de Jaxon ante su nariz. —¿Qué haces aquí?

—Sigue durmiendo que aún no es la hora. —La abrazó a él y ella miró su pecho. Sin poder evitarlo su mirada fue descendiendo y vio como su vello castaño desaparecía bajo la sábana. Su

sexo se fue elevando poco a poco. —Nena... —dijo con voz ronca.

—No he hecho nada.

La volvió tumbándola sobre la cama y no pudo evitar reír. —Shusss

Se colocó entre sus piernas y ella abrió los ojos como platos. —¿Estoy desnuda?

—Tienes un sueño muy profundo —dijo antes de besarla.

Tres fuertes golpes en la puerta hicieron que empujara a Jaxon tirándole al otro lado de la cama y la puerta se abrió. Damaryss chilló cubriéndose con la sábana y la abuela rio. — Tranquila, soy yo. Así que duermes desnuda. Estas chicas modernas... Es hora de levantarse.

—¿Ya? —preguntó con los ojos como platos.

—Sí, ya. Arriba, que a quien madruga Dios le ayuda.

Cerró la puerta y ella se estiró al otro extremo de la cama. —¿A ti no te despierta?

Tres fuertes golpes en la habitación de al lado le dieron la respuesta —¡Hijo es la hora!

—¿No sabe que existen los despertadores?

Él se levantó como Dios le trajo al mundo y ella perdió el habla mientras iba hacia los vaqueros poniéndoselos a toda prisa. Menudo trasero tenía. Ni un dios griego.

—Preciosa, hay que levantarse. Luego.

Bufó apartando la sábana. —Luego, luego —refunfuñó sentada en la cama agachándose para coger sus pantalones cortos.

Él sonrió y se sentó a su lado. —Por la tarde.

—Ah, no. Por la tarde no, que me distraes y luego no hago nada. Aparta esas manos.

Jaxon reprimió la risa mientras se levantaba para apartarse de él y coger la camiseta del día anterior. Él se puso tras ella y apartó su preciosa melena para besar su cuello. —Pues esta noche.

Sonrió sin poder evitarlo y medio atontada por lo que le hacía sentir se lo comió con los ojos mientras abandonaba la habitación.

Capítulo 7

Sentada sobre el caballo de Carole atravesó el río con cuidado porque lo que menos quería era hacerle daño al animal. Salió al otro lado de la orilla y escuchó un silbido. Sorprendida miró hacia atrás y sonrió saludando a Jaxon que se acercaba a galope. Era todo un espectáculo. Se volvió para esperarle mientras cruzaba el río a toda pastilla. Se acercó a ella y sonrió. —Nena, ¿y tu sombrero?

Se acercó para darle un beso y susurró contra sus labios —No me gusta llevar nada en la cabeza. No has venido a comer.

—Tenía trabajo, así que he comido con los chicos en el barracón. —Se quitó su sombrero y se lo puso a ella.

Ese gesto tan protector le calentó el corazón. Hacía mucho que nadie la cuidaba y se sonrojó del gusto sin darse cuenta. —Si has venido a distraerme...

Jaxon se echó a reír. —No, preciosa. Quiero verte trabajar.

—Va a ser aburrido.

—No lo creo. ¿Vamos?

Atravesaron unos arbustos y una arboleda. —¿Esto lleva mucho tiempo aquí? —preguntó distraída mirando el móvil.

—Los plantó mi abuelo para separar pastos y dar sombra. Aquí es muy necesaria.

Llegaron a la llanura y vieron las montañas al fondo. —Este año ha llovido mucho, ¿verdad?

—Toda una bendición para el ganadero.

Sonriendo volvió la vista hacia él. —Te encanta vivir aquí.

—Es el mejor sitio del mundo.

—¿Has visto muchos? —Levantó una ceja divertida.

—No tantos como tú, pero te aseguro que estas tierras tienen algo...

—¿Y qué es?

—Que son mías.

Se echó a reír asintiendo. —¿Y eso es importante?

—Por supuesto. Me pertenece todo lo que llega hasta esas montañas. Estas tierras son mi orgullo. —Sonrió irónico. —Te parecerá una tontería.

—No, todo lo contrario. —Miró al frente pensativa. —Me gustaría sentir lo que sientes tú. Que perteneces a un sitio. Y eso no lo da todo el dinero del mundo. He conocido a personas muy ricas que hastiadas por lo que les rodean compran una y otra propiedad sin encontrar lo que tienes tú.

—Pero es que lo que yo tengo se hereda, nena. Se lleva en la sangre de generación en generación. —Le guiñó un ojo. —Nací para dejarme la piel al mejorarla, explotarla y sabiendo que si algún día muero, será esta tierra la que me acoja. Serán mis hijos los que continúen la tradición y no puedo dejarles herencia mejor.

Se le cortó el aliento. —Eso ha sido muy profundo.

Jaxon se echó a reír. —Ven, quiero enseñarte algo.

Galoparon atravesando el valle y señaló al fondo donde una enorme manada pastaba. Era impresionante. —¿Aquello es una cascada?

—Hay varias. —La miró con picardía antes de acercarse peligrosamente. —¿Quieres bañarte?

—Aparta esas manos ranchero, que tengo tarea —dijo antes de lanzarse a galope.

Él riendo la siguió y divertida miró hacia atrás antes de azuzar a su caballo. Miró el móvil que tenía en la mano y de repente detuvo su montura mirando la pantalla.

—No lo haces nada mal, nena... Para no conocer a Cleo parecéis uno. —Ella frunció el ceño y Jaxon acercó su montura. —¿Damaryss?

—Es aquí. —Miró a su alrededor, pero allí no había nada. Se bajó con agilidad del caballo y

caminó de un lado a otro mirando la pantalla antes de bajar la vista hacia el suelo. —
¡Exactamente aquí! —dijo frustrada.

—¿Y? —Apoyó los antebrazos en la silla. —Nena, te advertí que aquí no hay nada de lo que buscas. Han pasado cientos de manadas y cientos de vaqueros por encima. ¿Crees que si alguien hubiera encontrado algo no lo sabría?

Sin hacerle caso miró a un lado y a otro. —La orografía no ha variado demasiado a lo largo de los años... —dijo para sí—. Alguna erosión, pero nada reseñable. Y si escondieron algo aquí tuvo que ser en un sitio que supieran que no era accesible para cualquiera.

Jaxon miró a su alrededor. —¿Y por qué iban a dejarlo aquí? ¿Por qué no en su país?

Damaryss sonrió. —Los aztecas eran de origen nómada. Se cree que se trasladaron desde Utah hasta el valle central de México en un periodo de cinco siglos antes de formar uno de los más grandes imperios de la era precolombina.

—Así que pasaron por aquí.

—Exacto. Pasaron por estas tierras en algún momento y por eso sabían cómo llegar hasta aquí. Por alguna razón que no sabemos grabaron en su memoria estas tierras. Ya porque dejaron algo importante o por algo religioso, pero en lo que no hay duda es que esta zona era importante para ellos y desde aquí los guardianes se dividieron para alejar el mapa todo lo posible.

Él miró a su alrededor. —Pues nena, no he escuchado en toda mi vida nada de lo que me estás diciendo. Y creo que por aquí sería una leyenda que se contaría de padres a hijos.

Miró hacia las montañas. Estaban muy lejos, pero había que tener en cuenta que con los medios que tenían no podían ser tan precisos como en la actualidad. Apretó los labios antes de mirar a Jaxon. —Bueno, es aquí. —Miró el móvil y se agachó cogiendo una piedra y colocándola en el sitio exacto antes de sonreír. —Es hora de trabajar. —Fue hasta su caballo y sacó su ordenador y una manta. Se sentó ante la piedra con el ordenador sobre las rodillas.

Jaxon se sentó a su lado para mirar la pantalla. —¿Son imágenes aéreas?

—Son de satélite. —Vieron a varios hombres a caballo y sonrió señalándolo. Él parecía impresionado. Unió las imágenes hasta hacer una circunferencia alrededor de ellos y las pasó a

tres dimensiones uniendo los datos a los geográficos que tenía en la base de datos, formando una imagen exacta de lo que tenían a su alrededor.

Él entrecerró los ojos. —Nena, eres un genio.

—La mayoría de mi trabajo se hace con esto. —Miró las imágenes que daban al sur. — Llegaron por el valle...

—Si acamparon aquí no les costaría encontrar comida. Hay caza y pesca en el río.

—Y agua...

—Es un largo viaje desde su origen. Yo descansaría unos días antes de irme de nuevo. Pero no me quedaría al raso. —Le miró sin comprender. —Si llegaron en verano aquí hace un calor de mil demonios después de un par de horas. Y si era invierno no es precisamente agradable tampoco. Aunque estemos en Texas en invierno puede hacer bastante frío. Además, aquí se quedarían totalmente expuestos si estaban huyendo. Expuestos para los animales, para sus enemigos y para los indios americanos. Demasiados peligros para quedarse aquí parados.

Los ojos de Damaryss brillaron. —Bien visto. ¿Y tú dónde te resguardarías?

—Hay un par de cuevas en las montañas, pero allí no vas a encontrar nada.

—Son las que visitan los forasteros.

—Exacto. Además, hace muchos años allí habitaban tramperos.

—¿Como los de las películas?

Jaxon sonrió. —Exacto.

—¿Son profundas?

—Tienen un nivel medio para los espeleólogos. Pero han venido profesionales y se las han recorrido enteras. No hay ni pinturas ni grabados. —Frunció el ceño. —De hecho, creo que hicieron un reportaje sobre ellas.

—¿Entraron en tus tierras para grabar?

—Las rodearon.

Rio divertida. —Es que de verdad...

—Oye, que pueden ser muy pesados.

—¿No me digas?

—Hay algunas excepciones. —Besó su cuello haciéndola reír. Cuando se apartó Damaryss besó sus labios y él cogió su ordenador dejándolo a un lado haciéndola reír de nuevo. —Vamos a tomarnos un descanso que te noto agotada —dijo con voz ronca antes de atrapar sus labios.

Aplastando el queso sonrió como una tonta recordando la tarde anterior. Bueno, la tarde anterior y las de la semana que llevaba allí que habían dado para mucho. Es que temblaba solo pensando en todo lo que le hacía en sus siestas. En sus siestas y por la noche porque tampoco se cortaba en meterse en su cama a pesar de que su madre dormía a unos metros de ella. Sonrojada la miró de reojo y vio que la observaba. Se sonrojó aún más. —Ya está.

—¿Ya está? ¿Y qué está exactamente?

—¿Perdón?

—¿Hay alguien? —Damaryss frunció el ceño volviéndose. —¡Jefa, estoy aquí!

—¡Cristal! —Salió corriendo y al llegar ante la casa se encontró a su ayudante. —¿Cómo has llegado?

Su amiga dejó caer la mandíbula mirándola de arriba abajo. —Pareces un espermatozoide con eso puesto. —Se echó a reír y la abrazó. Cristal se apartó frunciendo su naricilla. —¿A qué hueles?

—Es por el queso.

La miró asombrada. —¿También haces el queso? ¿Pero qué están haciendo contigo?

—¿Cómo está Eduardo?

—Le han dado el alta esta mañana y su madre se lo ha llevado a casa hasta que se le curen las costillas.

Lo dijo algo molesta y Damaryss entrecerró los ojos. —¿Qué pasa? ¿Te llevas mal con la suegra?

—Es una acaparadora de cuidado —dijo exasperada haciéndola reír—. ¡Si tiene hijos de sobra! De verdad no lo entiendo. Ni sé las veces que intentó echarme de la habitación. Esa no me

traga. Tuve que decirle que era la supervisora de la evolución de Eduardo y que la fundación no me permitía alejarme de él. Me tenía frita.

—¿Estáis liados? —preguntó contenta.

—No. —Levantó la barbilla. —Nos hemos dado un par de besos cuando su madre iba a comer o a tomar un café. Pero volvía enseguida —dijo fastidiada—. No sabe respetar su espacio. Es que de verdad... —Se sonrojó de gusto. —Me ha dicho que me quiere.

La abrazó de nuevo. —Cómo me alegro.

—No me abrases, por favor...

Se echó a reír. —Te acostumbrarás.

—Ah, no. Yo no hago quesos ni limpio mierda.

—Llegamos a un trato.

—Llegaste tú a un trato. No contaste conmigo y a mi novio le pulieron a hostias. Nosotros ya pagamos.

Hizo una mueca. —Pues tienes razón.

—Claro que la tengo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Me ha traído la señora Riding. Me dijo que te habías mudado aquí así que aquí estoy.

—¡Tendrá cara! ¡Nos echó del hotel!

—¿Qué?

—Dijo que ni le habíamos pagado. ¿A que dijo delante de ti que arreglaríamos cuentas después?

—Tienes que estar equivocada. La entenderías mal.

—Que no, que le dijo a Jaxon que... —Su amiga levantó sus cejas rubias. —¿Me ha metido una trola?

—Lo único que sé es que la señora Riding no ha hecho más que lamentarse porque nos habíamos ido. Porque el negocio está flojo y le hubieran venido bien los ingresos, aunque fuéramos nosotras dos.

Dejó caer la mandíbula del asombro y su amiga sonrió maliciosa. —¿Te has liado con él?

—¡Shusss! —Miró a su alrededor y vio como la abuela y Carole salían del almacén sin el traje blanco. —Ellas no saben nada.

—¡Niña, estás aquí! —dijo la abuela contenta.

—Vengo a molestar.

—No digas tonterías, no molestas. ¿Cómo está vuestro amigo?

—Mucho mejor. Se ha ido a casa para terminar de reponerse.

—Cómo me alegro de que todo haya ido bien. —Vio que solo llevaba una bolsa de plástico en la mano. —¿Y tu equipaje?

—Está en la furgoneta —dijo Damaryss a toda prisa.

—Gracias a Dios. Compré un par de camisetas y ropa interior, pero no me he dado una ducha decente desde hace días.

—Pues venga, ¿a qué esperas?

La abuela entró con Cristal en casa y Carole se puso a su lado. —Si molestamos...

—¿Molestar? ¿Por qué piensas eso?

—No queremos abusar.

—No digas tonterías. Venga, quítate eso, que Jaxon estará al llegar para la comida y querrás estar guapa para cuando te vea.

Se puso como un tomate. —No, si yo no... A mí no...

La risa de Carole la hizo gemir y jurando por lo bajo fue hasta el almacén de quesos para desvestirse. Estaba claro que la habían pillado. ¿Qué la habría delatado?

Se quitó el traje que llevaba sobre la ropa y subió a toda prisa a su habitación para ducharse y no oler a queso. Cuando limpió el espejo del vaho que lo cubría, puso los ojos en blanco al ver un enorme chupetón en el cuello. Le mataba.

Como no podía ponerse cuello alto porque no tenía nada así, se dejó el cabello suelto sobre la camiseta de tirantes y se dio por vencida después de unos minutos porque se le veía igual. Menos

mal que no estaba su equipo porque si no el cachondeo iba a ser de aúpa. Resignada bajó los escalones y fue hacia la cocina donde Cristal estaba hablando por los codos como de costumbre. Sonrió porque la había echado de menos.

Cuando entró en la cocina su amiga levantó la vista de lo que estaba haciendo. —¡Ya estás aquí! Venga, dime cómo va la investigación. ¿Has avanzado mucho? Me muero de curiosidad.

—Se toma demasiadas siestas para avanzar —dijo la abuela por lo bajo soltando una risita.

Carraspeó mientras su amiga la miraba sin entender. —Pues la verdad es que he dado con el sitio...

—¿Has encontrado la piedra? —preguntó entusiasmada.

—No, he encontrado el sitio que nos indicaba el GPS.

—¿Y?

—Y...

En ese momento llegó Jaxon quitándose el sombrero. —Hola, familia. Vaya, tenemos una invitada.

Su amiga la miró de reojo algo insegura. —Pues sí. ¿Molesto?

—No, en absoluto. —Guiñó un ojo a Damaryss que gruñó por dentro mientras su madre y su abuela sonreían cómplices. Estas ya estaban preparando la boda. —¿Cómo está Eduardo?

—Mucho mejor. —Impaciente miró a Damaryss. —¿Y?

—Y he echado un vistazo, pero no he encontrado aún el sitio exacto.

Cristal la miró como si hubiera dicho un disparate. —Me estás metiendo una trola. —Se echó a reír. —Claro, es eso. Venga, dime lo que tienes que estoy en ascuas.

Y ella. —No, de verdad... no he encontrado nada.

—Ni lo encontrará —dijo Jaxon cogiendo una cerveza de la nevera.

—Perdona, pero mi jefa es capaz de encontrar una aguja en un pajar.

—Es que estos días ha estado algo distraída —dijo la abuela divertida.

Cristal miró a Jaxon que se la comía con los ojos y Damaryss se sonrojó. —¿Estás tan obnubilada con el sexo que has dejado de trabajar? —preguntó como si fuera algo imposible.

La abuela y Carole se echaron a reír a carcajadas mientras Jaxon se puso a toser porque la cerveza le había entrado por otro sitio. Fulminó a su amiga con la mirada. —¡No estoy obnubilada!

—¡Claro que sí! ¡Solo hay que verte! ¡Estás en las nubes, pero espábilate porque nuestro equipo está en Washington tocándose las narices! ¡Te estás jugando el puesto por esto! ¿Pero qué demonios te pasa?

Se tensó por sus palabras. —¿Te estás jugando el puesto? —Miró a Jaxon que preocupado bajó la cerveza. —Nena, ¿por qué no me lo habías dicho?

—No es así...

—¡Sí que lo es! —dijo Cristal molesta—. ¡Yo misma te escuché hablar con Cowton cuando sucedió lo de Eduardo! Dijo que como se supiera, que como dejaras en evidencia a la fundación ante la prensa, que no te atrevieras a volver por allí.

La abuela jadeó preocupada.

—No quiso decir...

—¡Y también dijo que ya podías tener resultados pronto porque tu presupuesto de este año ya había sido escandaloso! ¡Te va a echar!

—El padre de Eduardo ha retirado la denuncia. ¡Ya me he encargado de eso! Y Cowton no me va a echar. ¿Quieres dejarlo?

—¡Llevamos aquí diez días y no tienes nada! ¡Eres Damaryss Goodell! ¡Hablan de ti en todas las universidades del mundo!

Ignorando las expresiones de sorpresa siseó con rabia —Entonces no debería preocuparte tanto mi trabajo. Como has dicho, mi reputación me puede proporcionar trabajo en cualquier otro sitio. —Cristal se sonrojó por la reprimenda. —¡Quizás lo que tenía que haber hecho, era obligarte a que vinieras hace una semana para que te pusieras a trabajar en lugar de estar en el hospital besuqueándote con Eduardo! —Su amiga se sonrojó aún más. —O quizás lo que quieres es regresar cuanto antes para estar de nuevo con él. Si es eso, no debes preocuparte. Recoge tus cosas, te vuelves a Washington hoy mismo. —Se volvió y salió de la casa dando un portazo.

Cristal miró a su alrededor y todos la observaban muy tensos. —Solo quiero evitar que pierda el trabajo.

—También es humana, joder —dijo Jaxon molesto—. No es un ídolo que no pueda cometer errores.

—¡No lo entiendes, no querían que viniera! ¡Si no encuentra nada hundirán su reputación por seguir su teoría! ¡Varios expertos la odian por haberles dejado en evidencia y están deseando que meta la pata! ¡Si aquí no encuentra nada, sus colegas se encargarán de que lo sepa todo el mundo!

—Pero eso le pasará siempre que siga una de sus teorías, ¿no? —preguntó Carole confundida.

—Sí, pero esta vez es más grave.

—¿Por qué? —Jaxon preocupado dio un paso hacia ella.

—Porque justo antes de salir, cuando ya todo estaba preparado, hemos descubierto un cabello que había entre los grabados de la piedra. Y es de un siglo anterior que el cadáver que se encontró a su lado.

—¿Y eso qué más da?

—¡Eso es lo que dice ella, pero nuestro jefe dice que su teoría hace aguas por todas partes, porque entonces las piedras no se hicieron con el propósito que habíamos planteado desde el principio!

—Alejar algo de los invasores.

—Exacto. Se hicieron un siglo antes y ese fue su último viaje. Y no sé si sabéis cómo va esto, pero si no se llevan resultados cuando se invierte en equipo un millón de dólares, suelen rodar cabezas.

—Un millón de dólares —dijo la abuela impresionada—. Válgame Dios.

—¡La van a echar y será el hazmerreír de la profesión porque ni podrá explicar qué hacía la roca allí, ni la razón de su existencia ni nada de nada! ¡Dirán que perdió un millón de dólares para nada! ¡Nadie la contratará porque pensarán que es una camicace!

Escucharon salir un caballo a galope y Jaxon miró por la ventana jurando por lo bajo. —¡Ni se te ocurra seguirla! —le ordenó Cristal furiosa—. ¡Puede que ahora esté enfadada conmigo, pero sabe que tengo razón! —Tiró el cuchillo sobre la encimera. —Y si crees que vas a retenerla distrayéndola, estás cometiendo un error.

—No sé de qué hablas —siseó.

—Chico, no te culpo por intentarlo. Es preciosa y la mujer más inteligente que conozco, ¡pero si crees que va a quedarse a tu lado, estás muy equivocado!

—¿Y eso por qué no puede pasar, eh? —preguntó Carole ofendida.

Se echó a reír mirándoles incrédula y al ver sus expresiones se tensó. —Oh, por Dios... Ya veo lo que está pasando aquí. ¿Queréis hacer de Damaryss una granjera? No seáis absurdos. ¿Va a dedicarse a limpiar mierda de vaca el resto de su vida cuando puede ir a Egipto, a Estambul o Colombia a encontrar tesoros que no ha visto nadie jamás? ¿En serio creéis que va a quedarse aquí cuando puede descubrir un mundo que el tiempo ha intentado enterrar? —Miró a Jaxon molesta. —¡Debes creerte un portento en la cama para que renuncie a toda su vida por ti! Puede que se haya distraído, pero en cuanto se le pase la novedad y mire a su alrededor, verá que más allá de esas montañas hay muchas cosas por descubrir y no podrás retenerla.

Jaxon muy tenso siseó —Jamás he intentado retenerla.

—¡Mientes! ¡Lo veo en tu cara y en las tuyas! ¡Y lo he visto en su rostro! Durante estos días ha dejado de lado una vida que la apasiona por ti, ¿pero le has preguntado por el futuro? —Jaxon apretó las mandíbulas. —Claro que no. Porque sabes lo que te dirá. Lo que quieres es que se enamore de ti y lo deje todo. No quieres que recuerde que tiene más allá, pero he llegado yo y te he jodido el plan. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —Espero que hayas usado protección, chaval... porque como intentes atraparla en esta relación, vas a llevarte la sorpresa de tu vida.

Jaxon muy tenso salió de la casa por la puerta de la cocina pegando un portazo.

La abuela preocupada se sentó en una de las sillas. —Se quieren. Lo sé.

Cristal la miró muy seria. —No lo dudo. Pero hay cosas que nunca van a funcionar y esta es una de ellas. Siento explotar vuestra burbuja. ¿Una aventura? Estupendo, si los dos lo disfrutan.

¿Pero algo más? Venga, ser sinceras y decirme que no habéis pensado que es imposible.

Carole suspiró. —Lo he pensado mil veces.

—¡Como lo han pensado ellos!

La abuela la miró fijamente con sus ojos azules. —Pues yo creo que cuando se ama no hay nada que impida que dos personas estén juntas. El amor lo puede todo.

—Será en las telenovelas, pero esto es la vida real y cuando les separen cinco mil kilómetros por seis meses de investigación al otro lado del mundo vendrán las discusiones y las rupturas. ¿Que mi amiga lo quiere intentar? Estupendo. Pero no pienso dejar que la distraigáis de algo que es tan importante para ella por puro egoísmo. Puede que ahora se enfade conmigo, pero sabe que tengo razón. —Salió de la cocina dejándolas con la palabra en la boca. —Y ahora voy a buscarla porque sé que se ha puesto a trabajar. ¿En qué dirección debo caminar?

Capítulo 8

Sentada ante la piedra escuchó como llegaba el caballo y se pasó la mano por la mejilla para limpiar las lágrimas. Su amiga se sentó a su lado y cruzó las piernas al estilo indio quedándose allí en silencio. Damaryss suspiró mirando el horizonte. —Es una tontería, ¿verdad?

—Estás enamorada y es el mejor sentimiento del mundo. Nadie te culparía por eso.

—Cuando le vi por primera vez no me podía creer lo que me hacía sentir. Y durante estos días he sido tan feliz a su lado... Pero no durará. —Sonrió con tristeza. —Por Dios, ¿es que me estoy volviendo loca?

—No. —Acarició su espalda. —Te has dejado llevar sin pensar más allá. Y es lógico. Muchas veces pensé en liarme con Eduardo. —La miró sorprendida. —Sí, ¿crees que no me había dado cuenta de que estaba loco por mí? No hay que ser muy lista. Pero, ¿y si salía mal? Malas caras en el trabajo y luego la que se terminaría largando sería yo porque te pondrías de su parte.

—No es así.

—Claro que sí y es lógico porque lleva siendo tu amigo mucho más tiempo que yo. Tendrías que elegir y sería una pena porque me encanta trabajar contigo. Pero lo que ha pasado me ha tocado la fibra sensible y no he podido evitarlo. Ahora crucemos los dedos porque todo salga bien porque la que más tengo que perder soy yo.

—Va a salir bien. Porque te gusta, ¿verdad?

—Estoy loquita por esos ojitos castaños. —Sonrió con tristeza. —Pero nosotros lo tenemos más fácil. Lo vuestro...

—Sí... —Miró hacia el horizonte de nuevo. —No tiene futuro.

—Tenéis vidas muy distintas. Y es lógico que él no lo comprenda todavía. Está acostumbrado a ver como las mujeres dejan sus vidas a un lado por seguir a su marido. Viven en otro siglo. Pero de veras, ¿te ves haciendo quesos en el futuro?

Rio sin poder evitarlo. —Pues te aseguro que ya le estoy cogiendo el tranquillo.

—No lo dudo.

—Me he distraído un poco. —Forzó una sonrisa abrazándose las piernas y apoyando la barbilla sobre ellas.

—Y tienes todo el derecho del mundo, pero has elegido el peor momento.

Apretó los labios. —No es todo como lo has pintado, lo sabes.

—Puede que no te echen porque no encontrarían a otra que dé tantos resultados como tú, pero sabes que las malas lenguas te masacrarían si no encontraras nada. Y alguien del equipo ya se ha ido de la lengua.

La miró sorprendida. —¿Qué dices?

Su amiga le mostró el móvil. —Míralo tú misma. No se han revelado detalles que puedan jodernos la investigación todavía, pero todo lo demás ya está en las redes. Incluso hay colgada una foto de parte de la piedra encontrada en Tuscaloosa. Varios ya están especulando y exponiendo sus teorías, aunque nadie ha expuesto la nuestra. Pero el traidor te ha puesto en el disparadero al decir que eres la encargada de la investigación y que estás en el terreno.

Asombrada cogió su móvil y a toda prisa leyó lo que se había colgado al respecto. Y lo más sorprendente es que era en la página oficial de su organización, pero no sabía quién lo había colgado porque ese perfil no lo conocía. Apretó las mandíbulas furiosa. —¿Quién ha sido? ¿Ya lo has descubierto?

Los ojos de su amiga brillaron. —Ha sido el jefe. Cowton con un perfil falso.

—Será cabrito. —Negó con la cabeza porque eso no se lo había esperado. Siempre había pensado que tenía su apoyo, aunque habían discutido en alguna ocasión. Pero era evidente que le había pegado una puñalada por la espalda intentando dejarla en evidencia. Mirando el contenido vio que habían desvelado que la piedra era de un siglo anterior al cadáver por lo que habían

provocado que todas las teorías se contextualizaran un siglo antes. Sonrió maliciosa porque reputados colegas no estaban dando ni una en sus especulaciones. —No entiendo porque ellos pueden meter la pata continuamente y me cuestionan a mí.

—Este es un mundo muy machista. En cuanto puedan te destriparán. Se tirarán a ti como buitres para quitarte del medio. Están deseando que te echen y lo sabes. ¿Vas a dejar que lo consigan?

Le entregó el móvil. —Eso no va a pasar.

Su amiga sonrió. —Bien dicho, jefa. ¿Por dónde empezamos?

Después de recorrer todo el valle a caballo estaban agotadas y hambrientas. Dejaron los caballos en el establo y estaba quitando la silla porque el chico ya se había ido a casa cuando vio que Jaxon aparecía en la puerta. Y por la cara que llevaba no estaba nada contento. Suspiró dejando la silla en su sitio y Cristal chasqueó la lengua. —Te veo dentro.

Asintió acercándose de nuevo al caballo para quitarle el bocado y le sintió tras ella. —No has llegado para la cena.

—Tenía trabajo. —Se volvió y forzó una sonrisa antes de darle un beso en los labios, pero él se apartó molesto. —¿Estás enfadado? —preguntó asombrada.

—Es que tengo la sensación de que la llegada de tu ayudante ha cambiado mucho las cosas. ¿Es así?

Miró sus ojos. —¿Qué quieres que te diga, Jaxon? Creo que cualquier cosa que diga no te va a gustar.

—¿Tiene razón? ¿Esto no tiene futuro? —preguntó levantando la voz.

—Jamás hemos definido esto. No sé por qué te pones así.

—¡Pues yo creía que estaba muy definido! —bramó sobresaltándola.

—¿Qué soy? ¿Una amiga como la rubia? ¡Porque no parece que sea nada más!

—¡Vives bajo mi techo con mi familia!

—¡Tú tampoco querías que se enteraran!

—¡Porque se harían ilusiones!

—Pues acabas de contestar a tu pregunta, porque tú mismo sabías que esto no iba a ningún lado.

Él apretó las mandíbulas dando un paso atrás y su corazón se retorció porque vio en sus ojos que le había hecho daño. —Entiendo. —Se volvió saliendo del establo y Damaryss agachó la mirada mientras su corazón se estremecía porque acababa de perder algo que le importaba mucho más de lo que creía. Reprimiendo las lágrimas colgó el bocado en su sitio sabiendo que su vida allí se iba a complicar muchísimo teniendo que verle todos los días.

Pero no, todo lo contrario. No le veía el pelo. Después de cuatro días casi ni le había visto por casa. Ella llegaba después de la cena y él se encargaba de evitarla en el desayuno. Y ninguno de los dos comía en casa. Sabía que toda aquella situación era realmente incómoda para Carole y la abuela, pero ambas seguían tratándola muy bien. Casi estaba desesperada por encontrar la maldita piedra y largarse de allí.

Lo más duro eran las noches porque sabía que estaba en la casa y por dentro se moría por verle. No dejaba de pensar en sus momentos juntos y cuando no la veía nadie no podía dejar de llorar. Casi no pegaba ojo y su aspecto era penoso. Odiaba que la abuela la mirara con pena en cada desayuno. Carole les sugirió que dejaran de trabajar por la mañana y ella se negó porque eso no era parte del trato, pero Cristal insistió que cuanto más trabajaran antes se irían de esa situación tan incómoda para todos, así que aceptó el ofrecimiento y trabajaba hasta que el sol se lo permitía. Pero sin resultados aún. Incluso habían visitado las cuevas de la zona, pero como Jaxon le había dicho allí no había nada.

Hizo una mueca porque le dolía el tobillo porque al saltar de una roca se lo había torcido y ahora le latía. Se sentó en la cama y se lo miró. Estaba un poco hinchado, pero nada alarmante. Ya se curaría. Miró hacia la ventana y vio que era noche cerrada. Apartó la sábana y se estiró la vieja camiseta que llevaba posando los pies en el suelo cuando escuchó un ruido en el pasillo. Sin poder evitarlo caminó hasta la puerta a toda prisa y la abrió para ver como Jaxon iba hacia las

escaleras con las botas en la mano. Él miró sobre su hombro y apretó los labios. —Es temprano, vete a la cama.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y Jaxon se volvió. —Joder nena, no llores.

—Lo siento.

Él se acercó lentamente para acariciar su mejilla limpiando sus lágrimas con el pulgar y sonrió. —Has sido la forastera más interesante que ha pasado por aquí.

Sonrió con tristeza. —Todavía estoy aquí.

—Ya, pero es que me he enamorado de ti, preciosa —dijo cortándole el aliento—. Y no creo que sea conveniente que continuemos, porque puede que cuando decidas irte no deje que te vayas. —Se agachó para besar suavemente sus labios y cerraron los ojos disfrutando de su última caricia antes de que se alejara sin mirar atrás.

Sollozó queriendo ir tras él, pero de nuevo la razón retuvo lo que sentía. Ambos sabían que era mejor dejar las cosas así y regresó a la habitación sintiéndose vacía.

Sobre su caballo negó con la cabeza y Cristal hizo una mueca. —Nada.

—¡Esto es ridículo! —exclamó frustrada.

—Tranquila jefa.

—¿Tranquila? ¡Llevamos días dando vueltas por este valle haciendo el idiota! ¡No tenemos nada! —Señaló al sur. —Allí está el epicentro. Lo hemos recorrido todo y no hay una sola señal que indique que hubieran pasado por aquí. Por Dios, está oscureciendo y hemos perdido otro día. Empieza a ser absurdo.

—Y el equipo sigue en las furgonetas.

—Muy graciosa.

—Venga... —Su amiga reprimió la risa. —Ya verás cuando Cowton se entere que ese escáner tan avanzado que le has obligado a comprar aún sigue en su caja. Se va a partir de la risa.

Sin poder evitarlo sonrió. —Nos servirá para otra ocasión.

—Eso si seguimos teniendo trabajo. Porque si te echan a ti me echan a mí.

—Que no me van a... —Se le cortó el aliento mirando sobre la cabeza de Cristal.

—Por favor dime que esa mirada es la de voy a dejarles a todos con la boca abierta y no la de Cristal tienes un oso tras de ti.

Ignorándola tiró de las riendas mirando hacia las montañas y vio como el sol descendía ocultándose. Un tenue hilo de luz pasaba entre ellas. Inclinado hacia abajo apenas se veía.

—Damaryss, ¿qué pasa? —preguntó su ayudante mirando hacia allí.

—Espera...—respondió sin aliento justo antes de que el rayo se intensificara por el descenso del sol tras las montañas—. ¡Graba eso!

—¿El qué?

La señaló con el dedo. —¡La luz!

Su amiga miró hacia allí y dejó caer la mandíbula. —No puede ser.

—¡Ahí tenemos nuestra señal! —gritó contenta mientras su amiga sacaba la cámara para grabar.

Emocionadas se acercaron a caballo lo suficiente para ver como a medida que el sol descendía ese rayo se iba alargando hasta señalar un punto al pie de la montaña. Estaban tan lejos que no veían exactamente qué era, pero Cristal con la cámara intentó ampliar lo suficiente la imagen para que no se equivocaran cuando de repente el rayo desapareció. El sol todavía no había desaparecido del todo, pero seguro que alguna roca al otro lado impedía que se filtrara la luz por la grieta y eso corroboró aún más su teoría emocionándola.

—Vamos. —Cabalgaron hacia las montañas y cuando llegaron ya era noche cerrada.

—Hay muy poca luz. Deberíamos regresar mañana.

—¿Mañana? —Se bajó del caballo y sacó una linterna de la alforja. —Ni de broma. No pegaría ojo.

—No pegas ojo igual. —La fulminó con la mirada. —¡Vale! —Se bajó del caballo suspirando y cogió su linterna. —Es que de verdad, a veces eres muy pesada.

—Mira quien fue a hablar.

—¡Estoy muerta de hambre!

—Pues vete. Yo voy ahora —dijo alejándose.

—Sí, claro... que te voy a dejar aquí para que te coma un lobo o algo así. —Señaló con la linterna el inicio de la pendiente y frunció el ceño mirando las rocas. —Ahí puede esconderse cualquier cosa. —Cuando su jefa no le contestó la buscó asustada —¿Damaryss?

—¡Estoy aquí! —gritó detrás de una roca y Cristal vio como la luz de la linterna se movía en el aire.

—¡Oh, por Dios! ¿Quieres que me dé un infarto? —preguntó exasperada acercándose y rodeando una roca para verla ascender por la pendiente—. ¿Pero qué haces? ¿Estás loca? Si ni siquiera llevas unas botas adecuadas y tienes el tobillo hecho polvo. No me has dicho nada, pero yo lo sé.

—Por supuesto, lo sabes todo.

—¡Muy graciosa! —Asustada se volvió. —¿Has oído eso?

—Estás paranoica. —Damaryss dio otro paso tropezando con una roca y cayó de rodillas. Entonces lo oyó. El sonido del cascabel a su lado le heló la sangre y se mantuvo muy quieta.

—No te muevas —dijo su amiga asustadísima.

—Cristal...

—¡No te muevas! —chilló histérica—. ¡Se irá!

Giró la cabeza muy lentamente hacia su derecha y la luz de la luna mostró el cascabel moviéndose tras la roca que tenía al lado. Con cuidado cogió la linterna y la volvió de golpe deslumbrándola. Se levantó lo más rápido que pudo, pero la serpiente la atacó mordiendo su pierna. Gritó de miedo cuando se le quedó colgando y Cristal chilló histérica alumbrándola. Su amiga tiró la linterna y corrió hasta ella cogiendo la serpiente con la mano para arrancársela antes de tirarla a un lado, librándose por un pelo de que la mordiera también a ella mientras no dejaba de gritar como una loca.

—¿Estás loca? —Se gritaron la una a la otra antes de que Cristal pusiera los ojos en blanco cayendo hacia atrás desplomada. Asustada se agachó a su lado. —¡Cristal! —Intentó levantar su cabeza para ver que se había dado un golpe con una roca y muerta de miedo la cogió por los

brazos arrastrándola lo más lejos posible de la pendiente. Sintiendo como su corazón se salía del pecho corrió hasta el caballo y sacó su móvil. Juró por lo bajo porque no tenía el número de Jaxon ni del rancho. —Vamos, vamos piensa.

Pensó en el sheriff y en su grupo de rescate. Eso sería más rápido. Buscó el número en internet del sheriff de Cristal Valley y rezó para que se lo cogieran. Cuando contestaron gritó — ¡Sheriff, necesitamos ayuda!

—Mi padre ha tenido una llamada de emergencia y ha salido. Algo de unos borrachos. Se ha dejado el móvil en casa —dijo un chaval con desgana.

—Estupendo. Me ha mordido una serpiente. ¿Qué tengo que hacer?

—¡Mamá! —gritó haciendo que pusiera los ojos en blanco.

—¿Diga?

—¡Soy Damaryss! ¡Me ha mordido una serpiente de cascabel y mi amiga está inconsciente en las tierras de los Easterwood! ¿Qué hago?

—¿Dónde estás exactamente, niña?

—En el valle que hay al oeste. Cerca de las montañas.

—No te muevas. No camines ni te pongas nerviosa. Eso acelera el corazón y se propaga más rápido. Habla despacio. Asegúrate que la herida queda por debajo de tu corazón. —Angustiada no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. —Mi hijo está llamando al helicóptero de emergencias. ¿Tu amiga tiene pulso?

—Sí, creo que sí —dijo sin moverse muerta de miedo—. Empieza a doler y a quemar mucho más.

—Es normal. ¿Dónde te ha mordido?

—En la pierna.

—Si te mareas o te falta el aliento siéntate en una roca para que la herida quede bajo el corazón.

—Entendido. ¿Tardarán mucho en llegar?

—¡Hijo llama a Jaxon! —gritó la mujer apartando el auricular—. Veinte minutos.

Palideció al escucharla. —¿Veinte minutos?

—No te pongas nerviosa.

—¿Cómo no voy a ponerme nerviosa? —gritó sin poder evitarlo.

Su amiga gimió y se sobresaltó viendo cómo se llevaba una mano a la cabeza. Confundida la miró y Damaryss se echó a llorar del alivio. —¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? —preguntó con ganas de matarla de los nervios—. ¡Qué te has desmayado en el peor momento!

Cristal se levantó de golpe. —¡Tenemos que irnos! ¡Tenemos que buscar un médico!

—¡No! —gritó la mujer del sheriff—. ¡No te muevas!

—No puedo moverme. Algo de que se acelera el corazón.

Su amiga se acercó. —¡Si ya lo tienes aceleradísimo! ¿Con quién hablas? —Le quitó el teléfono tambaleándose a un lado. —¿Quién es?

Muerta de miedo notó como empezaba a faltarle el aliento y se dijo que si iba a morir se tenía que ver a Jaxon. Mientras su amiga hablaba se subió a su caballo y se lanzó a galope. Cristal discutiendo con la mujer la miró sorprendida. —Espere señora, que hemos cambiado de planes.

Damaryss pasó el río y casi se cayó del caballo, pero consiguió mantenerse sobre la silla sujetándose al pomo. Cada vez le costaba más respirar, como si el aire fuera más denso y eso aceleró aún más su corazón. Las lágrimas corrían por sus mejillas y cuando llegó al camino sintió que se mareaba. Cayó del caballo y le costó abrir los ojos sintiendo un cansancio tan intenso que no pudo moverse.

—¡Damaryss! —gritó su amiga a lo lejos.

Cerró los ojos de nuevo y cuando los abrió vio a Jaxon que se arrodillaba a su lado. Sintió un pinchazo intenso en el muslo y cuando pasó la cogió en brazos. —Ya está nena... —dijo pegándola a su pecho—. No cierres los ojos, mantente despierta. Ya vienen...

—Estás aquí —susurró contra su pecho.

—Claro que sí, cielo.

—Quería decirte algo... —Abrió los ojos y miró los suyos sonriendo. —Tú eres mi mayor descubrimiento. —Jaxon la miró emocionado y la elevó para besar sus labios. —Te amo — susurró casi sin aliento antes de perder el sentido.

Capítulo 9

Los párpados le pesaban muchísimo y la pierna le ardía, pero tenía que levantarse. Abrió sus ojos lentamente y gimió por la luz que la deslumbró, provocando que los cerrara a toda prisa. Intentó levantar la mano, pero alguien la cogió y sintió algo en el dorso que la molestaba. —Ten cuidado, nena. La vía puede salirse.

Abrió los ojos y parpadeó al ver cuatro cabezas sobre ella. Cristal sonreía de oreja a oreja mientras que Carole y la abuela simplemente la miraban con alivio. Desvió los ojos hasta Jaxon que estaba a su lado y este sonrió. —Hola, preciosa. Nos has dado un buen susto...

Agotada sonrió. —¿Lo he conseguido?

—Sí que lo has hecho. —Se agachó y la besó en la frente. —Lo has conseguido.

—Jaxon te puso un antídoto hasta que llegaron los sanitarios —la informó Cristal—. Dicen que te ha salvado la vida. Tuvieron un problema y tardaron más en llegar de lo habitual. Si no hubiera sido por él estarías criando malvas. —Todos miraron a Cristal que se sonrojó. —¿Qué? Es la verdad.

—Ahora te pondrás bien —dijo la abuela.

—¿Cuándo saldré de aquí?

—En un par de días —dijo Jaxon.

—Hemos encontrado la pista. —Ilusionada miró a Cristal. —¿Y tú cómo estás?

—Esta ya va a decirme que mueva el culo hasta la zona de exploración.

—Exacto.

—Pues no puedo manejar maquinaria pesada. Lo dice mi medicación.

—Tendrás cara.

—¿Así que lo habéis encontrado? —preguntó la abuela muy interesada—. ¿Y dónde está?
¿Qué es? ¿Estaba la piedra?

Ella miró a los ojos a Jaxon. —¿Por qué no os vais a tomar un café mientras Cristal os lo explica? Quiero hablar con Jaxon.

Salieron hablando del asunto y él sonrió sentándose a su lado. —Así que ya has dado con el sitio.

—Todavía me falta encontrar el punto exacto, pero sé que es ahí. Es un pálpito.

Jaxon cogió su mano y la acarició. —Así que pronto te irás.

—Depende de lo que encuentre.

—No quiero que te vayas. —Se le cortó el aliento y él la miró a los ojos. —Cásate conmigo, preciosa.

Sintió una emoción tan intensa que quiso decir que sí de inmediato, pero algo en su interior se lo impidió. —No puedo vivir la vida que tú quieres. No voy a ser una esposa como tu madre o tu abuela.

—Prefiero tenerte a ratos a no tenerte nunca más.

Se emocionó y le abrazó con fuerza. —Creía que te había perdido.

Él acarició su espalda. —Nunca, preciosa.

Entró en casa furiosa dando un portazo y caminó hasta la cocina. —Uy, uy, no está el horno para bollos —dijo la abuela cosiendo una camisa.

—¿Dónde está?

—Si hablas de tu reciente marido, supongo que estará trabajando.

Gruñó yendo hasta la nevera y sacó la botella del agua. —Ha prohibido que entrara la excavadora.

—Es muy suyo para sus cosas.

—La necesito.

—Niña, te has casado con él sabiendo lo que había. No sé de qué te sorprendes. ¿Has

llamado ya a tus padres?

Ella que iba a beber de la botella se detuvo en seco por el cambio de tema. —¿Qué?

—Cuando os casasteis hace dos días Carole y yo nos extrañamos un poco de que solo viniera a la boda Eduardo. Hija, ¿cómo no has llamado a tus padres? Estamos algo confundidas, la verdad. Y queremos conocerles.

—Es que mis padres están muy ocupados. —Bebió a toda prisa y se dispuso a salir por la puerta de atrás. —Voy a buscar a Jaxon.

—Están muertos, ¿verdad?

Se le cortó el aliento mirando el pomo de la puerta antes de girarse. —¿Por qué piensas eso?

—Cuando yo me casé mi madre me ayudó en todo. No quiso perderse un detalle. —Sonrió con tristeza. —Es un día importante entre madre e hija y tú no pensaste en ella. Ni en la comida rodeada de nuevos vecinos hablaste de ellos en ningún momento. Me pareció muy extraño. —Apretó los labios acercándose. —No podrás evitar el tema siempre. Sobre todo porque Carole está muy preocupada por este tema. Cree que te avergüenzas de nosotros.

—¡Oh, no! ¡No es eso! Es que no hay mucho que decir. Mi madre murió cuando era un bebé, así que no la recuerdo y mi padre... No nos llevamos bien.

—¿Y por qué mientes?

—Porque cuando digo que trabajan fuera y en lo mismo que yo ya no hay más preguntas. —Se encogió de hombros. —Si cuento lo que pasó en realidad empiezan las cuestiones interminables y no quiero hablar de ellos. Nunca han sido importantes en mi vida y no tienen nada que ver en lo que soy ahora.

Su abuela asintió y siguió cosiendo. Preocupada por lo que pensaría de ella dio un paso acercándose. —¿Me entiendes?

—Si has alejado a tu padre de tu vida tiene que haber una razón muy poderosa. No soy quién para juzgarte. —Sonrió mirándola a los ojos. —Pero si no te importa me gustaría saber algo. —Asintió apretándose las manos y la abuela vio el gesto. —¿Quién te crió?

—Una tía abuela, pero falleció hace siete años.

—Lo siento, niña.

Recordando a su tía Sarah se emocionó. —Ella sí que me hubiera gustado que estuviera en la boda, pero no pudo ser. —Forzó una sonrisa. —Fue una madre increíble para mí.

—Me alegro muchísimo y seguro que ella desde donde esté se siente muy orgullosa de ti.

—Os hubierais llevado muy bien. —Reprimiendo los recuerdos se volvió. —Voy a buscar a Jaxon.

—Él no quiere forzarte a hablar de ello, ¿sabes? Pero se hace las mismas preguntas que me hago yo.

—Lo sé.

—En un matrimonio debe haber sinceridad absoluta si quieres que funcione, niña. —La miró a los ojos. —Porque quieres que funcione, ¿verdad?

Preocupada salió de la casa a toda prisa y bajó los escalones yendo hacia el establo donde su caballo estaba en la puerta esperándola. Vio al hijo del sheriff dentro y le gritó —¿Sabes dónde está Jaxon?

—Travis se lo ha llevado a las tierras del norte. En el linde con el pueblo había no sé qué problema.

Se subió al caballo e hizo una mueca porque aún le dolía la herida. Se dirigió a la entrada del rancho sabiendo que la abuela tenía razón, pero tenía la sensación de que lo que era su vida fuera del rancho era mejor dejarla ahí porque bastantes problemas tendrían en su relación sin necesidad de decirle que su padre era un cabrón sin sentimientos. Solo esperaba que no se acordara que tenía una hija nunca más.

Les vio arreglando una verja de madera que estaba totalmente destrozada y sorprendida se acercó porque la excavadora estaba aparcada unos metros más allá. Genial, no se había ido. El viaje no había sido en vano. Su marido daba martillazos como si se estuviera desahogando e hizo una mueca antes de preguntar —¿Qué ha pasado?

Travis le hizo un gesto negando con la cabeza y su marido gruñó girándose lentamente. —
Nena...

—¿Si, amor?

—¿Le has dicho al de la excavadora que para no destrozar el arco de la entrada con la pala entrara por otro sitio?

Ay, madre. —Pero dije que preguntara. Que los camiones tenían que entrar por algún sitio — dijo atropelladamente.

—¡Pues ha atravesado la valla! —gritó furibundo—. ¡Es que le tenía que haber metido un tiro a ese gilipollas!

—¿Eso significa que no vas a dejarle pasar? —La miró como si fuera a estranglarla. — ¡Cielo, le necesito!

La señaló con el martillo. —¡No vas a empezar a excavar en la montaña! ¡No existían excavadoras en aquella época, así que no puede estar tan abajo!

—No es para excavar. ¡Es para mover las rocas! —La miró como si fuera tonta y se sonrojó cuando varios hombres rieron por lo bajo. —¡Así iré más rápido!

Su marido se acercó. —Nena, ¿crees en serio que cuatro hombres de esa época pueden mover una piedra que mueve una excavadora?

—Había hombres muy fuertes.

Jaxon puso los ojos en blanco. —¡No voy a dejar que por tu frustración al no encontrar nada empieces a destrozar la montaña!

—¡Es que no encuentro la entrada!

—¡Porque estás equivocada!

—Uy... —Volvió el caballo. —¡Qué poca fe tienes en mí!

—¡Y como te vuelva a morder una serpiente me vas a oír! —gritó mientras se alejaba—. ¿Llevas el antídoto?

—¡Sí!

Jaxon sonrió volviéndose y Travis se echó a reír. —Amigo, con esta mujer vas a estar muy entretenido.

—Eso espero.

Cristal se volvió con los dos palos que usaba para espantar serpientes y gritó desde la roca donde estaba subida —¿Y bien?

—Nada. —Se bajó del caballo. —Que no quiere.

Eduardo hizo una mueca. —Llevamos aquí dos días dando vueltas y no hay nada.

—Has visto el video, es aquí. —Miró las rocas más grandes. —Igual la entrada está debajo.

—O igual es una casualidad de la naturaleza.

—Es que de verdad, estáis de un negativo...

—Es que a mi amor le duele el costado. ¡Y a ti la pierna! ¡Qué coño hacemos aquí torrándonos cuando tú podrías estar de luna de miel y nosotros retozando en la cama!

Miró divertida a Eduardo. —Así que para retozar no te duelen las costillas.

—Haría un esfuerzo.

Cristal le lanzó un beso antes de seguir dando golpes con los palos para saltar de la piedra cuando chilló.

—¿Qué? ¿Una serpiente? No te muevas. —Sacó una pistola corriendo hacia ella.

Cristal se volvió. —No es nada. Creía que era una rata, pero es un ratoncito de campo.

—Es increíble que hayas estado conmigo en otras excavaciones —dijo exasperada subiendo la pendiente por enésima vez.

—¡Allí la fauna está controlada! Nunca me has llevado a una investigación para localizar el sitio.

—Pues también es verdad.

Iba a dar otro paso hacia ellos cuando se detuvo con la pierna en alto chillando —¡Aquí! — Sus amigos se acercaron a toda prisa mientras se arrodillaba. Estos fruncieron el ceño al no ver nada.

—¿Te está afectando el sol? —preguntó Cristal.

—¡Mirad esto! —exclamó mostrando un hueco alargado en la tierra.

Eduardo muy serio se arrodilló a su lado. —Cielo, trae la cámara. La tierra de debajo está

endurecida y ha conservado la forma.

—Sí, lo que indica que aquí hubo una piedra mucho tiempo.

—Y los bordes de la tierra tienen hierba así que casi cubre la ranura. Podíamos haber estado años dando vueltas. —Apartó las briznas en la hendidura para mostrarla bien. Tenía algo de musgo en su interior.

—¿Tiene la profundidad de nuestra piedra?

—Tendríamos que medirlo o meter el molde de escayola, pero está en la furgoneta.

Suspiró sentándose en sus talones. —Pero eso no cuadra con nuestra teoría.

—No. Si la piedra la llevaban ellos para llegar hasta aquí, no iban a dejarla ahí para que la encontrara cualquiera. Los perros murieron alejándolas.

—A no ser que hubiera otra cosa que indicara que este es el lugar.

—Recopilemos. Solo hechos, no teorías.

Damaryss asintió. —Tenemos dos piedras que fueron hechas un siglo antes de la llegada de los conquistadores.

—Exacto.

—Las dos piedras fueron encontradas muy alejadas entre sí dentro de los Estados Unidos y las dos piedras nos llevan hasta aquí por la ruta de las estrellas.

—Así que había dos perros al menos.

Asintió. —Y falta al menos una piedra.

—Así que había más perros. Las piedras indican cuatro, pero eso no lo podemos confirmar.

—Exacto.

—Y aquí había otra piedra. Las dimensiones parecen coincidir.

De repente su piedra cayó entre ellos y por el asombro de sus caras Cristal les miró exasperada. —¿Qué? Tiene un montón de años, no se va a romper en mil pedazos.

—¡La estás contaminando! —protestó su novio.

—Oh, por Dios... ha viajado por medio continente varias veces, no seas pesado.

Antes de que Eduardo pudiera evitarlo Damaryss cogió la piedra y la colocó en su sitio. El

huevo era exacto y tomó aire viendo unas hendiduras en la tierra. Colocó los dedos encima y se dio cuenta que eran las marcas al intentar sacarla. —Esta es la confirmación que necesitaba de que este es el sitio. —Se levantó a toda prisa y empezó a bajar la colina.

—¿A dónde vas? —preguntó Cristal asombrada.

—¡A ver a mi marido! —respondió furiosa cogiendo las riendas—. ¡Porque la piedra ha desaparecido hace poco para que la hendidura todavía siga ahí después del paso de los años! Una casualidad, ¿no crees?

Al ver como se alejaba a caballo Cristal hizo una mueca. —Va a arder el rancho. —Se miraron el uno al otro antes de bajar la colina lo más rápido que podían.

Dejó su montura ante el rancho viendo allí el caballo de Jaxon. —Estupendo—dijo entre dientes—. Estás aquí.

Con grandes zancadas fue hasta los escalones y subió de un salto.

—¿Pero qué dices? Eso no es verdad.

La voz de Jaxon en la cocina la detuvo en seco.

—¡Qué sí! ¡Qué he llamado a la Fundación y no saben quién es Damaryss! ¡Es más, jamás ha trabajado allí!

—Habrás llamado a una oficina que no saben nada del trabajo arqueológico, madre.

—¿Te crees que soy tonta? ¡He llamado a Washington! ¿No dijo que venían de allí? Pues allí he llamado.

—La niña se habrá confundido —dijo la abuela haciendo que sonriera.

—¡A mí esto me huele muy mal! ¿Has guardado la piedra? —Se le cortó el aliento dando un paso hacia la ventana.

—Sí, está escondida.

—Perfecto porque es evidente que han llegado los invasores como los llamaba tu abuelo y debemos proteger lo que es nuestro. Tu misión desde tu nacimiento es proteger estas tierras con tu vida. Hemos cometido un error imperdonable al dejar que esa chica entre en nuestras vidas.

—No van a encontrar nada. Damaryss se terminará dando por vencida y después de un tiempo se irá a buscar otra cosa. —Su corazón saltó en su pecho. ¿Que se iría? ¿Quería que se fuera?

—Tu padre perdió la vida protegiendo estas tierras. No pienso dejar que Damaryss destruya lo que sus antepasados pusieron a su recaudo. ¡Solúcionalo! ¡Ya!

Sus amigos llegaban a galope y escuchó decir —¡Shusss! ¡Están aquí! —dijo la abuela dejándola de piedra.

Intentando reponerse entró en la casa furiosa. —¿Jaxon?

—Estoy aquí, nena.

Entró en la cocina y se detuvo en la puerta al ver que los tres se pusieron en guardia en su presencia. —¿Qué ocurre?

—No lo sé, dímelo tú —siseó Jaxon intentando contenerse—. ¿Trabajas para la fundación Carter?

Miró a su marido a los ojos y levantó una ceja. —¿Perdón?

—¡No te hagas la tonta! ¡Mi madre ha llamado allí y no te conocen!

Sus amigos se pusieron tras ella en silencio. —¿Y? —preguntó irónica cruzándose de brazos.

—¿Qué es evidente que no trabajas allí! —exclamó Carole asombrada—. ¡Nos has mentido!

—Pues no, no trabajo para la fundación.

Jaxon entrecerró los ojos. —Nena, me estoy cabreando muchísimo. ¿Para quién coño trabajas? —preguntó fuera de sí.

—Para un inversor.

Carole se llevó la mano al pecho. —Un coleccionista.

—No exactamente, pero él sí que se encarga de buscar a coleccionistas muy interesados en todo lo que pueda encontrar.

—Trabajas al otro lado de la ley —dijo Jaxon mirándola como si no pudiera creérselo.

Se echó a reír sin ganas. —Claro que no, todo es muy legal. Lo que encuentro me lo quedo. O mejor dicho se lo queda mi jefe que es quien financia todas mis investigaciones. Y si lo

encuentro en tierras de otro como este es el caso se reparten ganancias. Os llevareis vuestra parte.

—¡Yo no quiero nada! ¡Y a partir de ahora no vas a seguir buscando! ¡Esto se acabó!

Dio un paso hacia él. —¿Me crees estúpida?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —siseó.

—¿No? ¿Te indignas porque te he tomado el pelo? ¡Tú me has tomado el pelo a mí desde el principio! ¡Sabías perfectamente lo que estaba buscando desde que llegué! ¿Dónde está la piedra?

Sonrió con desprecio. —No sé de qué hablas.

—¿No? Esperaba que colaborarais, pero al parecer voy a tener que ser más dura. —Suspiró mirando a Eduardo. —Amigo...

—Uno de mis trabajos es encontrar los trapos sucios de la gente. Nos facilita el trabajo para llegar a nuestros objetivos. En el hospital y durante estos días tuve mucho tiempo para investigar a vosotros. Vuestra familia se asentó aquí después de un golpe de suerte, ¿no es cierto? Un antepasado vuestro compró estas tierras después de la muerte de una familia durante la guerra civil. He rascado un poco y era un desertor del sur. Aún aparece en las listas. Se escondió en las montañas y cuando le descubrieron... ¿mató a toda la familia y luego falsificó una compraventa con un supuesto heredero para quedarse con todo? En este momento ya es lo mismo, ¿no? —Jaxon apretó los puños. —Pero me pareció interesante. Como también me pareció interesante que fuerais los dueños de cada negocio que hay en Cristal Valley. Nombre que le pusisteis vosotros, por supuesto. Eres dueño de todo lo que abarca a la vista. Controlas a todo el que entra o sale de tus dominios con mano de hierro como demuestra el control que tiene el sheriff de todos los excursionistas que se acercan por aquí. Tu padre era igual. Me lo ha dicho el mismo sheriff en el hospital. Es una fuente de información buenísima y cuando le pregunté por la muerte de tu padre... —Sonrió irónico. —Ahí se explayó a gusto. ¿Un accidente de caza? Eso es lo que escribió en el informe por tus presiones. Y en ese informe escribió que había muerto tres días después de cierto suceso que ocurrió en vuestra finca. Dos chicos murieron ahogados en el río. Eso decía el informe policial. Un fatal accidente. Antes de venir aquí fui a ver a sus

familias. Habían venido de excursión. Y fíjate tú por donde ella era una arqueóloga aficionada. —Damarýss disimuló su sorpresa porque eso no lo sabía. —Mi teoría es que tu padre les sorprendió y les mató. ¡Y al darse cuenta de lo que había hecho no lo soportó y se pegó un tiro! ¡Por eso nos permitiste el acceso a tu finca porque ya hay muchos rumores a tu alrededor en los últimos años, como esos chicos que sacrificaron parte de vuestra manada porque sí! —Sonrió divertido. —Otra mentira. Conseguí sus nombres y también les hice una visita. Estaban acampando de noche en el valle y les sorprendiste. Les echaste a tiros de tus tierras. Cuando fueron a reclamarle al sheriff se te ocurrió decir que habían matado parte de tu ganado, pero sorprendentemente no les denunciaste por esas cabezas perdidas. Tienes un corazón enorme, Jaxon. Pero si esto sale a la luz como la muerte de esos chicos no sé cómo quedaría vuestro apellido. Sería interesante hacerles la autopsia, ¿no crees? Opino que las indemnizaciones a las familias os hundirían. ¿Tú qué opinas?

Agresivo dio un paso hacia él y Damarýss se interpuso. —Cariño, no pongas las cosas difíciles. ¿Dónde está la piedra?

—Muérete —dijo entre dientes provocando que se le retorciera el corazón.

—Esto no tiene nada que ver con nosotros.

—¡Claro que sí! —le gritó a la cara—. ¡Eres capaz de abrirte de piernas por conseguir tus propósitos! —Palideció sintiendo que el dolor en su pecho era mil veces mayor, pero no podía dar marcha atrás. —¿Qué digo abrirte de piernas? ¡Eres capaz de casarte! —Al ver sus ojos dio un paso atrás de la impresión. —Joder, no estamos casados, ¿no es cierto? ¡No te llamas así!

—A veces en mi profesión lo mejor es no dar apellidos. Me llaman Damarýss y así me presento.

Jaxon la miró sin poder creérselo y se llevó las manos a la cabeza. —Todo ha sido mentira de principio a fin.

—No, cielo —dijo sinceramente—. Lo que he sentido por ti ha sido muy real.

—¡Serás zorra! ¡No has dicho una verdad en tu vida! —le gritó a la cara fuera de sí.

La abuela se echó a llorar. —Mi hijo cometió un error...

—Lo siento abuela, pero tengo que cumplir una entrega y no voy a hundir mi reputación con todo lo que he trabajado. Me ha costado muchísimo llegar hasta aquí —dijo fríamente sabiendo que le había perdido por completo y que era mejor cortar por lo sano. Le miró a los ojos de nuevo—. ¿Dónde está la piedra?

—¡Fuera de mis tierras! —gritó Jaxon a punto de perder los nervios.

Ella abrió la boca para decir algo y Carole le dio un bofetón con tal fuerza que la tiró contra la pared. Sin aliento porque no se lo esperaba intentó sostenerse, pero cayó al suelo mientras Cristal chillaba.

Eduardo sacó la pistola y les apuntó muy tenso. —Amiga, ¿estás bien?

Carol abrazó a la abuela que lloraba mientras ella escupía en el suelo la sangre que salía del interior de su mejilla. Sonrió mostrando sus dientes enrojecidos y se levantó de nuevo. — Esperaba más de vosotros. —Negó con la cabeza sin creerse lo que estaba pasando. La decepción por la satisfacción en la mirada de su marido provocó un dolor tan intenso que dijo fríamente —Esperaba mucho más de ti.

—Putá...

—Dame la piedra y me iré después de terminar mi investigación. Es así de simple.

—¿Y si nos negamos? —preguntó Carole con rabia. Era evidente que si pudiera la mataría por el daño que estaba provocando a su hijo.

—Si os negáis filtraremos todo a la prensa. La fundación que es como llamamos a la organización, tiene recursos para hacer el suficiente revuelo para que se implique la fiscalía. Las indemnizaciones os arruinarán. Lo perderéis todo. —Apretó los labios molesta queriendo acabar con eso cuanto antes. —¡No sé por qué os empeñáis en proteger algo que debería ver todo el mundo en una vitrina!

—No se verá en una vitrina. Solo buscas dinero.

Sonrió irónica. —No tenéis ni idea de lo que habláis. En cuanto lo encuentre cada detalle de mi investigación se colgará en la red para todo el mundo. Todo el que esté interesado verá cada detalle que hasta ahora ha permanecido oculto y como comprenderás algo tiene que financiar

esos gastos. ¡Las piezas podrán ser estudiadas en todo el mundo, que es mucho más de lo que nos ofrecen los grandes museos que guardan las piezas en los desvanes para que sean olvidadas de nuevo! ¡A eso me dedico! ¡A que todo el que quiera tenga acceso a toda la información y que no solo sea para eruditos!

—Me das asco. Ahora resulta que eres Robin Hood —dijo Jaxon irónico—. Por mí puedes irte tú y tu investigación al mismo diablo. Seguro que os entenderéis. ¡Largo de mis tierras!

—Espera...

Miró sorprendido a la abuela que tenía los ojos rojos de tanto llorar. —No, abuela.

—¡Ya he perdido mucho por esto! ¡Una locura de generación en generación que ha dividido a la familia y que solo nos ha causado desgracias! ¡No voy a perderte a ti también por esa maldita máscara! —A Damaryss se le cortó el aliento. La abuela la miró fijamente. —¡Una máscara maldita! ¡La encontró la familia de la que nos ha hablado tu amigo y ellos murieron antes de una semana! El antepasado de mi marido era medio indio y vivía en la cueva. ¡Y sí era un desertor, eso es cierto, pero porque a él no le interesaba esa guerra de blancos al que fue casi obligado! Los dueños de estas tierras eran sus amigos y después de lo que ocurrió la volvió a esconder en su sitio porque sabía que era un imán para el mal. —Agotada se sentó en una silla. —Y se confirmó años después cuando uno de sus descendientes quiso sacar la máscara para pagar unas deudas. ¡De trece hermanos murieron doce de la gripe española! ¡Ni le dio tiempo a venderla! Su hijo mayor les enterró juntos antes de guardarla de nuevo. Y desde entonces todas las mujeres de esta familia solo han parido una vez.

El corazón de Damaryss saltó en su pecho dando un paso hacia ella. —¿Dónde está?

Carole la miró incrédula. —¿Después de lo que os ha dicho aún queréis sacarla?

Cristal sonrió irónica. —Señora, casi todo lo que encontramos es maligno o está maldito. Es parte de este trabajo. Cuando abrieron la tumba de Tutankamón se dijo que era una maldición y es uno de los descubrimientos más grandes de la historia.

—Nosotros lo hemos vivido en nuestras carnes —dijo la abuela.

Damaryss se tensó por si daba marcha atrás. —No, lo que habéis vivido es la presión de algo

en lo que os habéis obsesionado sin ninguna razón. La gripe española mató a millones de personas en todo el mundo. Fue una casualidad. Se sacó la máscara en dos periodos conflictivos de nuestra historia y lo habéis convertido en una superstición. ¡Y yo no creo en las supersticiones! ¿Dónde está?

La abuela tomó aire antes de mirar a su nieto. —No, abuela.

—No podemos continuar así. Mírate. Te has casado con una mujer que solo quería esa máscara. Igual si la dejamos ir, algún día podremos dejar de mirar sobre nuestro hombro por si alguien viene a buscarla. Estoy cansada de pensar siempre en lo mismo. En desconfiar de todo el que viene. Si se termina podremos seguir con nuestras vidas.

—Eso si no morimos —dijo Carole.

—Pero es que la sacaré ella. —La abuela la miró con malicia. —¿No es cierto? Tú serás la responsable. Tú serás la primera en morir y luego aquellos a los que amas.

Se le heló la sangre, pero aun así respondió —Estoy esperando, abuela.

—Debéis esperar a la noche. La piedra que guarda mi nieto os enseñará el sitio exacto. En uno de los cantos la parte lisa refleja el rayo hasta el lugar. Es una pequeña gruta tapada con piedras.

Miró a Jaxon. —Dame la piedra.

—En cuanto saques la máscara quiero que te vayas de aquí y no quiero volver a verte nunca más —siseó con ganas de matarla. Damaryss miró sus ojos mientras su corazón se retorció de dolor porque sería la última vez que le viera, pero aun así intentó no mostrarlo—. Está en el río, bajo el agua. Donde hicimos el amor al lado de una roca de medio metro que hay en la ribera.

Sabía exactamente que lugar era así que asintió volviéndose. —Eres buenísima en tu trabajo, nena —dijo rezumando odio por todos sus poros—. Espero que la maldición te acompañe hasta tu último suspiro, zorra avariciosa.

Sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas salió de la cocina y de la que bajaba los escalones escuchó un fuerte golpe contra la pared. Sin volverse gritó —¡Subiros a las furgonetas!

Sus amigos lo hicieron sin rechistar mientras ella se subía al caballo. Tiró de las riendas

mirando por última vez el rancho intentando retener el dolor y vio a la abuela en la ventana. No pudo mantener su mirada, así que salió a galope y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Jamás se hubiera imaginado que su historia fuera a terminar así y sintió un dolor tan profundo en el centro de su pecho que gritó desgarrada antes de azuzar a su caballo recordando la maldición que le había lanzado antes de irse. Aunque no tenía que haberse molestado. Los Dimitrakos estaban malditos desde su nacimiento, así que encontrar la máscara no iba a suponer ninguna diferencia.

Capítulo 10

Cowton veía las imágenes de ella arrastrándose por el estrecho túnel y como giraba la cámara. —El aire es muy denso y casi no se ve nada —dijo mirando hacia atrás—. Déjame tu linterna. La luz de la cámara no es suficiente.

—¿Te arreglarás con la cámara y la linterna a la vez?

Alguien le pasó su linterna y siguió arrastrándose. —No te preocupes. —Se vio en la imagen como apoyada en los antebrazos iluminaba el fondo donde se veía una pared de la que caía agua. Siguió arrastrándose y llegó hasta la pared. Giró la imagen a la derecha y a la izquierda donde había otra pared, así que siguió a la derecha. El túnel fue abriéndose y escucharon la caída del agua aún más fuerte y de repente se vio la cascada. La gruta se abría con un fuerte desnivel y con cuidado posó la cámara en el suelo volviendo las piernas antes de saltar. —Tienes que ver esto —dijo ella admirada.

—Estoy impaciente —dijo Eduardo tras ella.

Cogió la cámara y se vio su cara antes de volverla para enfocar el techo de la gruta. Desde el centro caía el agua sobre una pequeña laguna y los focos hicieron que algo brillara en su interior. Se acercó lentamente y el brillo aumentó.

—¡Mira! —dijo Eduardo. Se volvió enfocándole y vio a su amigo señalando algo con la mano—. ¡Encontramos las piezas del centro!

Se acercó a toda prisa y se quedó sin aliento al ver la cascada reflejada en dos piedras. Los símbolos se referían a ella como la cascada sagrada y enfocó el suelo donde dos esqueletos aún estaban allí. —Son los guardianes que trajeron la máscara —dijo agachándose para coger un colgante que uno de ellos aún llevaba colgado de su cuello—. Azteca, sin duda.

—Dios, esto es impresionante.

—La luz no es buena —dijo Cristal desde fuera a través de los cascos que llevaban—. Ajustadla.

—No podemos intensificarla más —dijo su amigo.

—Necesitaremos los focos. —Damaryss se volvió hacia la cascada y sintiendo su corazón acelerado se acercó al agua para mostrar el reflejo dorado.

—No veo nada más —dijo Eduardo.

—Está aquí.

Cowton apagó la reproducción sonriendo satisfecho antes de mirar la enorme máscara de oro que estaba en una vitrina a su derecha. —Impresionante —dijo levantándose y acercándose a ella. Sus grabados a través de todo el rostro la hacían la máscara azteca más increíble que se hubiera encontrado nunca. Medía más de doscientos centímetros de altura y era de oro macizo. —¿Qué habéis descubierto?

—Se utilizaba para ceremoniales. Está datada cuando la llegada de los conquistadores, como suponíamos. Los restos encontrados en la cueva confirman esa fecha. Supongo que al ver el espolio que estaban haciendo los españoles decidieron enviarla a lugar sagrado para que no cayera en sus manos.

—¿Lo recogisteis todo?

—Allí no ha quedado nada. Me encargué de ello. No quiero que molesten a los Easterwood bajo ningún concepto.

—Las autoridades querrán saber.

—Está todo más que documentado. No hay ninguna fisura —dijo fríamente.

Cowton metió las manos en los bolsillos de su traje de firma y la miró fijamente. —Vamos, no me lo tomes en cuenta. ¿Sigues enfadada por el chivatazo en las redes? Lo hice para presionarte un poco, lo reconozco. Desde arriba me presionaron a mí por el presupuesto y yo hice lo que me tocaba. Nada como poner en peligro tu profesionalidad como para que te pongas las pilas. Llevaba días sin resultados y sabes que eso me pone nervioso.

Quería soltar cuatro gritos, pero disimuló mirando la máscara de nuevo. —¿Qué vas a hacer con ella?

—Esta vez será distinto. Hemos llegado a un acuerdo con el gobierno para que se muestre en un museo en Nueva York sobre civilización azteca. Será la pieza principal.

Chasqueó la lengua. —Al menos estará en un museo —dijo con desprecio.

—Será parte de patrimonio nacional. Y la van a pagar muy bien.

—¿No la han reclamado como propia al estar en los Estados Unidos? —preguntó con ironía —. Qué raro para ellos.

—Sabes que de esos problemas legales no debes preocuparte. ¿Los Easterwood darán problemas? No te han firmado ningún permiso.

—Jaxon Easterwood es muy suyo con sus cosas, pero no creo. No quieren saber nada de ella. Y tampoco quieren nada por ella.

—Así que no serán un obstáculo.

—Está maldita, ¿no te lo había dicho? —preguntó levantándose y mostrando su vestido de seda natural—. Opinarán que cuanto más lejos de Texas mejor. —No queriendo hablar más de ellos dijo —Me voy que tengo trabajo. Acaba de llegar una moneda italiana encontrada en el Véneto.

—¿Nos llevará a algo?

—Ya veremos.

—Halia...

Se tensó cuando la llamó por su nombre real y se volvió hacia el único hombre que le había dado una oportunidad en la vida. Tenía cincuenta y seis años y siempre había creído que podía confiar en él. Él la miró con sus ojos grises entrecerrados. —He leído los informes de tus amigos. Te aconsejo que no vuelvas a implicarte tanto. Te hubieras dado cuenta mucho antes de lo que estaban ocultando si no te hubieras relacionado con él.

—Lo sé —dijo con un nudo en la garganta—. Pero es muy fácil hablar sentado detrás de una mesa. —Vio como él se tensaba. —No pienso consentirlo de nuevo, Cowton. Vuelve a intentar

dejarme en evidencia y entonces sí que me iré.

—Pues lo sentiría muchísimo. Puede que no lo creas, pero te aprecio de verdad.

—¡Pues demuéstalo, joder!

Cowton sonrió. —Te has ganado un cinco por ciento más. —Puso los ojos en blanco haciéndole reír. —Venga, ¿no vas a perdonarme? ¿Y si te invito a comer?

—¡Ya te he dicho que tengo trabajo! Y no creas que vas a camelarme con esa sonrisa. ¡Estoy enfadada!

Salió dando un portazo y cuando le escuchó reír sonrió sin poder evitarlo antes de que él gritara —¡Quiero resultados!

—Será pesado —dijo metiéndose en el ascensor.

Cuando llegó al laboratorio su equipo se volvió y empezó a aplaudir. Negó con la cabeza sin poder creérselo y se acercó a su mesa. —¡Venga, a trabajar!

Varios se echaron a reír volviendo a lo suyo y se sentó en su silla mirando la pantalla del ordenador. Ahí se dio cuenta de que lo que en otros tiempos hubiera sido un momento de gloria y de intensa alegría, ahora no la satisfacía en absoluto. Unos ojos ambarinos aparecieron en su memoria y apretó los labios moviendo el ratón para ampliar la imagen que estaba estudiando mientras el nudo que sentía en la garganta desde hacía días volvía a agobiarla.

—¿Estás bien? —susurró Cristal a su lado.

Asintió sin mirarla y su amiga la observó preocupada antes de girarse a Eduardo que apretó los labios. —¿No vas a celebrarlo?

—Id vosotros. Yo tengo trabajo.

Se alejaron porque era obvio que no quería hablar con nadie y se mordió el interior de la mejilla intentando no llorar. Algo que le costaba bastante últimamente, la verdad. Pero estaba claro que su vida era así. Nunca encontraría a nadie que la quisiera lo suficiente. No la habían querido ni su madre ni su padre... ¿Cómo la iban a querer los demás? Recordó como cientos de familias visitaban el hogar de acogida en el que se había criado. Algunos mostraban interés y cuando la asistente social les susurraba algo al oído pasaban de largo para mirar a la siguiente

porque su padre estaba en la cárcel y algún día tenía que salir. Y así se había pasado toda su vida. Recordó el día en que le había preguntado a la tía Sarah por qué a ella no la querían. La había mirado con ternura y había dicho la verdad. —Tu padre es un mal hombre y no quieren tener problemas con él. Y si no quieres tenerlos tú, seguirás yendo a esas clases para saber defenderte cuando salga, ¿me has entendido?

En aquel momento todavía no entendió la magnitud de lo que le había dicho, pero unos años más tarde una asistente la informó de todo lo que debía saber. Su madre había sido una traficante de cocaína a la que habían encontrado muerta en un local de mala muerte. Su padre que lo regentaba tiró su cuerpo al callejón trasero porque él le había dado la cocaína y no quería problemas con la policía. Una de las putas que trabajaban para él le delató y acabó en prisión. Tardaron dos días en enterarse de que Halia estaba en su piso metida en la cuna. Los vecinos ni se molestaron en llamar a nadie al escuchar sus llantos.

Apretó el ratón entre sus dedos al recordar cuando su padre se presentó en la casa de la tía Sarah. Tenía dieciséis años y él sonriendo le dijo que era igual que su madre antes de sentarse en el sofá como si fuera el dueño de la casa. No le gustó desde el principio y no quiso ni acercarse ni irse con él. Al dejarle en evidencia ante su cuidadora se enfadó y ahí se dio cuenta de que no sabía controlar su carácter. Se levantó gritando que quien se creía que era e intentó pegarla, pero ella reaccionó a tiempo metiéndole una paliza que dejó a la tía con la boca abierta. Cuando se quedó inconsciente se volvió apartando su larga melena negra del hombro y esta sonrió. —Bien, niña. Ahora ven aquí.

Se acercó y la mujer le dio dos buenos bofetones para marcarle la cara antes de tirarle de los pelos. Cuando terminó la miró fijamente de arriba abajo y le rasgó la camiseta a la altura del hombro y cogió su muñeca con fuerza. No movió un gesto a pesar del daño que le hizo. —Ahora llama a la policía.

—Sí, tía.

Fue su mejor interpretación y consiguió librarse de él cinco años más porque aún estaba en libertad condicional y entró en prisión de inmediato sin esperar al juicio. Entonces se volvió su

objetivo. Lo había visto en sus ojos el día de la vista cuando ambas mintieron como bellacas. Fue poner un pie en la calle y vengarse de la tía Sarah a la que mató de un tiro desde su coche. Fue el peor día de su vida y se juró que lo pagaría. Durante días rota de dolor porque le habían quitado a la única persona que la había querido en la vida le buscó por toda la ciudad, pero la policía dio con él primero. Ahora estaba en la cárcel de nuevo y esperaba que para siempre. Hizo una mueca porque eso no se podía contar cuando te presentaban a alguien, así que se había inventado una vida paralela. Solo sus más allegados sabían la verdad como Eduardo o Cowton. Para el resto del mundo había tenido una infancia feliz rodeada de eruditos. Se mordió el labio inferior pensando en todas las mentiras que le había dicho a Jaxon. ¿Cómo se le había ocurrido que esa relación pudiera llegar a ningún sitio? Es que era estúpida. Como había dicho la abuela en una pareja debía haber sinceridad y comunicación. Eso es algo que ellos no habían tenido nunca y probablemente ella no lo conseguiría con nadie. Su corazón se retorció al pensar que puede que siempre estuviera sola, pero lo peor era saber que jamás iba a volver a ver esos ojos que le alteraban el corazón, que nunca más sentiría su tacto ni sus besos y que nunca más se sentiría segura entre sus fuertes brazos.

Casi estaba anocheciendo cuando Cristal aparcó ante el rancho y cuando se bajó se quedó al lado del coche. Carole salió furiosa con la escopeta en la mano y gritó —¿Qué coño haces tú aquí?

—Por favor, no dispaes. —Forzó una sonrisa. —Vengo a traeros algo.

La miró como si estuviera loca. —¡Ni se te ocurra! ¡Ahora no puedes devolverla! —Vio como sacaba un bulto que acunó entre sus brazos y dejó caer la escopeta al suelo de la impresión.

Los ojos de Cristal se llenaron de lágrimas. —Se llama Curt. A Damaryss siempre le ha gustado ese nombre. Decía que era nombre de hombre cabal. —Se acercó y Carole bajó los escalones aún impresionada mientras la abuela salía de la casa tapándose la boca de la sorpresa.

—¿Decía? —preguntó Carole mirándola a los ojos.

Una lágrima rodó por la mejilla de Cristal. —Murió hace una semana. Le dispararon en

Uganda. Consiguió sobrevivir hasta traerle al mundo y he podido salir con él gracias a mi jefe que hizo todo lo posible por ayudarnos. Me dijo que si le pasaba algo se lo trajera a su padre.

—Dios mío... —dijo la abuela llorando mientras Cristal le ponía el niño a su nuera en sus brazos.

Cristal se pasó la mano por su mejilla y sonrió con tristeza. —Es muy bueno. Casi no ha llorado durante el viaje.

—¿La habéis dejado allí? —preguntó la abuela.

—No pudimos sacar su cuerpo. Una guerrilla nos traicionó y nos preferían muertos después de cobrar. Casi ni salimos nosotros.

En aquel momento escucharon unos cascos de caballo y Cristal sintiendo un nudo en la garganta se volvió. Jaxon llegó hasta ellas y bajándose del caballo gritó furioso —¿Qué haces aquí de nue...? —Al ver el niño perdió el habla y su abuela se echó a llorar.

Carole dio un paso hacia él. —Hijo...

—¿Dónde está Damaryss?

—Lo siento —dijo Cristal angustiada.

—¿Dónde está Damaryss? —gritó furioso mirando sus ojos. Gritó de dolor antes de volverse llevándose las manos a la cabeza.

—Se llamaba Halia. Halia Dimitrakos —dijo Cristal intentando contener las lágrimas.

—Así que era cierto que era griega —susurró la abuela.

Asintió sonriendo con tristeza. —Sí, era cierto. Y era la mejor amiga que se podía tener. No quiero que os llevéis una impresión equivocada de ella por lo que ocurrió. No tenía otra opción. Nuestro trabajo es muy duro y en ocasiones no tenemos elección. —Miró a Jaxon y vio su dolor. —Era como la conocisteis y te quiso de veras, aunque no lo creas. —Cogió una bolsa del coche y se la tendió a la abuela. —Ahí tienes una carta. La escribió hace unos meses por si llegaba este momento. Creo que tuvo una premonición o yo que sé.

—¿Cuándo pasó? —preguntó él con la voz rota sin volverse.

—Hace una semana. —Miró al niño de nuevo y sollozó. —Le cuidareis, ¿verdad?

—Puedes estar segura de ello —dijo la abuela—. Es un Easterwood.

Cristal pareció aliviada. —Gracias. Ella sería muy feliz sabiendo que estará bien cuidado y que tiene un hogar. En la bolsa también hay un libro. Es un libro de aventuras que ella leía de pequeña. Se lo cogí de su casa porque creo que le gustaría que se lo leyerais a él cuando pueda entenderlo. —Incómoda cerró la puerta de atrás y se acercó a la del conductor. —Tengo que irme. Mi vuelo sale en tres horas.

—¿Sufrió?

Cristal miró hacia él y vio el arrepentimiento en sus ojos. Sin contestar sollozó entrando en el coche y arrancó viendo a través de la ventanilla como las mujeres lloraban mientras él se subía al caballo y galopaba como un loco en dirección al valle. Sin poder retener las lágrimas dio la vuelta al coche y aceleró. Se estremeció al escuchar un grito de dolor que llegó hasta ella.

Capítulo 11

La abuela con Curt en brazos sonrió. —No seas pillín, tienes que comer.

El niño apretó los labios con fuerza y Carole se echó a reír. —Está claro que es cabezota como sus padres. ¿Curt? —El niño volvió la cabeza hacia ella y extendió la mano. —Eres todo un conquistador. —Le cogió la mano. —Tienes que comer.

Le soltó la mano en el acto y ambas se echaron a reír. Escucharon los tacones de las botas de su padre y Jaxon entró en la cocina sonriendo al verlas. —¿Cómo está mi campeón?

—Tu campeón no quiere comer. Al parecer la papilla no es de su gusto.

—Ah, no. Eso no puede ser. —Se acercó cogiendo a su hijo en brazos y le elevó haciéndole reír. —Hay que comer para ser muy grande como papá.

Carole sonrió con tristeza viendo el hermoso cabello negro de su nieto y esos preciosos ojos verdes que hacían recordar cada día a su madre. —Mañana hace un año.

Jaxon perdió la sonrisa cogiendo a su hijo en brazos. Acarició su cabeza como si no la hubiera oído y se sentó al lado de la abuela. —Vamos a comer ese puré de verduras tan bueno.

—Hijo...

Él se tensó. —Mamá, ahora no.

Carole suspiró levantándose y fue hasta el despacho. Se sentó en el sillón de piel y buscando unos sellos abrió el primer cajón. Se le cortó el aliento al ver la carta de Halia muy arrugada porque su hijo la leía cada noche. Emocionada la cogió y miró hacia la puerta. Solo la había leído él y sentía que estaba invadiendo su espacio, pero en el aniversario de su muerte sintió la necesidad de saber de ella. Sin poder evitarlo la sacó con cuidado y la abrió.

“¿Qué puedo decir? Esto no me lo esperaba. Llevo un par de meses intentando descubrir qué hacer respecto a esta situación y creo que esta es la mejor manera de hacerte entender todo lo que ha ocurrido.

Primero y antes que nada quiero decirte que te he amado muchísimo. —Carole emocionada se llevó la mano a la boca. —Sí, seguramente no creerás una palabra, pero eso no va a impedir que te lo diga. Me hubiera encantado ser tu esposa. Ser la mujer que compartiera tu vida y sí, hacer quesos de vez en cuando mientras llenaba esas habitaciones de niños que nos volvieran locos. —Sonrió sin poder evitarlo. —Esa es la mujer que tú querías, ¿no es cierto? Pero es que yo no soy así, cielo. También amaba mi vida. Sé que lo comprendiste cuando me pediste matrimonio y tenía que haberlo detenido ahí. Intenté hacerlo, pero empecé a pensar que podía funcionar. Que podía estar de un lado a otro y tenerlo todo. Es una pena que no se pueda tener todo, eso lo aprendí hace mucho. De hecho si consigues ser medianamente feliz, ya eres muy afortunado y yo era demasiado feliz a tu lado como para que durara. Debo reconocer que me sorprendió descubrir que me habías engañado desde el principio. Finges muy bien, Easterwood. Y yo como una tonta de un lado a otro mientras tú ya sabías donde estaba. Es que de verdad...

—Carole sonrió. —Así que puedo comprender tu sorpresa cuando descubriste todo lo que te había mentido yo. Lo siento. Jamás fue mi intención hacerte daño. Espero que después de este tiempo hayas sabido darte cuenta.

También quiero darte las gracias. Gracias por hacerme sentir lo que es el amor aunque fuera por unos días, gracias por hacerme sentir lo que es una familia y gracias por dejarme formar parte de ella. Son maravillosas y tienes mucha suerte de tenerlas a tu lado. —Carole se limpió una lágrima que cayó por su mejilla. —Y ahora esa familia aumenta. No te puedes ni imaginar la alegría que sentí cuando el médico me comunicó mi embarazo. Fue el día más feliz de mi vida y siento haberte robado ese momento. Otra razón para que me odies... Desgraciadamente después de ese increíble momento me di cuenta de la realidad. Mi trabajo conlleva un riesgo y por eso escribo esta carta. Sé que si algún día faltó le acogerás con los brazos abiertos. Al menos espero que así sea.

Ahora vienen más peticiones que espero que no te importen. Sé que no me conoces y que crees que todo lo que te he dicho es mentira, pero aunque te cueste, ¿podrías hablarle de vez en cuando de mí? Dile que le quiero muchísimo por favor y que esté donde esté pensaré en él. También pensaré en ti y en todos esos momentos en los que estuvimos juntos.

Quizás algún día nos volvamos a encontrar y espero que en ese momento me hayas perdonado.

Te ama

Halia

Postdata: En el número de cuenta que te dejo abajo hay más de tres millones de dólares. No te preocupes, el dinero que me dieron por la máscara lo doné en su momento. Haz con él lo que creas conveniente ya sea en el rancho o con su educación. Sé que harás lo mejor para nuestro hijo.

Tengo la sensación de que me quedan mil cosas por contarte, pero es mejor que me despida aquí definitivamente. Sé feliz, Jaxon. Y recuerda que no siempre nos aman como queremos, pero eso no significa que no sea amor.”

Con sumo cuidado la guardó en el sobre en blanco y con la mano temblorosa la dejó en el cajón como la había encontrado. —¿Qué te ha parecido?

Se sobresaltó al ver a su hijo observándola desde el vano de la puerta y cerró el cajón. —Que es muy triste todo lo que ha ocurrido. Eso es lo que me ha parecido. —Sonrió con tristeza acercándose. —Y que era una mujer maravillosa a pesar de su profesión. —Él rio por lo bajo y su madre acarició su mejilla. —¿La has perdonado?

—Nos libró de la dichosa máscara y me ha dado lo mejor que tendré jamás. ¿Cómo no voy a perdonarla?

Carole sonrió. —¿La sigues amando?

Su mirada se oscureció. —Eso ya no es importante.

—No te eches la culpa. Tú no la mataste.

—Pero aquel día deseé su muerte. Y es algo que no me perdonaré nunca.

—No seas tan duro contigo mismo, hijo.

—He repasado ese día millones de veces en mi memoria y a pesar de que yo también le había mentido no me lo recriminó. Yo le eché en cara sus mentiras, la insulté, deseé su muerte...

—Hijo no te hagas esto.

La miró angustiada. —Y ella confió en mí para cuidarle.

Le abrazó con fuerza. —Por favor, no te hagas esto. Ya no está y como ella solo tienes que recordar los momentos que compartisteis. Los buenos momentos.

El sonido del teléfono le hizo suspirar y Jaxon se volvió en la cama antes de sentarse. Joder, iban a despertar al niño. ¿A quién se le ocurría llamar de madrugada? Se levantó a toda prisa y salió al pasillo para coger el teléfono que había sobre una consola. Su abuela abrió la puerta medio somnolienta mientras descolgaba. —Rancho Easterwood.

—¿Jaxon?

La voz ronca de mujer le hizo fruncir el ceño. —Sí, soy yo. ¿Quién es? —Hubo un silencio al otro lado de la línea antes de que colgaran y miró el auricular sintiendo la peor sensación del mundo.

—¿Quién era, hijo? —preguntó su madre pasándose la mano por los ojos. Jaxon se quedó allí de pie mirando el teléfono. —Hijo, ¿qué ocurre?

Algo en su interior hizo mirar a su madre a los ojos. —Creo que era Halia.

Carole le miró sin entender. —¿Halia? Hijo te habrás equivocado.

Él se apartó y bajó a toda prisa los escalones. En ese momento volvió a sonar el teléfono y él lo cogió en el hall. —¿Sí? —preguntó ansioso.

—¿Jaxon? Soy Eduardo. —Palideció mirando hacia arriba viendo a su familia que preocupadas se acercaron a la barandilla.

—¿Ha llamado ella?

—¿Te ha llamado? —preguntó ansioso.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

—Un grupo de soldados estadounidenses la ha encontrado en una aldea. Estaba retenida. La guerrilla ha intentado negociar con ella. Pedían un rescate. Estamos esperando que se vuelvan a poner en contacto con nosotros, pero Cristal ha querido que te llamáramos enseguida porque su rostro va a salir en todos los noticieros. No sabemos su estado.

Se pasó la mano por la nuca. —¿Dónde está? ¡Contesta a la pregunta, joder!

—No lo sabemos aún. Si lo supiera te lo diría. Te llamaré cuando me entere de lo que ocurre. —Colgó antes de que pudiera decir nada y frustrado dio al botón de rellamada, pero no se lo cogió. Impotente golpeó el auricular contra el teléfono y se llevó las manos a la cabeza intentando pensar.

—Hijo, ¿qué ocurre? —preguntó su abuela asustada.

—Halia está viva. —Su madre jadeó llevándose la mano al pecho. Jaxon fue hasta las escaleras y empezó a subir los escalones de dos en dos. —Voy a vestirme. No os separéis del teléfono por si vuelve a llamar.

La abuela asombrada miró a su nuera. —Esta niña no deja de sorprendernos.

Carole hizo una mueca. —Es texana.

—¿Seguro?

—Pues ahora que lo dices igual deberíamos preguntárselo porque con ella nunca se sabe. —Carole se echó a reír y la abrazó. —Tienen otra oportunidad.

—Dios te oiga, niña. Dios te oiga.

Sentada ante el ordenador con el teléfono al lado Carole gritó al ver la foto de Halia en un video. —¡Venid!

Jaxon entró corriendo para mirar la pantalla donde estaban diciendo —Damaryss Goodell es una experta arqueóloga que se hizo famosa cuando empezó a colgar sus descubrimientos en las redes —dijo el presentador con su foto al lado—. La polémica arqueóloga que siempre causa controversia por sus métodos ha sido la descubridora de hallazgos tan importantes como la

máscara de origen azteca valorada en más de veinte millones de dólares... —Mostraron su foto en la vitrina antes de sacar un barco. —Y el Santa Virginia, un barco hundido en la costa de Cádiz en el siglo diecisiete que llevaba un gran tesoro que aún se está catalogando. Este fue su último descubrimiento antes de desaparecer en Uganda donde seguía una pista de un cetro egipcio. Damaryss Goodell es lo que solemos llamar una cazatesoros y ha sido encontrada por las fuerzas especiales estadounidenses. —El presentador se volvió. —Cuéntanos algo más, Bill.

En la imagen se mostró a un reportero. —Estamos en la base naval de Hawái donde se espera su llegada en unas horas. El rescate de la arqueóloga se produjo después de que se pidiera un rescate por ella a la embajada americana hace unos meses.

—¿Unos meses? —preguntó Jaxon furioso.

—Se localizó su ubicación en una aldea a las afueras de Malaba casi en la frontera con Kenia.

—Es mentira —siseó Jaxon.

—¿Qué?

—Espera...

Miraron la pantalla mientras su abuela entraba con el niño en brazos. —Al parecer fue trasladada a Kenia para ser repatriada. El avión ya está de camino a casa.

En ese momento sonó el teléfono y Jaxon lo cogió de inmediato.

—¿Has oído eso?

—¿Pero qué coño están diciendo? ¿Un rescate hace meses? ¡Por qué no se nos informó de esto! —gritó furioso.

—Aquí hay algo muy raro, joder. No sé lo que está pasando. Mi jefe está intentando averiguarlo tirando de sus contactos.

—Habéis dejado a mi mujer allí un año, ¿verdad? —gritó fuera de sí.

—Joder, Jaxon.... Sé que no me conoces, pero jamás hubiera hecho eso si supiera que estaba viva. ¡Nos dijeron que había muerto!

—¿Quién os lo dijo?

—El médico que la atendió, pero ahora sé que todo fue una trampa.

—¿Dónde estás?

—En Washington. ¡Nadie nos ha avisado de que se la llevan a Hawái! Cowton ya ha llamado al avión de la organización para que nos lleve.

—Pues vais a hacer una parada en San Antonio —dijo entre dientes—. Me muero por hablar con tu jefe.

—Muy bien. Te llamaré para decirte en qué pista aterrizamos.

—¡Eso hijo, vete a buscarla y a partir de ahora le dejas las cosas muy claritas! —exclamó su abuela desde la puerta.

—¿Por qué si pidieron un rescate por ella hace meses la sueltan ahora? —preguntó Carole acercándose a su hijo.

—¡Porque están mintiendo, madre! No pagaron un rescate. No les interesaba. Pero Halia es tan fuerte que consiguió llegar a Kenia y pedir ayuda allí.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Cómo puede ser? Han dicho que la han rescatado...

Salió del despacho a toda prisa. —Tengo que llegar a San Antonio.

—¡Sí, vete y entérate de todo! ¡Quiero saber que han hecho con nuestra niña! —dijo la abuela indignada.

Jaxon se detuvo en la escalera y levantó una ceja. —¿Ahora es nuestra niña?

La abuela levantó la barbilla. —Nos libró de la maldición. Tráela a casa, hijo.

—Eso es lo que pienso hacer.

Capítulo 12

Halia se levantó de la cama. No había dormido nada porque cada vez que cerraba los ojos escuchaba los gritos de horror de los que la guerrilla mataba ante su celda. Cojeando de dolor llegó hasta el baño y encendió la luz. Entrecerró los ojos acostumbrándose a ella y se acercó al espejo. Los cortes en la cara que se había provocado con las ramas al escapar cubrían sus mejillas. Una rama la había golpeado de tal manera que hasta tenía un morado cerca del ojo. Sus labios estaban agrietados y con heridas. Se quitó el cabestrillo que sujetaba su brazo vendado y con cuidado se quitó la camiseta. Estaba tan delgada que ni se reconocía. Aquellos salvajes le daban de comer cada tres o cuatro días y ni la sacaban al exterior para que orinara. Ni recordaba las veces que lo había hecho en una esquina. Solo de cuando en cuando entraba una mujer para sustituir la paja de aquella zona como si fuera un animal. Al recordar las vacas de Jaxon se echó a llorar y eso le llevó a pensar en él y su hijo. En cómo estaría. En si sería feliz. Lo primero que pidió al llegar a la embajada fue un teléfono y llamó a información para que le dieran el número del rancho. Escuchar su voz fue una recompensa a todo lo que había sufrido en el último año, pero cuando él preguntó quién era se dijo si era justo que regresara a su vida, así que colgó el teléfono. Se sujetó al lavabo intentando reponerse. —Malditos cabrones —susurró volviéndose y abriendo el grifo de la ducha. La segunda que se daba en un año. Cubrió la venda con el plástico que le habían dado y se metió bajo el agua. Levantó el rostro y el agua lavó sus lágrimas.

—Damaryss.

Gritó del susto volviéndose y al ver a Cristal ante ella se echó a llorar. Su amiga la abrazó con fuerza al sentir su miedo y sabiendo que en ese momento necesitaba sus fuerzas reprimió las lágrimas acariciando su espalda. —Estoy aquí. Estamos aquí y no te vamos a dejar. —Cerró el

grifo del agua y cogió una toalla cuando la sintió temblar. La cubrió ignorando su aspecto y la abrazó de nuevo. —Ven, sal con cuidado... —Vio sus pies llenos de heridas y como su tobillo tenía un morado espantoso seguramente de algún grillete que le habrían puesto. Cuando la sentó sobre la cama quiso ir a por otra toalla, pero ella no la soltó y sabiendo que la necesitaba se quedó allí abrazándola. —Lo siento.

—No lo sientas. Salvaste a mi niño. —Ansiosa la miró a los ojos. —¿Está bien? ¿Le llevaste a Jaxon?

Sonrió acariciando su mejilla. —Está muy bien. Jaxon me envía fotos de vez en cuando y está tan hermoso... Se parece a ti.

Sollozó sonriendo. —¿De verdad?

—Tiene tus ojos. Y tu cabello —dijo ignorando su cabello cortado a jirones—. Te han...

—No. Debe ser lo único que no han hecho. Les amenacé con una maldición y eso detuvo al jefe. Es muy supersticioso. Me libré cuando les dije que en mi país era muy importante. Vieron los videos en internet y eso inició la negociación. —Entrecerró los ojos. —No pagaron, ¿verdad? Cowton no pagó por mí.

—Jamás le llegaron sus exigencias. Medio millón era tan ridículo que la organización lo hubiera dado sin dudar —susurró mirando a su alrededor—. No sé si nos escuchan. Te tienen retenida aquí. Y te han traído a Hawái para alejarte del continente. Llevamos dos días esperando a verte.

—Dios mío.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo saliste de allí realmente?

—Estaban borrachos y uno de ellos se desmayó ante mi celda. Conseguí la llave del grillete que era lo único que necesitaba para escapar porque la cabaña era una ruina. Aprovechando unos disparos rompí con los pies los tablones y escapé corriendo lo que pude. —Cerró los ojos agotada. —Ni se cómo llegué a la frontera. Me guié por el sol y dormí al raso varios días. —Volvió a abrir sus preciosos ojos verdes. —Creí que moriría varias veces y cuando llegué a la frontera la crucé sin problemas. —Se pasó su mano temblorosa por la frente. —Robé comida.

Conseguí subirme a un camión de fruta que iba a Nairobi y debí quedarme dormida. Me desperté por los golpes del camionero y salté del camión. —Se acarició el brazo vendado. —Me corté con uno de los bordes. Sangraba mucho. Cuando llegué a la embajada en Nairobi me tomaron por una mendiga. Casi no podía hablar y farfullaba. Una mujer salió de la embajada y se fijó en mí, en mis ojos. Me preguntó si necesitaba ayuda y le dije que sí. Entonces me preguntó si era americana y dije el nombre que conoce todo el mundo de mí. Me conocía. Y mientras estaba gritando que la ayudaran me desmayé. Me desperté en la embajada. Me había atendido un médico, pero no me daban explicaciones. Cuando conseguí hablar con el embajador me dijo que habían estado negociando mi rescate, pero sé que es mentira porque el jefe de la guerrilla no hacía más que echarme en cara que le estaban dando largas. Por eso me fui. Sabía que no saldría de allí con vida.

Su amiga la miró fijamente. —No puedo creer que estés aquí. Ese hijo de puta del médico...

—A veces me curaba las heridas y se reía de mí. De la americana que iba a pagar su jubilación. A los pocos meses el mismo jefe le metió un tiro entre los ojos por llevarle la contraria respecto a mi alimentación.

—Eres la persona más fuerte que conozco —dijo con admiración. Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo y la abrazó —. Ahora ya estás a salvo.

—¿Crees que podrías enseñarme una fotografía? —preguntó en voz muy baja.

Se apartó sorprendida. —Cielo, puedes ir a ver a tu hijo cuando quieras.

Sollozó emocionada. —¿Eso crees?

—Jaxon está fuera.

La miró asustada. —¿Jaxon?

—Has salido en las noticias. Esos cerdos están alardeando de tu rescate en Uganda. —La miró incrédula. —Jaxon ha venido a buscarte para llevarte a casa, junto a tu hijo.

Su corazón dio un vuelco y susurró —No.

—Claro que sí.

Horrorizada porque la viera así negó con la cabeza muerta de miedo. —Dile que se vaya.

Su amiga la miró sin comprender. —Pero...

—Dile que se vaya. ¡No quiero verle!

Se echó a llorar desgarrada y su amiga la abrazó de nuevo. —Shusss, tranquila. No pasa nada, se irá. No debes preocuparte por nada. Ahora tú eres lo más importante.

—Sácame de aquí —le rogó—. Quiero ir a casa.

Cristal solicitó un médico y consiguió que la sedaran. Halia al principio no quería, pero entre los dos la convencieron y al final se quedó dormida. Salió de la habitación y recorrió el pasillo escoltada por un soldado. Hervía de furia por lo que le habían hecho a su amiga, pero fue entrar en la sala donde la esperaban los suyos y dejó esa rabia a un lado al ver la preocupación en los ojos de Jaxon. —¿Cómo está?

Apretó los labios y le dijo —Siéntate Jaxon.

—Joder... —susurró Cowton.

Jaxon palideció negando con la cabeza. —¡Suéltalo de una vez! ¿Está muy mal?

Miró de reojo a Eduardo que la animó con la mirada. Suspiró sentándose porque de repente se sintió agotada. —Tiene heridas por todo el cuerpo. Le han cortado el cabello a jirones. Tiene un brazo vendado y unas heridas en los pies que ponen los pelos de punta. Y está tan delgada que cuando la vi no la reconocí —dijo con la voz entrecortada. Jaxon se llevó las manos a la cabeza volviéndose con ganas de golpear a alguien—. Pero eso no es lo peor.

—Dios mío. ¿La han violado? —preguntó Eduardo casi con miedo.

—No, no es eso. —Sonrió con tristeza. Explicó lo que había hecho para evitarlo y sus amigos sonrieron.

—La jefa sabe tratar con esa gentuza —dijo Eduardo orgulloso.

—¿Qué es lo peor? —preguntó Jaxon volviéndose.

—Está destrozada. No solo está agotada físicamente, psicológicamente está hundida. He hablado un rato con ella y ha visto cosas horripilantes. Creía que iba a morir allí y consiguió escaparse, pero han sido muchos meses con esos salvajes. —Se mordió el labio inferior. —Y me

ha dicho que no quiere verte. Se puso histérica cuando le dije que estabas aquí.

Jaxon apretó los labios. —Pero me llamó.

—No sé por qué lo hizo, lo que sé es que ahora no quiere verte.

Cowton vio su gesto de dolor. —Está hecha polvo física y emocionalmente. Ahora no sabe ni lo que dice ni lo que quiere. Debes tener paciencia.

—Quiere ver una fotografía de Curt —dijo ella mirando a Jaxon—. Yo no tengo aquí ninguna y me quitaron el móvil antes de verla.

Jaxon sacó la cartera del bolsillo trasero y a toda prisa sacó una foto del niño. También sacó otra de toda la familia en Navidades ante el árbol.

—Esa no se la des —dijo Eduardo muy serio—. No quiero que piense en lo que se ha perdido este último año.

—Es su primera Navidad. —Se las tendió a Cristal. —Cógelas, por favor.

Ella las cogió y todos se quedaron en silencio mientras Jaxon se alejaba y se sentaba en una silla apoyando los codos sobre las rodillas para pasarse las manos por la cara.

Cristal miró a Eduardo. —De todas maneras ahora está dormida. He tenido que llamar al médico para que la sedara.

Estuvieron un rato hablando de lo ocurrido y cuando Cowton se enteró de que había conseguido llegar hasta Nairobi juró por lo bajo furioso. —Esos cabrones de la embajada...

—¿Qué vas a hacer?

—¿Hacer? Se van a cagar —dijo sacando su móvil—. Por eso la retienen aquí. Para que no hable con la prensa y pase la noticia.

Cristal le miró asombrada. —¿Crees que es por eso?

—¿Por qué iba a ser si no? —preguntó Eduardo—. Jefe, puedo contarle en internet y saldrá de inmediato —dijo sacando su móvil.

—¡No! —dijo Jaxon levantándose—. No vais a hacer nada que pueda retrasar su salida. ¡Ella solo quiere regresar a casa y ver a su hijo! ¡Es lo que vamos a hacer! ¡Me habéis entendido?

—¡Nos lo ocultaron! ¡Es un escándalo! —exclamó Cowton asombrado.

Jaxon dio un paso hacia él amenazante. —¿Vas a exponerla a los medios en su estado? ¿Vas a dejar que la vean así y que esa imagen la persiga el resto de su vida cuando seguramente lo que quiere es olvidarlo? ¡No pienso consentírtelo! ¡Mi mujer saldrá de aquí hacia mi casa y allí se quedará hasta que ella lo decida cuando esté lúcida para decidir! ¡Y hasta que no llegue ese momento las decisiones las voy a tomar yo!

—No es tu esposa legalmente.

—Todo el mundo la conoce por Damaryss Goodell y que yo sepa su pasaporte lleva ese nombre porque nadie con los que he hablado la han llamado de otra manera. Nadie sabe que es una identidad ficticia y por lo tanto para todos es mi esposa. —Sonrió irónico. —¿Os recuerdo que si estáis aquí es porque demostré mi matrimonio con ella con los papeles que tengo conmigo? ¡Solo así os dejaron entrar! ¡Es mi mujer ante ellos y seguirá siéndolo para sacarla de aquí! Así que dejados de venganzas que ella no ha pedido. —Les miró uno por uno. —¡Os aseguro que yo soy el primero que me gustaría estrangular a todos esos cabrones, pero me voy a tragar la bilis por ella y vosotros haréis lo mismo!

Se pasaron horas allí sentados hasta que apareció un hombre vestido de uniforme. Jaxon se levantó de inmediato. —Capitán... Quiero llevarme a mi mujer a casa.

—Y lo entiendo perfectamente, pero hay ciertos detalles legales que debemos solventar aún. —Él sonrió. —Pero está en suelo estadounidense. Deben estar tranquilos.

—¡Cómo coño voy a estar tranquilo si ni he podido verla! —gritó fuera de sí.

El capitán perdió la sonrisa de golpe. —Bueno, ustedes decidieron que pasara su amiga en lugar de usted —dijo confuso.

—La conocemos muy bien. ¿Ha visto su estado? —preguntó Cristal mosqueada—. Quería ver cómo estaba antes de que se encontrara con su marido. Es una situación muy delicada.

—Nuestra amiga me ha dicho su estado —dijo Jaxon entre dientes—. ¿Ha pasado por una revisión médica?

—Sí, por supuesto —dijo no muy seguro lo que les puso en guardia—. Creo que en

Uganda...

—¡No me cuente historias! —Jaxon le señaló. —Mi mujer fue sola hasta Nairobi. ¿Cree que somos estúpidos? He enviado toda la información a un amigo que tengo en un periódico de San Antonio. ¡Cómo en una hora no salga de aquí con mi mujer, le juro que van a saltar chispas en el Capitolio por abandonar a una ciudadana americana en manos de esos monstruos durante un año! ¡Así que le aconsejo que mueva el culo si no quiere que esta información salga en todos los periódicos del país!

El capitán asintió antes de salir a toda prisa y sus amigos sonrieron. —Muy bien, Jaxon — dijo Cowton satisfecho.

Jaxon suspiró y cerró los ojos. —Haz que preparen el avión.

Cowton sacó el teléfono de inmediato. —¿Cómo vas a controlar a la prensa en el rancho?

Él sonrió. —Tranquilo, estoy acostumbrado a alejar a los curiosos.

Capítulo 13

Abrió los ojos medio adormilada y frunció el ceño al ver ante ella el cuadro de un bosque. ¿Estaba soñando que estaba en el rancho? Suspiró reprimiendo un gesto de dolor al girarse y vio la mesilla de noche que estaba llena de tubos de pastillas al lado de una botella de agua. Estiró el brazo para coger la botella, pero se detuvo en seco al ver la fotografía de su niño. La cogió a toda prisa ignorando el dolor de su hombro y sus ojos se llenaron de lágrimas devorando la imagen. Acarició su rechoncha mejilla y sonrió al ver como con sus manitas cogía un cubito de plástico y se lo mostraba al que estaba tras la cámara. Se le cortó el aliento mirando a su alrededor y su mente se despejó del todo al darse cuenta de que sí que estaba en el rancho. Escuchó un crujido ante la puerta y se le cortó el aliento. La puerta se abrió lentamente y la abuela metió la cabeza sonriendo al ver que estaba despierta. —Buenos días.

Sollozó al ver su sonrisa y la abuela entró en la habitación. —Eh, eh... No se llora que es un día de celebración.

—¿Qué hago aquí?

Se sentó a su lado. —¿Y dónde ibas a ir? —Alargó la mano para tocarla, pero ella se encogió sin poder evitarlo. La abuela apretó los labios dejando caer la mano. —Esta es tu casa.

Asustada miró a la puerta. —Jaxon...

—No debes preocuparte por nada. —La miró a los ojos. —Dime qué te preocupa.

—¿Me ha visto?

La abuela asintió. —Por supuesto que te ha visto y estuvo contigo mientras te revisaba el médico... ¿Te preocupa que haya visto tu estado?

Se sonrojó antes de llorar más fuerte. —Soy tonta.

—No eres tonta. Quien te conozca jamás diría eso de ti. Eres la mujer más fuerte y lista que conozco. Y estás viva. Ahora tienes que reponerte para cuidar a tu hijo.

La miró ansiosa. —¿Puedo verle?

—Claro que sí, pero ahora no podrá ser porque está en el pediatra. Le tocaba revisión y Jaxon se lo ha llevado hace una hora. —Al ver su decepción dijo —¿Qué te parece si mientras tanto te aseas un poco y desayunas? Tienes que estar hambrienta.

—Me he acostumbrado a comer poco —dijo casi entre susurros.

—Pues eso va a cambiar de nuevo. Un par de tostadas con algo de leche te sentarán muy bien para empezar. —Alargó la mano y cogió un mechón de su pelo. —Y te igualaremos el cabello.

—Me lo cortaron con un machete mientras se reían —susurró.

—Volverá a crecer y estará tan hermoso como siempre. Las heridas, tanto las de dentro como las de fuera, curarán poco a poco.

—¿Me sigue odiando?

—Claro que no, niña. Después de unos días para nosotros fue un alivio saber que la máscara ya no estaba. Él estaba algo más dolido, pero jamás te ha odiado. Le pierde la boca, eso es todo. —No se creyó una palabra y la abuela suspiró levantándose. —Venga, al baño. Voy a buscar unas tijeras. —De repente la miró emocionada. —Hace mucho que no corto el cabello. A ver qué me sale.

—Peor que esto no va a quedar. —Al levantarse vio a Cristal en la puerta y esta le guiñó un ojo. —Estás aquí.

—Claro que sí. Y no me voy hasta que me echen. Abuela, ya la acompaño yo al baño.

—Muy bien. Así haré el desayuno.

Cojeando se acercó a Cristal y a su amiga se le cortó el aliento cuando sonrió. —¿Estás haciendo quesos?

—Jaxon ya lo ha insinuado —contestó en broma.

Al mencionar a Jaxon perdió algo la sonrisa y salió al pasillo deteniéndose en seco al ver la puerta abierta de la habitación del niño. Separó los labios y cerró los ojos por el olor que

despedía. Su amiga emocionada se abrazó a sí misma observando como abría los ojos y entraba casi con miedo en la habitación mirando a su alrededor. —Es un pillo —dijo Cristal divertida—. Se nota que ha salido a ti.

Cogió un osito de peluche de la cuna y lo olió. Levantó la vista hacia su amiga y sin darse cuenta de que lloraba rio. —Es suyo.

—Sí cielo, es suyo.

—¿Crees que me reconocerá? —Agachó la mirada perdiendo la sonrisa. —Pero qué tonterías digo, si no me conoce.

—Entre madre e hijo hay un vínculo único que nada puede romper. Venga, vamos a arreglarte ese cabello para que te vea guapísima.

Vio cómo se ilusionaba y dejaba con cuidado el osito en su sitio. —Sí, vamos. Quiero estar lo más guapa posible.

Muy nerviosa ni pudo comer la mitad y no hacía más que estirar el cuello para mirar por la ventana de la cocina. Vestida con unos leggins rosas y una camiseta de manga larga del mismo color que Cristal le había comprado, se llevó la mano a su cabello que estaba cortado a la altura de la nuca. Un flequillo disimulaba el trasquilón que tenía a un lado de la sien, así que estaba más o menos decente. Se mordió el labio inferior estirando el cuello de nuevo y Cristal chasqueó la lengua. —Come.

Apartó el plato con la tostada que le quedaba. —¿No tardan mucho?

En ese momento escucharon el motor de un coche y como a cámara lenta se volvió levantándose para acercarse a la ventana. El cuatro por cuatro azul de Jaxon se aproximaba a la casa y se sujetó a la encimera viendo su rostro a través de la luna delantera. Entonces se puso muy nerviosa y sorprendiéndolas miró a su alrededor como si no supiera que hacer antes de casi salir corriendo de la cocina.

—¡Damarýss!

—¡Se llama Halia y en esta casa se la llamará por su nombre! —dijo la abuela saliendo de la

cocina para seguirla. —¡Niña, detente!

Con los ojos llenos de lágrimas se volvió en lo alto de las escaleras y se apretó las manos. La abuela la miró con pena. —Huir no sirve de nada. Tarde o temprano tendrás que enfrentarte a ellos.

Una lágrima rodó por su mejilla y en ese momento se abrió la puerta. Jaxon entró con su hijo en brazos y se detuvo al verla. Sus ojos coincidieron apenas unos segundos, pero para ella fue como si temblara la tierra hasta que un gorgorito le hizo bajar la vista hacia su hijo que chilló llamando la atención de su abuela y alargando los bracitos hacia ella.

—Hola, nena.

Sintiendo que le fallaban las piernas tuvo que sujetarse en la barandilla y sollozando se tuvo que sentar en el escalón asustando a todos. Jaxon dio un paso hacia ella y al ver el miedo en sus ojos se detuvo. En ese momento entró Carole con una bolsa de la compra y al verla sonrió. —¡Te has levantado! Estupendo. —Al ver que todos estaban paralizados miró a su hijo. —Jaxon, ¿no le acercas al niño? Seguro que está deseando tocarle.

Jaxon apretó los labios y Halia fue muy consciente de ese gesto agachando la mirada. Cristal se llevó una mano al cuello al verla tan destrozada, pero Jaxon empezó a subir las escaleras lentamente y se sentó a su lado provocando que su corazón saltara en su pecho al llegar hasta ella el olor de su after shave. Tímidamente levantó la vista hacia su hijo y este la miró. Cuando sus ojos coincidieron el niño frunció el ceño antes de alargar su manita y tocar el morado que tenía cerca del ojo. —Sí, Curt... mamá está malita.

El niño le miró como si entendiera lo que decía —¿Le das un besito? Tiene pupa.

Curt alargó los brazos hacia ella y fascinada estiró sus manos. Cuando sus pieles se tocaron fue el momento más maravilloso de su vida y las lágrimas rodaron por sus mejillas sin darse cuenta de que sonreía. Curt frunció aún más el ceño y frunció los labios como si fuera a llorar. Y cuando soltó un chillido que hizo casi temblar la casa ella le miró sorprendida. Ambos parpadearon y Carole se echó a reír. —Vaya dos. Cógelo, niña. No te va a comer.

Miró a Jaxon de reojo y este sonrió asintiendo. —Cógelo, nena. Protesta porque tardas

demasiado. Es algo impaciente y tiene mucho carácter.

—Ha tenido a quien salir —dijo Carole divertida.

Soltó sus manitas y llevó las manos bajo sus brazos cogiendo a su hijo por primera vez en su vida. Eso pareció calmarle y cuando se lo puso sobre sus piernas susurró —Pesa.

—Y más que va a pesar porque excepto las verduras come todo lo que le pongan.

Sonrió mirando su rostro. Su hijo agarró su camiseta y sorprendiendo a todos apoyó su cabeza sobre su pecho como si supiera que ese era su sitio. Sentirle pegado a ella fue un momento único. Con ternura acarició su pelito negro. —Es perfecto.

—Sí que lo es —dijo Jaxon suavemente.

Fascinada con su hijo cogió su mano para tocar sus deditos y acarició sus muslos que estaban al aire por sus pantaloncitos cortos. Carole sonrió. —Niña, ¿no estarías más cómoda en el sofá?

Se levantó como si tuviera las fuerzas renovadas y dejándoles a todos con la boca abierta subió los escalones entrando en su habitación. Jaxon suspiró apoyando los codos sobre sus rodillas y pasándose las manos por su cabello negro.

La abuela le miró con pena. —Hijo, dale tiempo. Está muy descolocada en este momento.

—Ha cogido a su hijo en brazos por primera vez —dijo Cristal—. Está muy confusa y nerviosa.

—No me ha perdonado —dijo apretándose las manos.

—¿Qué tenía que perdonarte? —preguntó Cristal sorprendida—. ¿Crees que te tiene rencor por lo que sucedió aquel día? No digas tonterías. Ella entendió tu reacción. Te conoce muy bien. Igual piensa que eres tú quien no la ha perdonado. Ha estado secuestrada un año y de repente está aquí de nuevo. Son muchas emociones y todo esto tenéis que resolverlo con tiempo. Uy, voy a llamar a Eduardo. No vaya a ser que se me mosquee.

Las mujeres sonrieron al verla salir corriendo al porche con el móvil en la mano y su abuela y su madre se acercaron a él. —Dale tiempo.

Una semana después con su hijo en brazos sentada en la mecedora del porche gruñó cuando

vio que Jaxon llegaba y bajaba del caballo frente al establo. —¡Oscar! ¡Mueve el culo que Curro está esperando! ¡Dale de beber!

—¡Sí, jefe! —gritó saliendo del establo para sujetar las riendas

Se quitó el sombrero golpeando con él su muslo mientras ella le miraba de reojo comiéndoselo con los ojos. Cuando se giró y miró hacia ella Halia disimuló acariciando la cabeza de su hijo que jugaba con unas llaves de plástico en la mano e intentaba hacer todo el ruido que podía. Él subió las escaleras y sonrió algo tenso. —Hola, nena.

—Hola.

—¿Cómo ha ido el día?

Se encogió de hombros. —Bien. —Escuchó que él decía algo por lo bajo y le miró. —¿Qué?

—Nada —respondió como si estuviera cansado.

Se agachó ante Curt que chilló de la alegría cogiéndole por el cuello. Rio cogiéndole en brazos y al hacerlo rozó el pecho de Halia que se sonrojó con fuerza. Jaxon la miró a los ojos con una intensidad que le robó el aliento y susurró poniéndose muy nerviosa —Voy al baño.

Salió huyendo y sintiendo su corazón a mil entró en el baño de abajo. Al mirarse en el espejo vio que tenía las mejillas sonrojadas y al llevarse las manos a los pechos los sintió endurecidos. Suspiró cerrando los ojos. Casi no habían hablado y sabía que era culpa suya, pero es que no sabía qué decirle. Todo lo ocurrido desde que se habían conocido había sido responsabilidad suya. Había irrumpido en su vida soltándole un montón de mentiras y la había puesto del revés amenazando sus tierras como no le diera lo que buscaba. Y para colmo aparecía Curt en su vida de repente y ahora tenía que cargar con ella. Apretó los labios frustrada. A veces veía gestos como si le molestara su presencia como hacía unos minutos y eso la incomodaba aún más. Pero era lógico que no soportara que estuviera allí. Miró los rasguños en su cara que estaban casi curados y gimió pasando la mano por su rostro que aún estaba demacrado. No se parecía en nada a la mujer que conoció y ella excitándose por un gesto inocente. Es que de verdad era estúpida. Dejó caer la mano desmoralizada. Jamás volvería a quererla y solo se comportaba educadamente por la situación en la que se encontraban. Pero esa última mirada que le había dirigido...

—¡Damaryss! —gritó Cristal desde el salón.

—¡Se llama Halia! —gritaron los demás desde distintos puntos de la casa.

Sonrió saliendo del baño y fue hasta el salón donde su amiga miraba el ordenador portátil que tenía sobre las piernas. —¡Ven, corre!

—¿Tengo que correr? —Se acercó y se sentó a su lado en el sofá de cuero ignorando como Jaxon entraba en el salón con su hijo en brazos y las observaba. Intentó concentrarse en la pantalla del ordenador y se tensó poco a poco al ver un jeroglífico egipcio que hablaba del cetro que estaban buscando antes de ir a Uganda. —¿Qué es eso?

—Lo ha encontrado Eduardo en los archivos del museo del Cairo.

Jaxon apretó los labios y dejó a su hijo sobre la alfombra antes de acercarse a Cristal y lanzar el ordenador al otro lado del salón destrozándolo contra la pared. Ambas se quedaron con la boca abierta y Jaxon señaló a su amiga con el dedo. —Escúchame bien... —dijo furioso—, a partir de ahora nada de tesoros. ¡Esta es mi casa y respetarás mis deseos!

—Yo no quería...

—¿No querías?

—¡Forma parte de ella! ¡No puedes quitárselo por mucho que lo intentes!

—Chicos, ¿os dais cuenta de que estoy aquí? —preguntó divertida.

Jaxon la miró a los ojos. —Ya ha sido suficiente, Halia. Se acabó, ¿me has entendido? —le gritó fuera de sí.

Ella levantó las cejas viendo como salía del salón con ganas de quemar la casa.

—Yo...

—No pasa nada. —Se levantó y sintiendo que su corazón saltaba de felicidad porque parecía que se preocupaba por ella decidió seguirle. —¿Puedes encargarte del niño? —Caminó hasta la cocina donde Jaxon estaba sacando una cerveza de la nevera. —No lo ha hecho con mala intención. —Él tiró la chapa sobre la encimera antes de beber mientras la abuela que estaba cortando verduras le miraba de reojo. —Solo quiere que vuelva a ser la de antes.

—¿Y crees que volverás a serlo, nena? —preguntó mirándola a los ojos—. ¿Crees que lo

serás?

—Me da la sensación de que conteste lo que conteste a esa pregunta no voy a acertar — respondió tensándose porque parecía frustrado—. Es obvio que tú no quieres que vuelva a ser así.

—¡Pues es evidente que no!

—¡Jaxon! —protestó su abuela asombrada.

—Déjale abuela, ya es hora de que saque todo lo que lleva dentro. Se ha estado reprimiendo días —dijo levantando la barbilla—. Venga, Jaxon... Dime lo que no te gustaba de mí.

Él dio un paso hacia ella. —¿Vas a volver a largarte? ¡Porque ahora tienes un hijo!

—No he encontrado una solución para eso todavía.

—¿No la has encontrado? —preguntó incrédulo acercándose hasta ponerse ante ella provocando que levantara su mirada—. ¡Pues es muy sencillo! ¿Te vas a ir o no? —le gritó a la cara.

—¿Tengo que decidirlo ahora?

La señaló con el dedo. —Escúchame bien porque solo te lo voy a decir una vez. ¡Cómo salgas de esta casa procura que sea para no volver! —La abuela jadeó llevándose la mano al pecho mientras ella palidecía. —¡A mi hijo no vas a marearle con tus idas y venidas!

Cuando salió de la cocina dando un portazo agachó la mirada y la abuela apenas susurró — Está algo tenso con la situación y...

—Tiene razón, no es justo para el niño. —Se volvió antes de decir —No es justo para nadie.

Sentada ante la cena removía el contenido de un lado a otro mientras los demás hablaban. Distraída con sus pensamientos intentando encontrar una solución se dio cuenta de que esa solución no era fácil. Le encantaba su trabajo, pero su hijo tenía que ser lo primero. Además no sabía si podía enfrentarse de nuevo a una situación peligrosa cuando ahora se sobresaltaba por nada y siendo sincera consigo misma tampoco tenía mucho interés en investigar.

Jaxon la miró de reojo. —Nena, come.

Le miró sorprendida antes de bajar la vista a su plato y ver que aún lo tenía lleno. Se metió un pedazo de pollo en la boca y Cristal le fulminó con la mirada. —No es una niña, ¿sabes?

Jaxon gruñó girando la cabeza hacia ella. —Sé de sobra que no es una niña.

—¿Queréis dejar de hablar de mí como si no estuviera delante? —preguntó ofendida.

—Eso, niña. Que se están poniendo tontos —dijo la abuela antes de coger la salsa y echarle una buena cantidad de salsa sobre el plato—. Come.

Carole soltó una risita por su mirada de asombro. —¿Cuándo he dejado de tener control sobre mi vida? —preguntó provocando un denso silencio. Se levantó y salió de la cocina a toda prisa.

Su amiga apretó los labios. —Esto no va bien. Igual deberíamos llamar a un profesional para que la trate. No quiere hablar de lo que ocurrió más allá de lo que me contó el día que nos encontramos de nuevo. Y necesita sacar esa mierda.

—Es muy pronto todavía —dijo Carole sorprendida—. Por Dios, está mil veces mejor que hace una semana.

—¡Puede que él no quiera que sea como antes, pero yo quiero a mi amiga de vuelta y esa amiga no es Halia! ¡Es Damaryss! Es fuerte, inteligente y siempre tiene una solución para todo. ¡No es esa mujer débil que se intimida por Jaxon cada vez que pasa a su lado y que no dice lo que piensa por no ofender! —Fulminó a Jaxon con sus preciosos ojos azules. —¡Porque mi amiga no tenía nada de malo! ¡Y fue de ella de la que te enamoraste! No es justo que ahora intentes cambiarla aprovechando este suceso tan penoso...

Escucharon el galope pasando ante el rancho y Jaxon jurando por lo bajo se levantó a toda prisa para mirar por la ventana. —Se ha llevado a Cleopatra. —Corrió hacia la puerta y salió dejándola abierta.

Cristal hizo una mueca. —¿Por qué nunca puedo terminar mi discurso con este hombre?

Las dos sonrieron. —¿Quieres postre?

Sus ojos brillaron. —¿Hay tarta de manzana?

Capítulo 14

Sentada sobre la roca en el río miraba el reflejo de la luna sobre sus aguas. Escuchó al caballo acercándose y apretó las piernas entre sus brazos sin volverse. Sintió su presencia tras ella y como suspiraba. Sí, debía ser un auténtico coñazo tenerla cerca.

—No sé lo que se te pasa por la cabeza, pero no quiero que te vayas, nena. —Su corazón saltó en su pecho de la sorpresa y se quedó muy quieta escuchando atentamente. —No estoy enfadado, aunque lo parezca. Me frustra que no me mires o que te cohíbas a mi lado. Joder, en realidad me pone de los nervios que lo hagas. Es increíble lo que estoy deseando que me grites desgañitada como hacías antes. ¿Lo recuerdas, preciosa? Sabías ponerme en mi sitio. —Sonrió sin poder evitarlo. —Cuando llegaste por primera vez al rancho me dije que no debía hacerte ni caso por mucho que me moría por tocarte. Pensaba echarte a patadas, pero cuando me seguiste y te ofreciste a trabajar me dije que por qué no. Así te controlaría y te alejaría de tu objetivo. —Suspiró pasándose la mano por la nuca. —Pero a ti no te controla nadie, nena. Y me di cuenta demasiado tarde cuando todas las señales estaban ahí desde el principio. —Sintió como se acercaba. —Tenías razón en la carta que me escribiste. ¿La recuerdas, preciosa? Me decías que no siempre te aman como quieres, pero eso no significa que no sea amor. Y me he dado cuenta de que tú me querías mucho más de lo que yo te quería a ti. —Él apretó los puños porque no se volvía. —Me dijiste varias veces lo siento y ahora soy yo el que debo pedirte perdón, porque ni quiero pensar la cantidad de veces que habrás recordado durante ese encierro esas malditas palabras con las que deseé tu muerte en un momento de furia.

—Eres muy tuyo y tienes un carácter mucho peor que el mío. Lo entendí.

Como no contestaba frunció el ceño por si se había molestado y se volvió para ver que se

estaba quitando los pantalones. Separó sus labios de la impresión y observó como desnudo se metía en el río. —Yo no te he olvidado, preciosa —dijo antes de hundirse en el agua.

Se mordió el labio inferior porque se moría por entrar con él en el agua, pero no sabía si estaba haciendo lo correcto. ¿Pero qué diablos estaba pensando? Se había despelotado ante ella. Eso era una invitación, ¿no? Y acababa de decirle que no la había olvidado. ¿Quería que ella diera el primer paso? Bueno, aunque el primer paso lo estaba dando él al quedarse en cueros. Eso era una provocación en toda regla.

Con unos nervios que se moría por si metía la pata se puso de pie y mirando el agua se quitó a toda prisa los leggins y la camiseta. Metió los pies en el agua y él emergió girando la cabeza con fuerza salpicándola. Se sonrojó por su mirada y susurró —Estoy horrible, no mires.

—Siempre serás preciosa. —Se puso de pie ante ella y la cogió por la cintura pegándola a él. Se le cortó el aliento al sentir su piel fría contra la suya y cerró los ojos maravillada por sentirle de nuevo cuando creyó que jamás volvería a experimentar esa sensación. Él se hundió poco a poco en el agua y Halia abrió los ojos de nuevo. —¿Recuerdas nuestro primer baño? —preguntó con voz enronquecida mirando sus labios. —Te morías porque te hiciera el amor.

Acarició sus hombros levantando las cejas irónica. —¿Y tú no tenías ganas? —Gimió al sentir su sexo rozando el suyo.

—Como te acabo de decir me moría por tocarte —dijo con voz ronca mirando sus ojos—. Como ahora. —Su mano bajó hasta su trasero provocándole un fuerte estremecimiento. —¿Tienes frío?

—No. —Halia fascinada acarició su piel humedecida hasta llegar a su cabello. — ¿Esto es lo correcto?

Notó como sus músculos se tensaban. —¿No quieres estar conmigo?

—En todos estos meses lo único que me mantuvo cuerda fue pensar en ti y en el niño. En la vida que tendría contigo. En si me habrías perdonado...

La abrazó a él con fuerza. —Lo siento, nena. Siento haber reaccionado así. Todo lo que te dije, lo que hice...

—Estabas en tu derecho. Lo entendí.

Él se apartó para mirarla a los ojos y decir casi con desesperación —Dime que aún me quieres. Dime que aún eres mía.

—Te amo —susurró sin dudar al sentir su necesidad. Entró en ella haciéndola gritar de placer y Halia inclinó su cuello hacia atrás. Él besó su cuello apasionado antes de atrapar sus labios besándola como si fuera lo que más necesitaba en su vida y ella le correspondió intensamente. Entró en su cuerpo de nuevo y ella gimió abrazando su cuello. Jaxon apartó sus labios y susurró que era maravillosa mientras hacía que con cada embestida se aferrara a él necesitando todo lo que le daba, hasta que con un fuerte empujón ambos se catapultaron al infinito.

Jaxon besó su cuello y susurró —¿Te he hecho daño?

—Solo me daña pensar que me odias.

Él cerró los ojos y besó su cuello. —Eso no ha pasado nunca y nunca ocurrirá.

Acarició su cabello. —¿Algún día será como antes? Cuando no sabías quien era y solo nos echábamos siestas.

Él sonrió. —No, nunca será así de nuevo. —Asustada le miró a los ojos. —Porque ahora ya no habrá secretos entre nosotros y será mil veces mejor.

Sonrió y sintiéndose plena besó sus labios. Jaxon la sacó con cuidado del agua y la dejó en el suelo. Halia se agachó para coger la camiseta.

—Te has mojado la venda.

—Me la cambiaré cuando llegue. —Como no respondía miró sobre su hombro. Él poniéndose los pantalones apretó los labios mirando la cicatriz que la luz de la luna reflejaba en su espalda. —¿Jaxon?

—No quiero presionarte con lo que ocurrió.

—Pero quieres que te lo cuente. —Se puso la ropa y se acercó a él que se estaba poniendo la camiseta. —Me hicieron daño y sufrí muchísimo. ¿Pero sabes? En el fondo estoy agradecida.

La miró incrédulo. —Nena, ¿qué dices?

—Me dispararon sí, pero si no hubiera sido porque querían algo de mí ahora estaría muerta.

Si algo he aprendido allí, es que para ellos la vida no vale nada. He tenido una suerte enorme, Jaxon. Y ahora quiero seguir con mi vida.

Él acarició su cuello. —Tu vida...

Sintió su preocupación. —Nuestra vida, pero no pienso hacer quesos.

Jaxon se echó a reír cogiéndola por la cintura para ponerla a su altura. —Pero si se te daba muy bien...

Llena de felicidad besó sus labios. —Tengo otras virtudes, marido.

Se le cortó el aliento al ver como brillaban sus ojos. —Eso lo sé de sobra.

—¿Me darás otro hijo?

—Te daré lo que sea con tal de que seas feliz a mi lado.

—Quiero vivirlo todo de nuevo, pero contigo. —Emocionada le abrazó con fuerza. —La vida no deja de sorprenderme. Creí que te había perdido, mi amor.

—Tenemos otra oportunidad. Y no pienso desaprovecharla, preciosa. No vamos a desaprovecharla.

Hablaron durante horas y tumbada a su lado en la cama acarició su pecho riendo porque al parecer a Curt no le gustaba nada bañarse. Se quedó mirando la pared pensando en ello y perdió la sonrisa poco a poco. Él acarició su mano. —¿En qué piensas?

—En todo lo que me he perdido... En si seré una buena madre.

—Claro que sí.

Ella levantó la vista hacia él. —¿Qué clase de madre soy que me voy a Uganda embarazada de siete meses? Le puse en peligro.

Jaxon apretó los labios. —Todos cometemos errores. —Miró la pared de nuevo. —Eh... —Cogió su barbilla para que le mirara. —Un día le pisé la mano. Pasó gateando ante mí y ni le vi. Y le hice daño. Durante unos minutos lloró entre mis brazos y casi me vuelvo loco, pero a los cinco minutos estaba riendo como si nada mientras que yo estuve torturándome días —dijo intentando animarla—. Todos cometemos errores. Si hubieras creído que pasaría algo no

hubieras ido, estoy seguro.

—Nunca he tenido una madre.

Él asintió. —Me lo contó Cowton cuando llegaste a Hawái. También me contó que tu padre está en la cárcel.

Forzó una sonrisa. —Voy a ser una madre estupenda cuando jamás me he criado en una familia. La única familia que he visto de cerca sois vosotros.

—Pero te criaste en una casa de acogida. Al parecer le tenías mucho cariño a la mujer que te cuidaba.

—La tía Sarah hacía lo que podía con los quince niños que tenía a su cargo. En cuanto se iba uno llegaba otro y no se mostraba especialmente cariñosa con ellos. Ni siquiera lo fue conmigo, aunque era su ojito derecho. —Apoyó la barbilla sobre su pecho y se emocionó. —La mató mi padre.

Jaxon se tensó. —¿Qué?

—¿Eso no te lo contó?

—No, solo me dijo que estaba en la cárcel. Mi abuela me había dicho que habías mentido respecto a tus padres, pero cuando no llegó ninguno de tus familiares tu jefe me dijo que tu madre efectivamente había fallecido y tu padre estaba en la cárcel, pero en aquel momento no estaba para escuchar muchos detalles. Recuerdo que llegó un policía militar para llevarnos a la sala de espera y dejamos esa conversación.

—Entonces no sabes nada —dijo agotada.

—Nena... No importa, descansa. Todavía estás convaleciente. —Acarició su espalda.

—Sí que importa. Ese hombre es mi maldición y es justo que lo sepas. —Le relató lo que había ocurrido y él la escuchó atentamente. —Por eso me cambié el nombre.

—Para que no te encontrara si salía de la cárcel.

Asintió. —Sí. La primera vez que salí en un video en internet aún estaba en la universidad. Emilio me aconsejó que me cambiara el nombre. Es muy común buscar a alguien por internet a ver si así se tiene una pista de su paradero...

—Cierto. —Acarició su mejilla.

—Así que lo hice. Escogí el nombre de mi madre y el apellido de la tía Sarah. A partir de ahí seguí usándolo y llegó un punto que todo el mundo me llamaba así.

—Como Cristal.

—Sí. Me convertí en Damaryss Goodell y Halia Dimitrakos quedó relegada a un segundo plano. Y yo lo fomentaba porque era como si mi nueva vida apartara a otra no tan interesante y mucho más triste. —Sonrió con ironía. —Hasta en la embajada creyeron en mí al ver uno de los videos. No dudaron que me llamaba de esa manera en ningún momento.

—Gracias a eso pude sacarte de allí.

—Y no sabes cómo me alegro.

Se miraron a los ojos. —A mí Damaryss me pone mucho.

Se echó a reír. —No puedo creer que hayas dicho eso.

La tumbó de espaldas en la cama y acarició su pecho. —Pero quiero casarme con Halia.

Acariciando su nuca se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Nena, deberíamos hacerlo legal, ¿no crees?

—¿Quieres casarte?

—Claro que sí. —Besó su labio superior. —Y quiero que todas esas mujeres sean una sola, Halia Easterwood. —Hizo una mueca. —Suena bien.

—Suena muy bien.

Él besó sus labios de nuevo y la miró intensamente. —He visto cómo te comportas con Curt desde que pusiste tus ojos en él y nadie dudaría que le amas con locura. Vas a ser una madre estupenda y estoy deseando tener muchos más hijos contigo. —Los ojos de Halia se llenaron de lágrimas. —No me gusta que dudes de ti. Siempre sabes qué hacer cuando llega el momento y sabrás hacerlo con tu hijo porque es lo que más te importa en la vida. —Besó sus labios de nuevo. —Ahora a dormir.

Le sujetó por la nuca reteniéndole antes de besar sus labios y susurrar —Luego...

Escuchó el ruido del motor y salió ansiosa al porche esperando que fuera Eduardo que iría ese fin de semana para la boda, pero al ver el coche del sheriff frunció el ceño bajando los escalones. —¡Es el sheriff! —gritó haciendo que su suegra y la abuela sacaran la cabeza por la ventana de la cocina.

—Igual nos trae las flores —dijo la abuela—. Llegaban hoy.

Cristal salió corriendo de casa y se quitó los cascos que llevaba. —Ah, que no es Eduardo.

El sheriff detuvo el coche ante la puerta y sonrió. —¡Buenos días!

—Buenos días, sheriff. ¿Nos trae algo?

—Noticias.

Sintió como su familia se colocaba tras ella. —Espero que sean buenas noticias.

—Pues no lo sé. —Se bajó del coche y tiró de sus pantalones hacia arriba mirando a su alrededor. —¿Jaxon está por aquí?

—Tenía un envío de reses —respondió Carole—. ¿Qué ocurre, amigo? No traes buena cara.

Él gruñó como si le molestara que no estuviera Jaxon y se pasó la mano por la barbilla. —Pues quería hablar algo con él. —Se acercó y puso un pie en el escalón antes de mirarla. —Cuando regresaste tu marido me advirtió que si venía gente de la prensa por aquí le diera un toque.

—Sí, lo sé. No quiere que me molesten. Pero creía que se habían ido. Ya ha pasado más de un mes y...

—Sí, se fueron en unos días. Pero esta mañana ha llegado alguien al pueblo preguntando por el rancho y quería decírselo a Jaxon.

—Será un vendedor de maquinaria —dijo la abuela.

Él negó con la cabeza. —No, no tiene pinta.

—¿Y de qué tiene pinta? —preguntó Carole divertida.

—Tiene pinta de traficante y tiene unos tatuajes en la mano que son carcelarios, de eso no tengo duda.

Halia palideció y él la miró fijamente. —¿Le conoces? Jaxon me explicó la confusión

respecto a tu nombre y por qué utilizabas una especie de seudónimo para tu trabajo. Precisamente por eso no sé si ese hombre viene a la boda, porque se apellida como tú. Él no ha entrado en detalles. De hecho no ha sido muy amistoso. —Todas se quedaron en silencio y él apretó los labios. —Entiendo. Imagino que voy a tener problemas con ese tipo.

—Estaba sentenciado a cadena perpetua —dijo sin aliento—. Era su tercer delito grave.

—Ha debido verte en las noticias —dijo su amiga—. Por eso te ha localizado.

—Muy bien, investigaré la razón por la que está suelto. Putos abogados... siempre jodiendo —siseó volviéndose—. Cuando sepa algo os llamo.

—Gracias, sheriff.

Observaron como subía al coche y Halia se llevó una mano a la frente. ¿Por qué tenía que aparecer justamente ahora? Carole le apretó el hombro. —No te preocupes. Aquí estás segura.

—¡Mierda! —gritó entrando en la casa y dando un portazo.

—¡Niña, esa boca! —la regañó la abuela.

El primer pensamiento que se le pasó por la cabeza fue ir a por ese cerdo que había matado a la tía Sarah, pero al entrar en el salón se detuvo en seco cuando su hijo sentado sobre su manta favorita la miró con sus mismos ojos verdes. Ella no era como él.

—Ya verás como se termina yendo —dijo Carole muy segura—. Sino los chicos le meterán en vereda para que entienda el mensaje.

—Sí —dijo entre dientes—. Jaxon se encargará.

—Por supuesto. Los Easterwood protegen lo suyo, ¿recuerdas?

Estaba dándole de cenar al niño cuando llegó Jaxon. Él se agachó a su espalda y la besó en la sien. Miró hacia él sobre su hombro y su marido negó con la cabeza. —Ya me he enterado. Uno de los chicos le vio en el pueblo y he llamado al sheriff. Al parecer le soltaron porque presentó un recurso y el testigo no se presentó al nuevo juicio. No te preocupes, ¿vale? Solo preocúpate de estar preciosa mañana. —Besó suavemente sus labios y el niño chilló. Jaxon sonrió. —¿No te hago caso? —Se acercó y le besó en el cuello haciéndole chillar de la alegría.

Su marido fue hasta la nevera y Halia vio el barro de sus botas más rojizo que el habitual. — Estoy seco.

—Hijo, lo estás poniendo todo perdido —dijo la abuela.

Mientras bebía con ganas Halia se fijó en su aspecto. Estaba más sucio de lo habitual y vio varias marcas en los antebrazos. —Cielo, ¿has tenido problemas con el ganado? Parece que te ha atropellado un tren.

Él bebiendo hizo una mueca y tragó. —Se han puesto rebeldes al subir al camión. Voy a darme una ducha.

En ese momento entró Eduardo y todos chillaron de la alegría. —¡Menuda bienvenida!

Se acercaron a saludarle y escucharon un chillido. Todos sacaron la cabeza por la puerta de la cocina para mirar hacia arriba y ver a Cristal tirada en el suelo del pasillo. Seguramente se había caído al salir corriendo del baño. —Au...

—¿Estás bien? —preguntó desde abajo aún con la cuchara en la mano mientras su novio subía las escaleras a toda prisa.

—Sí, esto no es nada.

Eduardo al llegar hasta ella puso los brazos en jarras. —Mujer, ¿vas siempre así por la casa?

Ella aún tirada en el suelo agarró la toalla por encima del pecho sonrojándose. —Me he dejado la bata en la habitación. ¿Es que no vas a ayudarme? —preguntó indignada.

Él se echó a reír y se agachó cogiéndola por la cintura para atrapar su boca. Ella le abrazó por el cuello y chilló antes de reír cuando la cogió en brazos.

—Vamos a tener otra boda pronto —dijo Jaxon guiñándole un ojo.

Contenta asintió y cuando desaparecieron sus amigos él empezó a subir las escaleras. La abuela jadeó. —¿Es que no cenan?

—Seguro que es algo rápido, abuela —dijo divertida. La abuela se sonrojó y ella se echó a reír a carcajadas.

—Serás pillina.

Su marido le guiñó un ojo subiendo los escalones y al volverse ella vio un roto en sus

vaqueros. Parecía que la manada le había pasado por encima. Se volvió y chilló al ver que su hijo había decidido comer solo y tenía puré por todo su cuerpo. Hasta en el cabello. —¡Estupendo! ¡Pues a la ducha con tu padre!

Carole se echó a reír y gritó —¡No le limpies, voy a sacarle una foto! ¿Dónde he dejado el móvil?

—Es el niño que más fotos tiene de todo Texas —dijo la abuela orgullosa.

—Es que los texanos lo hacemos todo a lo grande.

La abuela la miró de reojo. —¿Entonces eres texana?

La miró sorprendida y se echó a reír. —No me extraña que lo dudes. Pues sí, eso era verdad. Nací en Dallas, pero me trasladaron con la tía Sarah unos años después. Ella no cuidaba bebés.

—¡Oh, eso es estupendo! —dijo la abuela como si le hubiera dado la alegría de su vida—. Sabía que tenías una fuerza que solo puede ser texana. Claro que sí. No sé por qué dudaba.

Riendo llevó el plato de su hijo al fregadero y su suegra apareció corriendo para hacerle fotos al niño como si fuera toda una paparazzi y de paso aprovecharon. Todas se sacaron fotos con Curt porque Halia quería preservar todos los momentos posibles. Le dio un beso en la nariz a su hijo y Carole captó el momento.

—Bueno, ya está bien. Ahora a ducharse, jovencito.

Su hijo gruñó como si no le gustara un pelo y rieron mientras salía de la cocina. Subió al primer piso y sin llamar entró en el baño donde su marido se estaba duchando. Desvistió al niño sentada en la taza del wáter y frunció el ceño al ver que la camiseta que estaba en el suelo tenía dos manchas redondas de un color granate. Seguro que algún animal se había herido. Se levantó y al abrir la cortina él se volvió sobresaltado. Jaxon puso los ojos en blanco al ver la cara de Curt. —Sí, nos ha salido rebelde. Qué se le va a hacer.

Riendo Jaxon lo cogió por las axilas. —¿No te duchas conmigo, preciosa?

Al apartarse y ver su costado Halia perdió la sonrisa porque tenía un gran morado. — Cariño...

Él bajó la vista hasta su costado. —Joder, ya decía yo que me dolía. Una de las reses se

escapó y al ir a por ella Curro me tiró del caballo.

—¿Te duele mucho? ¿Vamos al médico? —preguntó preocupada.

—Nena, me pego golpes así continuamente —dijo como si nada pasando su mano por el cabello del niño. Curt parecía que disfrutaba de la ducha—. Ah, ya lo entiendo campeón, a ti te va más esto.

—Increíble. ¿Jaxon?

—No, nena. No tengo que ir al médico. Es solo un golpe.

No muy segura asintió y cuando el niño estuvo reluciente le cogió de sus brazos. Mientras su marido salía de la ducha ella secó al niño que totalmente relajado parecía que iba a quedarse dormido cuando siempre les costaba muchísimo que durmiera. Sus padres se miraron sorprendidos. —A partir de ahora ducha antes de acostarse —susurró ella.

—Totalmente de acuerdo. —Besó sus labios y salieron del baño para ir cada uno a una habitación. Después de acostar al niño recogió la ropa del baño y las botas. Las bajó al piso de abajo y tiró la ropa en la cesta de la lavadora. Limpió sus botas hasta dejarlas brillantes y sonrió subiéndoselas de nuevo abriendo los ojos como platos cuando escuchó los gritos de placer de Cristal. Entró en su habitación mientras Jaxon reprimía la risa. —No tiene gracia, como me despierte al niño la mato.

—Nena, tú gritas mucho más y no se despierta. Así que no creo que haya problema.

Jadeó haciéndole reír. —Muy gracioso, Easterwood. —Él se puso las botas de nuevo y salieron de la habitación. —Es mentira, ¿no? —susurró—. ¿De veras grito tanto?

Riendo la cogió por la cintura. —Ya veremos esta noche. ¿Qué tal si ponemos la grabadora?

—Ah, no. Esta noche duermes en otra cama.

Sorprendido vio como entraba en la cocina. —¿Y eso por qué?

—Es la noche antes de nuestra boda. De nuestra boda de verdad.

—Sí, hijo. Hay que seguir las tradiciones.

—Abuela, que tenemos un hijo.

Carole se echó a reír a carcajadas por la indignación de la abuela. —¡Por una noche no te va

a pasar nada!

Para su sorpresa Jaxon se sonrojó y riendo fue a por la ensalada. Su marido la miró como si quisiera estrangularla por sacar ese tema ante la familia y ella se hizo la tonta. Sentado a la cabecera susurró —Ya veremos si puedes resistirte. Y lo grabaré.

—Ja.

Carole frunció el ceño y fue hasta la ventana. —Viene alguien.

Todos se tensaron y Jaxon se levantó cogiendo la escopeta.

—¿Cariño? —preguntó asustándose. Solo le faltaba que su hombre terminara en la cárcel por pegarle un tiro a su padre. O a cualquiera, porque en ese momento sus ojos mostraban que pegaría un tiro al que saliera de ese coche fuera quien fuera.

Al ver que no era un coche conocido, al menos para ella, se puso al lado de Jaxon. —Cariño, ten cuidado. ¿Y si va armado?

—Entra en casa —dijo levantando la escopeta apuntando el coche.

A medida que el vehículo se fue acercando fue aminorando y Jaxon disparó en la parte delantera del coche haciendo que se detuviera en seco. Asustada porque no salía nadie se agarró a su fuerte antebrazo. —¿Cariño? Vamos dentro. Seguro que está sacando el arma y...

La puerta se abrió en ese momento. —¡Soy yo! —gritó alguien desde dentro del coche. De repente el vehículo empezó a soltar un humo blanco y Cowton salió corriendo—. ¡Qué explota!

No lo pudo evitar, cuando le vio correr campo a través con los brazos en alto le entró la risa y se apretó el vientre porque hasta le dolía. Cowton al escuchar sus risas se volvió indignado. — ¡No tiene gracia! ¡Encima que os traigo un regalo de bodas!

—Lo siento, amigo. Es que no te esperábamos —dijo Jaxon bajando el arma—. Bienvenido al rancho Easterwood.

—¿Es pitorreo?

Halia se partía de la risa, y viendo a su jefe caminando hacia ellos como si fuera a la guerra, aún más. Cuando se acercó, Cowton sonrió al ver su aspecto. —Te veo muy bien.

Bajó los escalones y le abrazó. —Gracias por venir y por todo.

—No tienes que darlas y no me lo perdería por nada. Me muero por ver como se celebran las bodas en Texas.

—A lo grande. —Jaxon estrechó su mano. —Pasa, estarás sediento.

—Gracias. —Miró a Halia y amplió su sonrisa. —Estás estupenda.

—Todavía no, pero ahí vamos. ¿Cómo va todo por Washington?

—Sin ti no somos nada.

—Está bien que me echéis de menos. —Jaxon la miró de reojo y Halia sonrió. —¡No lo digo por nada!

—Más te vale.

Chasqueó la lengua. —Ya hemos hablado y trabajaré a distancia.

—Lo de la distancia es lo que me preocupa precisamente.

Cowton se echó a reír y le palmeó la espalda. —Tranquilo, amigo. Eso ya ha quedado claro. Cualquier ayuda que pueda prestarnos será muy bienvenida.

—Pediré que intensifiquen la señal de internet.

—Uy, cielo... eso me vendría genial.

Halia presentó a Cowton al resto de la familia y para su sorpresa se llevaban estupendamente. Ellas fueron muy amables y le invitaron a quedarse en la casa, lo que fue un alivio porque no veía a su jefe durmiendo en el hotel acostumbrado como estaba a hoteles de lujo. Se sentaron a cenar y unos minutos después se unieron a ellos Eduardo y Cristal que aún estaba sonrojada de tanto ejercicio. Fue una cena muy amena y divertida. Eduardo ahora ocupaba su puesto y dirigía el equipo. Escuchó con añoranza anécdotas que antes había vivido ella, pero increíblemente no lo echó de menos. Su marido pasó el brazo por sus hombros y ella se pegó a él riendo como los demás. La besó en la sien y se sintió tan bien que supo que no necesitaba nada más de lo que tenía en ese momento.

Capítulo 15

Acarició la tela del vestido que le había hecho Carole y que había quedado precioso. La última vez había llevado un vestido blanco estilo hippy que había encontrado en una tienda del pueblo, pero ese era un vestido de novia de verdad y se lo había hecho con la misma tela de su vestido de novia en un tiempo récord. Carole emocionada colocó uno de los encajes de su hombro antes de agacharse y elevar la falda para mostrar su volumen. —Estás preciosa.

—Gracias. Por hacer que este día sea especial y por todo.

—Haría lo que fuera porque mi hijo siga siendo tan feliz como lo es a tu lado. Me has dado uno de los mayores regalos que he recibido en la vida, mi Curt. Y desde que has vuelto todo es mil veces mejor. Así que gracias a ti.

Sonrió y la abrazó. —Gracias de todas formas.

—Ha sido un placer.

La abuela entró en ese momento llevando un tul en la mano y Halia se llevó la mano al pecho. —¡No!

—Es el velo que llevé en mi boda y me encantaría que te lo pusieras. Algo viejo.

Se puso tras ella y se lo prendió al cabello. Casi no se notaba que tenía el cabello tan corto y cuando se lo colocó sobre los hombros fue evidente que quedaba perfecto con el vestido. Reprimió las lágrimas. —Es precioso.

La abuela asintió emocionada. La puerta se abrió de nuevo en una rendija y Cristal dijo — ¿Puedo pasar? ¡Estoy harta de esperar!

Rieron y la abuela abrió la puerta mostrando a su amiga con un hermoso vestido rosa de seda. Se miraron la una a la otra con la boca abierta antes de decir —¡Estás preciosa!

—Ese vestido no es de Cristal Valley —dijo ella divertida.

—No, le pedí a mi amable novio que me lo trajera de casa —dijo elevando la barbilla.

—Eso me recuerda que cuando vuelvas tienes que hacerme la mudanza. —Jadeó haciéndoles reír y Halia cogió el hermoso ramo de rosas blancas. —Vamos allá.

—Sí, que el novio está impaciente.

Emocionada salió de la habitación y al ver a Jaxon sonriendo en el hall con su hijo en brazos sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaban monísimos vestidos los dos de smoking y sorprendida bajó los escalones mientras ellos la observaban. —Estás preciosa.

—¿De dónde has sacado...?

—Shuss... —Cogió su mano. —Este día está lleno de sorpresas.

Salieron al porche y fascinada vio que durante la mañana todo había cambiado. Había oído movimiento por la casa, pero jamás se hubiera imaginado aquello. Todo el porche estaba lleno de flores colgadas de todos lados con velas encendidas y las escaleras tenían una alfombra roja que llevaban hasta un pórtico blanco donde el cura estaba esperando rodeado de invitados. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver allí a los miembros de su equipo capitaneados por Cowton y bajó los escalones del brazo de Jaxon. Estaba allí todo el pueblo y la dueña del hotel le guiñó un ojo. Oscar se subió los pantalones del traje al igual que su padre que estaba tras él mientras que su mujer sonreía cogida de su brazo. Se sintió en familia, en casa y miró a Jaxon a los ojos. — Gracias.

—Gracias a ti por volver a mi vida. Gracias por luchar y no rendirte para regresar a mi lado.

—Y lo haría mil veces.

Ambos miraron al sacerdote y Jaxon entregó al niño a su abuela antes de coger su mano. — Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio... De nuevo.

Varios se echaron a reír y ella tampoco pudo evitarlo. Radiante de felicidad miró a Jaxon a los ojos y la ceremonia le pasó en un suspiro. Incluso dijo sus votos como en una nebulosa de felicidad y antes de darse cuenta tenía el anillo en su mano y decía mientras lo deslizaba por su

dedo —Con este anillo yo te desposo.

Jaxon cogió el anillo del cojín forrado de seda blanca y elevó su mano para ponerle la alianza. —Con este anillo yo te desposo.

—Con la autoridad que me confiere la santa madre Iglesia, yo os declaro marido y mujer. — Ambos le miraron divertidos. —De nuevo. Puedes besar a la novia.

Su marido la cogió por la cintura y la inclinó a un lado estilo Hollywood antes de besar suavemente sus labios. Ella rio abrazando su cuello cuando la volvió. —Eres el mejor.

Levantó sus cejas con picardía. —Lo sé.

Riendo se volvió y los invitados les rodearon para felicitarlos. En ese momento empezó a sonar una banda de música que llegaba por el camino como si fuera un partido de fútbol americano. Se echó a reír y los invitados les siguieron a la parte de atrás de la casa donde un enorme buffet les esperaba. No se parecía en nada a su primera boda donde había cuatro invitados y habían comido una barbacoa. —Oye, no te molestaste tanto la última vez —dijo aparentando indignación.

Jaxon se echó a reír. —Es que esta vez no tenía tanta prisa. Ya te había atrapado.

—Uy cariño, eso no lo dudes.

Horas después bailaba con el sheriff bajo los farolillos encendidos y el hombre la giró como todo un profesional. Medio mareada por el alcohol y tanta vuelta casi sale volando, pero allí estaba su marido para sujetarla por la cintura y evitar que cayera. Sonrió como una tonta. —Mi marido.

—Sí, nena. Tu marido y ya es hora de irse.

—¿Irse? ¡Pero si la fiesta está a tope! —Levantó los brazos gritando y los invitados más borrachos la siguieron mientras los que estaban algo menos borrachos sonreían indulgentes. Jaxon la cogió en brazos y le miró enamorada. —Ah, que quieres hacer el amor. Vale.

Su marido reprimió la risa. —No me servirías para mucho.

—Tengo mucha energía. —Sorprendida vio que la metía en un coche y estiró el cuello hacia

él que aún estaba fuera. —Cielo, ¿a dónde vamos?

—De luna de miel.

—¡Esta boda es genial!

Riendo se metió en el coche con ella y el vehículo empezó a andar. Se pegó a él. —¿A dónde vamos?

—Ya lo verás. —Acarició su brazo y ella apoyó la mejilla en su hombro. —¿Lo has pasado bien?

—Nunca lo he pasado mejor.

Fueron los días más perfectos de su vida. El avión de la compañía les esperaba en la pista listo para salir rumbo a México donde una casa de ensueño ante la playa sería exclusivamente suya durante toda una semana. Hacer el amor bajo las estrellas la había sorprendido un poco, sobre todo porque todo el mundo dice que es genial, pero a ella se le metió la arena por todas partes. Prefería el agua y se bañaron mucho. Mucho.

Bajaron del coche radiantes de felicidad e impacientes por ver al niño. La abuela y Carole salieron chillando de la casa y les abrazaron cubriéndoles de besos.

—Qué guapos estáis —dijo la abuela. —¿Cómo lo habéis pasado?

—Maravillosamente. He enseñado a Jaxon mis lugares favoritos y hemos hecho mucho el amor.

—Ah.... —dijo la abuela poniéndose como un tomate.

Riendo Jaxon preguntó —¿Cómo ha ido todo, abuela?

—Todo muy bien.

Halia corrió hacia la casa. —¡Luego os doy los regalos!

Sabiendo a donde iba ambas sonrieron. —Se la ve espectacular. Radiante de felicidad. — Jaxon perdió algo la sonrisa. —Hijo, ¿qué pasa? —preguntó Carole.

—Que lo he visto, madre. —Le miraron sin comprender. —He visto cómo disfruta de su trabajo. Fuimos a Tulum. Tenías que verla hablando de las ruinas. Historias que jamás había

escuchado. La apasiona. Voy a perderla de nuevo.

Ellas perdieron la sonrisa poco a poco. —No digas eso... —dijo su abuela acariciándole el brazo.

—Cristal tenía razón. Forma parte de ella y por mucho que me quiera no puede reprimirlo.

Halia salió con el niño en brazos. —¡Se ha despertado de la siesta! Cariño, mira lo que ha crecido —dijo asombrada—. La próxima vez nos lo llevamos.

En la cena se dio cuenta de que Jaxon estaba pensativo y cuando se acostaron estaba igual. Con una camiseta vieja se metió en la cama y preocupada se tumbó pegada a él todo lo posible, lo que le hizo sonreír. —Nena, ¿no tienes calor?

—Hace un frío que pela.

Él se echó a reír porque debían estar a cuarenta grados y acarició su brazo. Halia levantó la vista. —¿Qué te ocurre? Te he visto hablar esta tarde con el sheriff. ¿Mi padre sigue por aquí? ¿Eso es lo que te preocupa?

—No, nena.

—¿Se ha ido? —preguntó contenta.

—Al parecer sí. Por lo visto el sheriff habló muy seriamente con él y le amenazó con detenerle por acoso. Estaba en libertad condicional y salió pitando en cuanto amaneció.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. —Frunció el ceño. —No, no me lo esperaba. —Jaxon asintió mirando el techo pensativo. —Cielo, no me ocultas nada, ¿verdad? Algo que pueda preocuparme...

Pareció sorprendido con la pregunta. —Claro que no.

—Algo que te preocupe a ti...

La observó pensativo durante varios segundos y acarició su nuca. —¿Eres feliz conmigo?

—Claro que sí. —Temió que no la creyera. —Cielo, ¿qué pasa?

Apretó los labios por su preocupación. —Nada, tonterías mías.

Cogió su barbilla para que la mirara. —Nada me hace más feliz que el niño y tú. ¿Qué he

hecho para que no me creas? —De repente lo entendió. —Las excursiones.

—He visto cómo disfrutabas estando allí.

Sonrió sin poder evitarlo. —Disfruto mucho más contigo y viendo a mi hijo crecer día a día. Eso es pasado y mi futuro está a tu lado.

—¿De veras? —preguntó sin creerse una palabra—. Con la organización tienes una vida emocionante. Siempre es una sorpresa por descubrir y yo... Esta vida es muy monótona, nena. Te terminarás aburriendo y...

—Pasé miedo —dijo interrumpiéndole mientras se arrodillaba a su lado para verle mejor—. Pasé muchísimo miedo. Cada noche era aterradora y no sabía si iba a sobrevivir otro día. —A Jaxon se le cortó el aliento. —Los gritos de horror eran continuos. Mataban sin ningún remordimiento y de manera cruel —dijo angustiada—. En esos meses descubrí lo que es realmente la maldad humana y no quiero verla nunca más. Mi trabajo ha sido divertido, muchas veces emocionante, pero también me ha llevado a ver el lado más espeluznante de la vida y no quiero volver a correr el riesgo de encontrarme en una situación parecida o de experimentar de nuevo lo que sentí en ese tiempo recluida. No quiero volver a sentir ese miedo jamás.

Jaxon la abrazó. —Lo siento, nena. Siento haber hecho que recuerdes...

Se aferró a él. —Jamás dudes que si estoy a tu lado es porque me haces feliz. Inmensamente feliz. Y precisamente porque he visto mundo, porque he conocido a cientos de personas estoy a tu lado. Porque solo contigo me siento segura, mi amor. Segura de tu amor y segura de que te amo intensamente, así que jamás volveré a separarme de tu lado.

Jaxon la besó apasionado tumbándola en la cama y cuando apartó sus labios se encontró con sus preciosos ojos verdes llenos de lágrimas. —Por favor nena, no llores.

Se abrazó a su cuello. —No lloro, no tengo por qué. Excepto porque no estás cumpliendo, Easterwood.

—¿Ah, no? —preguntó sorprendido.

—No, no me has preñado.

Se echó a reír. —Pues habrá que hacer algo al respecto.

Sonrió maliciosa. —Eso, eso... Ponte a ello en serio.

Agotada bajó los escalones y parpadeó al ver a las mujeres de su familia mirándola ansiosas. —No, no estoy embarazada —dijo yendo hasta la cafetera—. Y no lo entiendo porque no paramos de darle que te pego.

—¡Niña! —La abuela soltó una risita.

—A ver si es la maldición —dijo Carole.

—O que lo tiene seco.

Bajó la taza asombrada. —¿Crees que le he dejado seco? —Entrecerró los ojos porque en los tres de la noche anterior parecía que estaba en plena forma. —No, eso no es. Si está como un toro.

—¡Mueve el culo, Oscar! ¡O te envío a limpiar la cochiguera por vago! —gritó su marido furioso desde fuera.

Hizo una mueca. —Pobre Oscar, yo tendría pesadillas.

—¿Crees que puede ser la maldición? Ni mi marido ni mi hijo tuvieron más de un hijo varón.

—Que no, eso no es.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Carole ofendida—. ¡La maldición existe!

—Lo que existen son las epidemias y la mala suerte. Y la infertilidad. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿No seré yo la que estoy seca?

—No, claro que no —dijeron las dos a la vez como si fuera tonta.

—Voy a llamar al médico. —De repente se detuvo en seco. —Tenemos de eso, ¿no?

—Sí, está en Leakey.

—Perfecto. Que me haga un repaso y si apruebo que repase a Jaxon.

Escucharon el motor de un coche y la abuela miró por la ventana. —El correo.

—¡Oh, genial! —Salió corriendo, olvidándose del número del doctor. —James, ¿me traes algo?

—Sí, señora Easterwood. Un montón de cosas.

Chilló de la alegría y ambas sonrieron. —Al parecer vamos a tener que despejar una habitación para que trabaje —dijo su suegra encantada.

—La última del pasillo. Ahí tendrá mejor señal de internet.

—Bien visto, abuela.

—¡Cariño me ha llegado el ordenador! —gritó desgañitada.

—¡Oscar, mueve el culo! ¡Mi mujer no puede coger pesos!

Miró al doctor. —¿Entonces todo va bien?

—Eres muy fértil y tus análisis son totalmente normales. Esa mala experiencia que tuviste en el pasado no te ha afectado físicamente. —Suspiró exageradamente del alivio mientras Jaxon se tensaba a su lado. —Y los espermatozoides de tu marido también son los más espabilados que he visto en años.

—Si la otra vez me embarazó en un parpadeo —dijo haciendo que el doctor reprimiera la risa.

—Nena, fue más de un parpadeo que nuestras buenas siestas nos pegábamos.

Ella le miró con ojos de loca. —Igual es eso... Igual a ti te van más las tardes.

El doctor se echó a reír. —Puedes intentarlo por las tardes una temporada, pero no creo que sea eso. Has pasado una situación estresante y tu cuerpo se está amoldando. Eso unido a que ahora te estás estresando por tener otro hijo no ayuda. Relájate un poco.

—Así que es culpa mía.

—No es culpa de nadie. Relax y olvídate de tener un hijo durante unos meses. Ese es mi consejo.

Suspiró levantándose y su marido alargó la mano al doctor. —Muchas gracias.

—De nada.

Salieron del médico y se subieron en el coche para regresar a casa. Su marido la miró de reojo porque estaba muy callada y por su cara no se había quedado nada contenta. —Nena, ¿qué está pasando por esa cabecita tuya?

—Igual sí que es la maldición...

—Tú no crees en esas cosas y nos demostraste que estábamos muy pero que muy equivocados. ¿O no lo recuerdas?

—Estoy exponiendo teorías. Luego descarto.

Jaxon sonrió. —Pues descártalo todo y olvídate un tiempo, ¿quieres? ¿Qué te parece si esta tarde vamos al río y nos bañamos...?

—¿Un picnic?

—Suena estupendamente.

Capítulo 16

Cristal a su lado puso los brazos en jarras mirando las gallinas corretear por el corral. —¡No puedo creer que me hayas llamado para esto! ¡Tengo un master!

—Es que son muy listas. Cuando voy a por una salen corriendo.

—¿No me digas?

—Venga, yo cojo el saco y tú la metes.

La miró como si estuviera loca. —Ni hablar. ¡Tú la metes!

Bufó abriendo la verja. —Muy bien. Pero ábrelo bien.

—Coge una bien gorda. —La miró divertida. —Oye, si hacemos esto lo hacemos bien. —Se acercó como si nada y se agachó de golpe, pero la gallina salió pitando. —Eres pésima en esto.

—Qué pena que no haya encontrado una perdiz.

—Lo mejor sería un sacrificio humano. —Halia levantó sus cejas negras. —¿Qué? Sabes que es mucho mejor. —Entrecerró sus ojos azules. —Oye, ¿no me habrás llamado para ofrecer mi corazón al Dios sol?

—No me des ideas...

—Sería una pena porque no lo tengo. Se lo entregado a mi Eduardo.

—Madre mía, ¿por qué se me ocurrió llamarte?

—Porque por orgullo no se lo dices a tu familia. La que no creía en las maldiciones va a hacer un sacrificio.

—No tiene gracia. —Se tiró sobre una gallina y su amiga se echó a reír a carcajadas. La gallina se lanzó sobre su cabeza y Cristal chilló cuando intentó atacarla. —¡Cógela, cógela!

Su amiga entró en el corral y agarró el ala de la gallina que le picoteó la mano. —¡Hostia

puta! —gritó mostrando su mano mientras Halia cogía la gallina al vuelo sujetándola.

—¿Quieres abrir el saco?

Su amiga gruñó antes de abrirlo y Halia metió la gallina a toda prisa antes de cerrar el saco.

—¿Qué hacéis? —Ambas se volvieron poniendo el saco detrás para mirar como niñas buenas a Jaxon que se cruzó de brazos al ver los pelos de su mujer. —¿Que hacéis?

—Coger huevos.

—¿Con un saco? Nena, se recogen con una cesta. Y tienes huevos de sobra en la cocina.

—Oh, pues no los había visto.

Mirándolas con desconfianza se agachó y cogió una gallina como si nada tirándola al interior del corral. —Y se cierra la puerta.

—Vale.

—Preciosa, ¿estás bien?

Sonrió encantada. —Claro.

Su marido se alejó hacia el establo. —¡Oscar, mi caballo!

—Sí, jefe.

Él se volvió para mirarlas y ambas sonrieron de oreja a oreja. Su marido forzó una sonrisa antes de entrar en el establo.

—¡Vamos, corre!

Salieron del corral a toda prisa y se escondieron tras la casa. Su marido salió a caballo y miró hacia el corral, pero como no estaban se puso el sombrero y salió a galope.

—Pídele a Oscar los caballos. Yo voy dentro por un cuchillo que es lo único que me falta.

—Hecho —dijo su amiga saliendo de su escondite.

Dejó la gallina allí y subió los escalones que daban a la cocina. La abuela que estaba con el niño en brazos la miró y ella forzó una sonrisa. —¿Se ha dormido?

—Casi.

—Oh, qué mono. —Cogió un cuchillo del soporte en la pared.

—¿Qué haces? —preguntó porque iba hacia la puerta de nuevo.

—Pues... Cristal se ha clavado algo en la bota... Nos vamos a dar una vuelta a caballo. Le apetece montar.

—Pasadlo bien.

—¡Ciao!

Salió corriendo cogiendo el saco de la gallina y la mochila de debajo de un montón de heno para ir a toda prisa hacia Cristal que ya salía con los caballos.

—Tienes cara de loca.

—Corre, corre. La abuela tiene la mosca detrás de la oreja.

—¿Será porque vas con el cuchillo en alto como si fueras la protagonista de la matanza de Texas?

—A ver si te casas. Ya verás como ya no eres tan graciosa. ¡No te queda tiempo!

—Ah, entonces no me caso. —Se subieron al caballo y vieron como la abuela y Carole las observaban desde el porche. Saludaron con la mano sonriendo como locas y estas les respondieron. —Sí, tienen la mosca detrás de la oreja.

—Te lo dije.

Se dirigieron hacia el río y después de cruzarlo Halia miró hacia atrás suspirando del alivio porque al parecer no había nadie. Solo esperaba que el ganado no estuviera cerca de la montaña. Se sorprendió porque ese año el campo estaba mucho más árido que cuando ella había estado allí por última vez.

—Está muy distinto, ¿verdad? —preguntó su amiga—. Pero es que este año ha hecho mucho más calor. ¿Has traído agua? —Halia hizo una mueca. —Increíble. ¿Y qué llevas ahí?

—Lo que necesito.

—¿Y no necesitas agua?

—Pues no. ¡Porque allí hay de sobra, pesada!

Dejaron los caballos y subieron la montaña hasta la entrada a la gruta. A toda prisa quitaron las piedras. —Venga, apúrate que tenemos que estar en casa para la cena.

—Madre mía, parece que tenemos doce años y que nuestros padres nos echarán la bronca.

Halia puso los ojos en blanco y en cuanto hubo hueco sacó las linternas de la mochila y la cerró bien. Sujetó unas cuerdas a las bolsas y se ató el otro extremo a las piernas. —Lleva tú el cuchillo.

—Hecho.

Empezó a arrastrarse y al mover las piernas las bolsas le seguían. Su amiga rio tras ella. —Cómo te he echado de menos.

Se detuvo y miró hacia atrás. —¿De veras?

—Ya no es tan divertido sin ti. No se lo digas a Eduardo.

Sonrió y le guiñó un ojo. —Hecho. —Alumbró frente a ella. —Yo también te echo de menos.

—Lo sé.

Rio siguiendo su camino y juró por lo bajo cuando se clavó una piedra en el antebrazo. Se miró y vio que estaba sangrando, pero al disponerse a girar en el túnel para entrar en la gruta vio sobre una piedra que sobresalía lo que parecía sangre seca. Separó los labios acercando la mano y la tocó.

—¿Eso es sangre? —preguntó Cristal asombrada.

—Eso parece.

—Pues no estaba ahí la última vez. —Su amiga pasó la linterna a su alrededor. —¿Halia? —Miró hacia atrás porque parecía asustada y vio que a su izquierda también había sangre. Mucha sangre. —Me da que aquí ya se ha sacrificado algo.

Sintiendo un nudo en la boca del estómago se siguió arrastrando girando a la derecha. El sonido de la cascada era más tenue y al alumbrar la pared también vio restos de sangre. —Cristal quédate aquí.

—De eso nada.

Se arrastró hasta que la gruta se abrió y sin bajar alumbró a su alrededor, pero no vio nada distinto. Sintiendo un presentimiento alumbró justo debajo para ver el cuerpo de un hombre boca abajo y con una gran mancha roja en la espalda. Su mano estaba llena de gusanos y se tapó la boca reprimiendo una arcada, pero reconoció el anillo de oro que llevaba en el índice. Lo había

visto muchos años antes cuando esa mano intentó golpearla. Miles de pensamientos la agobiaron, pero el que más la asustó fue recordar la ropa manchada de sangre de Jaxon el día antes de la boda y sus botas llenas de tierra. Tierra muy parecida a la que allí había. Al recordar el morado en su costado y las heridas en los antebrazos ya no tuvo dudas.

—¿Halia?

—Da la vuelta.

—Sabes que no puedo.

—¡Pues vete hacia atrás! —Su amiga empezó a hacerlo, pero ella gritó —¡Espera, no te muevas!

—A ver si te aclaras... ¿Quién es? —preguntó su amiga.

—Mi padre.

—Joder...

—Mierda, mierda.

—¡No pierdas los nervios! Ahora nos vamos y hasta luego, que tenga buen viaje. Eso si no está en el infierno ya, que yo creo que sí.

—No puedo dejarle ahí.

—¿Estás loca? ¡Yo no toco un cadáver! ¿No querías sacrificio? Pues toma sacrificio. Vas a tener hijos como una coneja.

—Ha sido Jaxon...

—Pues bravo por él. ¿Nos vamos?

—¿Y si lo descubre alguien?

—No han encontrado este sitio en años, ¿por qué iban a encontrarlo ahora?

—¿Será porque he colgado un video en internet con muchos detalles y la montaña no forma parte de las tierras de Jaxon? ¡Puede venir cualquiera!

—Pero en año y pico no ha venido nadie.

—Eso no lo sabemos. Mi padre estuvo aquí el día antes de la boda. ¡Y de eso no hace ni un mes!

—Pues también es verdad. ¿Qué pinta tiene?

—¿Qué pinta va a tener? ¡De cadáver en putrefacción!

—¿Todavía está así? ¿Ni huesos ni nada? Yo me largo.

—El ambiente de la cueva ha debido retrasar el proceso. ¿Qué quieres que haga? ¿Vuelvo en unas semanas?

—¡Pues sí! ¡Y no me llames!

—¡Pues yo no pienso dejar que mi marido vaya a la cárcel por mi culpa! ¡Tienes un mechero?

—¿Un mechero? Pues no —dijo con ironía—. Me lo he dejado en casa con la pipa de crack.

Se le cortó el aliento. —Él tiene que llevar uno. Fumaba.

—Ay, madre.

Se giró y desató las cuerdas de los pies a toda prisa. La gallina chilló dentro de la bolsa y su amiga se acercó arrastrándose. —¿Qué llevas en la mochila?

—Una flauta, flores... ¡Vamos, lo típico para hacer un ritual de sacrificio azteca! Hasta llevaba cuatro días sin sexo y comiendo poquísimo para respetar el ayuno. No veas el mosqueo que tiene Jaxon. Cree que le hago ojitos a Oscar.

—¿Y no le da por pensar que has perdido un tornillo?

—Sal y busca hojas, ramas, lo que sea para que arda.

—Pues vamos a necesitar un montón, ¿no? ¡Oye que no hemos traído el antídoto y ahí fuera hay serpientes! —Al ver lo nerviosa que estaba su amiga se sentó ante ella y le arreó un tortazo. Halia la miró con los ojos como platos. —¡Tienes que ser fría! ¡Espabila! ¡Este es un caso para Damaryss, así que la quiero de vuelta!

—Tienes razón —dijo intentando calmarse—. Opciones... Irnos y reunir lo que necesitamos.

—Yo voto por coger una pala y enterrarlo. No deja tantos restos y por aquí hay terreno de sobra.

La miró fijamente. —Tienes razón. Y si es en la montaña mejor para que no esté en las tierras de los Easterwood.

—Mejor hacerlo de noche para no estar a la vista de nadie.

—Necesitamos palas, cuerdas para subirlo de ahí y una manta para cubrirlo.

—Sí, mejor una manta que un plástico. Eso deja más huellas.

—Tenemos que buscar el terreno.

—¿Pues a qué esperamos? Estamos perdiendo un tiempo precioso. Dejo el cuchillo, así no tenemos que cogerlo de nuevo.

—No, no dejes nada. Por si alguien lo encuentra antes de que podamos venir a por él.

Su amiga asintió y salieron arrastrándose de nuevo. Colocaron las piedras en la entrada y suspiraron del alivio al no ver a nadie a su alrededor, así que corrieron hacia los caballos.

Jaxon apoyado en el pomo de la silla de montar entrecerró los ojos viendo como soltaban la gallina y levantó el ala de su sombrero negando con la cabeza antes de coger las riendas girando el caballo.

—Nena, ¿dónde has estado esta tarde?

Ella que se estaba cepillando el cabello vio a través del espejo que la observaba desde la cama.

—Pues salí a cabalgar con Cristal. —Forzó una sonrisa. —Recordamos los viejos tiempos. ¿Sabes que piensa casarse con Eduardo?

—No ha dejado de hablar de ello en la cena. De hecho parlotaba como loca. Parecía que necesitaba hablar de algo y era evidente que estaba muy nerviosa. ¿Todo va bien?

—Claro que sí. Está muy feliz, eso es todo.

Él asintió y la observó mientras se acercaba a la cama. Suspiró tumbándose a su lado y le dio un beso en los labios. —Buenas noches, cielo.

—Ah, que hoy tampoco.

Le miró confusa. —¿Qué?

Jaxon mosqueado siseó —Buenas noches.

—Buenas noches, mi amor.

Se quedó a su lado muy quieta esperando a que se durmiera. Molesto se movió de un lado a otro varias veces, pero al final se quedó dormido. Pobrecito, con lo que trabajaba no le extrañaba nada. Debían haber pasado como dos horas cuando movió las piernas lentamente fuera de la cama y como si fuera al baño salió de la habitación cerrando la puerta. Entró en la habitación de su amiga que ya la esperaba preparada y se vistió a toda prisa. Lista para todo y con la linterna en la mano, puso un dedo ante su boca y Cristal asintió. Salieron de puntillas hacia las escaleras y bajaron sin hacer ruido. La luz de la luna se filtraba por las ventanas de la cocina y la recorrieron en silencio saliendo por allí. No les costó encontrar las palas porque en el establo donde estaban las vacas las habían visto mil veces. Fueron al establo de los caballos y allí encontraron las cuerdas y las mantas. Ensillaron los caballos y para que no las oyeran desde la casa se alejaron tirando de las riendas. Fue un alivio alejarse y Cristal le guiñó un ojo azuzando su caballo.

Apenas media hora después ambas estaban con los brazos en jarras mirando el cadáver. — Madre mía, qué asco. Pero no huele tan mal como pensaba. —La miró de reojo. —¿Sientes algo?

—¿Aparte de asco?

—Menos mal, solo me faltaba que te pusieras sentimentaloides.

—Si no le conozco de nada.

—Y ya no le vas a conocer.

—¿Empezamos?

—Por supuesto.

Su amiga sacó unos guantes de látex y la miró asombrada. —¿Y los míos?

—Solo tenía unos. ¿Ves cómo siempre está bien llevar unos en la maleta por si acaso? A veces las habitaciones están llenas de mierda y hay que limpiar. Ja. Y Eduardo se ríe de mí. — Tomó aire por la nariz. —Ah, sí... las mantas.

Sin salir de su asombro vio que ahora estaba muy dispuesta a ayudar. —Tú te has tomado algo, ¿no?

—Un Valium. Son la leche. Le he dicho a la abuela que estaba algo nerviosa y me lo ha dado. Son de cuando murió su hijo. ¿Crees que estaban caducados?

—No, tiene pinta de que funciona muy bien.

Sonrió radiante. —Lista.

Ambas cogieron una manta y la tiraron sobre el cadáver. Hicieron rodar el cuerpo y no les costó cubrirlo. —No recordaba que tuviera tan mala pinta.

Su amiga la miró de reojo. —Te veo muy entera.

—Te aseguro que un año en Uganda te prepara para cualquier cosa. —Cogió la cuerda y empezó a rodear la manta. Estaban casi terminando de atarle cuando escucharon ruidos y sin aliento miraron hacia el túnel. La luz de una linterna apareció ante ellas y Cristal gimió. —Que nos han pillado...

La cara de Jaxon apareció de repente y no parecía nada contento. —¡Ya puede ser importante para que haya venido hasta aquí a estas horas!

Se sonrojó sin poder evitarlo. —Pues sí que es importante. ¡Ocultar lo que has hecho!

Su marido llegó al borde y miró el cadáver. —¿Qué coño es eso?

—Vamos, no te hagas el tonto —dijo Cristal.

Al ver la cara de sorpresa de su marido se llevó las manos a la cabeza volviéndose. —¿Nena?

Se giró exasperada. —¡Es mi padre!

—¿No lo sabe?

—¡No ha sido él!

—¡Claro que no he sido yo! —gritó saltando al suelo y acercándose—. Joder, ¿qué hace aquí?

—¡Estaba muerto, Jaxon! ¿Qué crees que ha pasado?

—¿Y le has traído aquí? ¡Ahora puede encontrar este sitio cualquiera!

—¡No he sido yo! ¡Vine por casualidad y estaba aquí! ¡Le han apuñalado y varias veces!

—Bueno, por casualidad... —Cristal chasqueó la lengua. —Vinimos a hacer un sacrificio. Nada como ofrecer un corazón para poner las cosas en orden.

Jaxon la miró como si no se lo pudiera creer. —Mujer, se te está yendo la cabeza.

—¡Era para compensar la maldición! A los aztecas les funcionaba. —Levantó la barbilla

orgullosa. —¡Y yo quiero otro hijo!

—Ahora entiendo lo de la gallina. —Miró el cadáver. —Hay que sacarlo de aquí.

—Pues eso. Vamos a ello —dijo Cristal cogiéndole de las piernas. Ambos la miraron—. ¿Qué? ¿Queréis estar aquí toda la noche?

Suspirando Jaxon cogió el bulto y se lo cargó al hombro tirándolo en el hueco. Ambas suspiraron admiradas. —Vamos, nena. Tendrás que pasar sobre él. —Extendió su mano y ella se dio toda la prisa que pudo. Su marido la cogió por la cintura elevándola y pasó la pierna sobre el cadáver para llegar al otro lado. Se hizo a un lado y Jaxon subió a Cristal. Entre los tres consiguieron empujar el cadáver para que Jaxon pudiera subir.

Su marido fue tirando del cadáver a medida que avanzaba agarrando las cuerdas de su cuello. Cuando salió del agujero sudaba a mares. —Joder, no se quien lo ha metido ahí, pero tendría que ser como yo.

—No necesariamente.

Su marido cargó el cadáver sobre el hombro. —¿Crees que lo mataron ahí?

—Había sangre en el túnel —dijo Cristal cogiendo las riendas del caballo.

—Cierto, pero no sabemos de quien era. Igual el asesino se manchó cuando le acuchilló y la sangre de su ropa se transfirió a la piedra al salir. Así que no tenía por qué tener mucha fuerza.

Su marido tiró el cadáver sobre el caballo y miró a su esposa exasperado. —No han podido ser ellas. Ninguna de ellas.

—Vamos, sabes tan bien como yo que han sido ellas. Oye, a mí no me importa. De hecho me encanta haberme librado de él, pero hay que ser realistas. Solo nosotros conocemos este sitio.

—¡Qué sepamos! ¡Porque ahora gracias a ti puede conocerlo todo el mundo!

—¿En serio estáis discutiendo esto aquí con un cadáver a la vista de cualquiera? Estas cosas mejor se discuten en casa.

—Iros a casa, ya me encargo yo.

—De eso nada. La familia que mata unida se mantiene unida.

Cristal rio. —De verdad, estáis mal de la cabeza.

Sonrió a su marido. —¿Vamos?

Ellas le llevaron hasta el sitio que habían encontrado entre dos rocas. Era perfecto. Su marido no perdió el tiempo y empezó a cavar. —Que sea profundo, no vaya a ser que los animales lo desentierren. —Jaxon la fulminó con la mirada. —Vale, hay que ver cómo te pones.

—¿Ves cómo hay una maldición? —dijo entre dientes—. Aquí siempre pasan cosas así.

—¿De veras? Cielo, cosas así pasan en todo el mundo.

—¿Entonces para qué querías hacer un sacrificio? —preguntó exasperado.

—Por si acaso... —susurró.

Él puso los ojos en blanco y siguió cavando hasta que solo se veía de él la cabeza. Las chicas empujaron el cadáver y algo de tierra con las manos mientras Jaxon subía y empezaba a empujarla con la pala. Halia cogió la otra pala para ayudarle y cuando terminaron pusieron algunas piedras por encima. —Listo... —Halia se pasó la mano por la frente y miró el horizonte. Empezaba a amanecer. —Regresemos antes de que llegue Oscar.

A toda prisa fueron hasta sus caballos para volver a casa. Halia se aseguró de que la luz del establo estaba apagada y lavó las palas antes de colocarlas en su sitio. Jaxon agotado la observaba desde la puerta del establo. —Vamos, cielo.

—Joder, no puede ser —susurró yendo hasta la casa.

—¿Y quién iba a ser? ¿El sheriff?

—Es un hombre estupendo, pero no encontraría la cueva ni con un mapa.

Ella soltó una risita y al entrar en la casa vio por el rabillo del ojo que Cristal estaba ante la puerta de la cocina. Se acercaron a ella para encontrarse a la abuela y a Carole sentadas en dos sillas cruzadas de brazos.

—Me han prohibido moverme —susurró su amiga—. Me miran como las monjas del colegio.

Jaxon entrecerró los ojos. —Madre, ¿puedes explicarme esto?

—No, explícame tú. ¿Dónde has estado?

—¡Sacando el cadáver del padre de Halia de la cueva! ¡Ahí he estado!

—¿Y por qué lo has sacado? —preguntó la abuela asombrada.

Las chicas levantaron las manos porque acababan de reconocerlo mientras Jaxon las miraba asombrado. —¿Habéis sido vosotras?

—No se lo creía —dijo Halia.

—Claro que hemos sido nosotras. —Carole sonrió. —Yo fui al pueblo y le dije que su hija quería verle. También le dije que estaba en la cueva, que había una vasija de oro que la niña había ocultado para ella, pero que si la dejaba en paz se la daría. Vi la avaricia en sus ojos. Me siguió encantado, el muy capullo. Al contrario de la niña él no tenía mucha sesera.

—El resto fue cosa mía. Cuando saltó a la cueva le apuñalé —dijo la abuela haciendo que les cayera la mandíbula hasta el suelo—. No sé por qué lo habéis movido. Ahí no lo hubiera encontrado nadie.

Jaxon se pasó las manos por el cabello despeinándose por completo. —¡Porque la cueva no forma parte de mis tierras y en el video de Halia da detalles que pueden hacer que los curiosos quieran conocerla!

—Pero si no ha venido nadie en todo este tiempo —dijo su madre asombrada.

—¡Pero eso no significa que no puedan venir en el futuro! ¡Alguien que tenga la misma curiosidad que mi mujer!

De repente se dio cuenta. —Cariño, ¿has visto el video? —Todos la miraron como si fuera tonta. —¡Vale, no lo sabía!

—Bueno, ya está. Misterio resuelto. —Cristal se volvió. —Me voy a la cama que estoy hecha polvo.

Los cuatro se miraron los unos a los otros y Halia sonrió acercándose a ellas para abrazarlas. —Sois las mejores.

—No podíamos permitir que te hiciera daño y sabíamos que lo intentaría.

—Gracias. —Besó a una y luego a la otra cuando sintió a su marido a sus espaldas abrazándolas a todas. Se echaron a reír. —Esto sí que es una familia.

—Por supuesto, niña. Los Easterwood protegemos a los nuestros.

Tumbada en la cama acarició el pecho de su marido. —Son fantásticas.

—Tú sí que eres fantástica. —Le miró sin comprender. —Creías que había sido yo, ¿verdad?

Por eso me lo ocultaste.

Se sonrojó ligeramente. —Pues sí.

Jaxon acarició su espalda. —Cuando llegué al hotel ya no estaba.

Halia se echó a reír y le abrazó. —Está claro que no he podido casarme con una familia mejor. —Se tumbó sobre él y besó sus labios. —¿Cómo es posible que cada día te ame más?

Él mirándola intensamente acarició su cintura bajando hasta sus glúteos. —A mí me pasa lo mismo.

—Y yo que creía que una vida juntos no era posible. —Besó su barbilla. —Está claro que no soy tan lista como creía. —Sintiendo como su sexo se endurecía le miró maliciosa. —¿Me has echado de menos en estos días de ayuno?

Él gruñó volviéndola y Halia se echó a reír cuando se hizo un hueco entre sus piernas. —Vamos a ver si ha servido de algo.

Ella acercó sus labios. —Estoy segura de que sí, amor. Descubrámoslo juntos.

Epílogo

Halia miró la fotografía que le habían enviado por correo electrónico y frunció el ceño preguntando al teléfono —¿Es una broma? —Era un pedazo de madera astillado que se suponía que era de un barco antiguo de las islas Caimán.

—Nos ha llegado hoy, ¿qué pasa? ¿No te ha llegado bien la imagen? —Su amiga eructó al otro lado del teléfono y ella miró asombrada su móvil. —Uy, perdona... pero tengo unos gases... ¿A ti te pasa lo mismo?

Acarició su enorme vientre. —Esta vez no. Y eso que son dos. Debe ser cierto que las niñas son más tranquilas.

—Uff, qué ganas tengo de sacarlo. Bueno, a lo que íbamos. ¿Qué tiene de malo?

—¿De malo? ¿Habéis hecho los análisis? —Miró la fotografía de nuevo. —Porque esto no me parece caoba.

—¿Y por qué iba a ser caoba? Es madera de cedro.

Puso los ojos en blanco. —¡De verdad, a ver si estudiamos más, Cristal! —Su amiga gimió al otro lado de la línea. —¡El barco que buscamos fue construido en mil seiscientos treinta! ¡Y sabemos que fue un encargo de España en las Américas! ¡El único puerto que hacía ese tipo de embarcaciones en esa época era la Habana! ¡Y allí se utilizaba principalmente madera de caoba! ¿Ahora entiendes por qué este trozo no pertenece al Esmeralda? ¡Qué sigan buscando, leche!

—Pues a Cowton no le va a gustar.

Parpadeó asombrada. —¡Me importa un pito! —Miró la carta de navegación. —Que busquen más al sur, las corrientes pueden haberlo arrastrado hasta allí durante la tormenta. ¡Y dile a tu querido marido que como no tenga resultados, voy hasta allí y le retuerzo las orejas!

Cristal se echó a reír colgando el teléfono. Miró la fotografía de nuevo y gruñó tirándola sobre la mesa. Llamaron a la puerta y distraída dijo —Pasa, abuela. Ya sabes que no tienes por qué llamar. —Como no contestaba nadie, distraída levantó la vista hacia la puerta cerrada. — ¿Abuela?

Se levantó y rodeó la mesa para abrir la puerta, pero no había nadie. Sacó la cabeza al pasillo y frunció el ceño. ¿Se lo habría imaginado? Al cerrar la puerta miró hacia abajo y se detuvo en seco al encontrarse la punta de una flecha india en el suelo indicando el fondo del pasillo. Se agachó para cogerla e hizo una mueca. Era un ejemplar muy bueno. Caminó por el pasillo con ella en la mano y se detuvo al ver otra indicando la puerta de su habitación. Se echó a reír cogiéndola y abrió la puerta para ver la habitación llena de globos azules y a su marido vestido de smoking con una botella de champán en la mano. Estaba tan guapo que se lo comería entero. Dejó las flechas sobre el aparador. —¿A qué se debe esta sorpresa?

—Para ser alguien que recuerda cientos de fechas te veo algo perdida —dijo con una sonrisa maliciosa.

Se llevó la mano al pecho pensando rápidamente. Su aniversario era dentro de dos meses, su cumpleaños en diciembre, el cumpleaños del niño en octubre, leche no tenía ni idea. Pistas, pistas... Globos azules. ¿Azules? ¿Él en smoking? ¿Ese champán tenía alcohol?

Jaxon se echó a reír a carcajadas. —Estás totalmente perdida.

Sonrió sin poder evitarlo y se acercó abrazando su cintura. —Un poquito.

—No, un poquito no... —Besó sus labios. —¿Una pista?

Sonrió emocionada. —Me encantan las pistas.

—Me comías con los ojos.

—¡Venga, eso no es una pista! ¡Eso lo hago cada día!

Su marido se echó a reír abrazándola. —Cierto.

—Sé más específico. Una buena pista tiene que decir algo que solo pase ese día.

Él sonrió mirándola a los ojos. —Fue el día en que me enamoré de ti.

Halia sonrió. —Ya sé que día es. El día en que hice mi mayor descubrimiento. El día en que

te conocí.

Jaxon besó suavemente sus labios. —Ya han pasado tres años.

—Y no cambiaría nada del tiempo que he estado junto a ti.

—Ni yo porque eso nos ha llevado a este momento. —Besó de nuevo sus labios.

—Los globos azules eran para despistar, ¿no?

Él se echó a reír. —Nena, no puedo expresar todo lo que te amo.

Emocionada miró sus ojos. —No hace falta. Me lo demuestras en cada gesto y no puedo ser más dichosa. Gracias por recordarme este día, porque fue cuando empecé a vivir mi propia historia en lugar de estudiar la de otros.

—De nada, preciosa. ¿Abrimos el champán? —preguntó seductor levantando una ceja.

—Uff, me encantaría, pero es mejor que vayas a por el coche.

La miró sin comprender antes de tensarse, palidecer mirando su vientre y salir corriendo de la habitación a la vez que gritaba —¡Alerta roja!

Reprimiendo la risa se acarició el vientre. —Sí, mi mayor descubrimiento... Todo un hombre. Ya le iréis conociendo porque es muy suyo... Pero es que es un Easterwood y es normal. Protegen a los que aman por encima de todo. —Suspiró yendo hacia la puerta y gritó — ¡Falsa alarma, amor! ¡Era un gas!

—¡Mujer vas a provocar que me dé un infarto! ¡Ya son tres alertas rojas esta semana! —gritó desde abajo.

Soltó una risita. —Me encanta ver la cara que pone. —Salió de la habitación y gritó — ¿Abrimos el champán?

—¿Para que tengas más gases?

Ya no pudo más y se echó a reír a carcajadas. Él que estaba subiendo las escaleras se detuvo en seco. —Nena, ¿conoces una historia que se llama “Que viene el lobo”?

—Uhhh —dijo seductora—. Una historia que no conozco.

Se acercó a ella y la cogió en brazos. —Creo que antes de contártela voy a ponerte cómoda.

—Lo que tú digas, vaquero.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1— ViloX (Fantasía)
- 2— Brujas Valerie (Fantasía)
- 3— Brujas Tessa (Fantasía)
- 4— Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5— Planes de Boda (Serie oficina)
- 6— Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7— La consentida de la reina (Serie época)
- 8— Inseguro amor (Serie oficina)
- 9— Hasta mi último aliento
- 10— Demándame si puedes
- 11— Condenada por tu amor (Serie época)
- 12— El amor no se compra
- 13— Peligroso amor
- 14— Una bala al corazón
- 15— Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16— Te casarás conmigo
- 17— Huir del amor (Serie oficina)
- 18— Insufrible amor
- 19— A tu lado puedo ser feliz
- 20— No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21— No me amas como quiero (Serie época)
- 22— Amor por destino (Serie Texas)

- 23— Para siempre, mi amor.
- 24— No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25— Mi mariposa (Fantasía)
- 26— Esa no soy yo
- 27— Confía en el amor
- 28— Te odiaré toda la vida
- 29— Juramento de amor (Serie época)
- 30— Otra vida contigo
- 31— Dejaré de esconderme
- 32— La culpa es tuya
- 33— Mi torturador (Serie oficina)
- 34— Me faltabas tú
- 35— Negociemos (Serie oficina)
- 36— El heredero (Serie época)
- 37— Un amor que sorprende
- 38— La caza (Fantasía)
- 39— A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40— No busco marido
- 41— Diseña mi amor
- 42— Tú eres mi estrella
- 43— No te dejaría escapar
- 44— No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46— Busca la felicidad
- 47— Cuéntame más (Serie Australia)
- 48— La joya del Yukón
- 49— Confía en mí (Serie época)

- 50— Mi matrioska
- 51— Nadie nos separará jamás
- 52— Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53— Mi acosadora
- 54— La portavoz
- 55— Mi refugio
- 56— Todo por la familia
- 57— Te avergüenzas de mí
- 58— Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60— Sólo mía
- 61— Madre de mentira
- 62— Entrega certificada
- 63— Tú me haces feliz (Serie época)
- 64— Lo nuestro es único
- 65— La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66— Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67— Por una mentira
- 68— Vuelve
- 69— La Reina de mi corazón
- 70— No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71— Estaré ahí
- 72— Dime que me perdonas
- 73— Me das la felicidad
- 74— Firma aquí
- 75— ViloX II (Fantasía)
- 76— Una moneda por tu corazón (Serie época)

- 77— Una noticia estupenda.
- 78— Lucharé por los dos.
- 79— Lady Johanna. (Serie Época)
- 80— Podrías hacerlo mejor.
- 81— Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82— Todo por ti.
- 83— Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84— Sin mentiras
- 85— No más secretos (Serie fantasía)
- 86— El hombre perfecto
- 87— Mi sombra (Serie medieval)
- 88— Vuelves loco mi corazón
- 89— Me lo has dado todo
- 90— Por encima de todo
- 91— Lady Corianne (Serie época)
- 92— Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93— Róbame el corazón
- 94— Lo sé, mi amor
- 95— Barreras del pasado
- 96— Cada día más
- 97— Miedo a perderte
- 98— No te merezco (Serie época)
- 99— Protégeme (Serie oficina)
- 100— No puedo fiarme de ti.
- 101— Las pruebas del amor
- 102— Vilox III (Fantasía)
- 103— Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

- 104— Retrátate (Serie Texas)
- 105— Por orgullo
- 106— Lady Emily (Serie época)
- 107— A sus órdenes
- 108— Un buen negocio (Serie oficina)
- 109— Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110— Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111— Yo lo quiero todo
- 112— La elegida (Fantasía medieval)
- 113— Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114— Con solo una mirada (Serie época)
- 115— La aventura de mi vida
- 116— Tú eres mi sueño
- 117— Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118— Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119— Sólo con estar a mi lado
- 120— Tienes que entenderlo
- 121— No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122— Desterrada (Serie vikingos)
- 123— Tu corazón te lo dirá
- 124— Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125— Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126— Dragón Dorado (Serie época)
- 127— No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129— Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130— Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132— El juego del amor.
- 133— Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134— Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135— Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136— Por nuestro bien.
- 137— Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138— Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139— Renunciaré a ti.
- 140— Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141— Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142— Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143— Lady Elyse (Serie época)
- 144— Nada me importa más que tú.
- 145— Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146— Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147— Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149— Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150— Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151— Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152— Tú no eres para mí
- 153— Lo supe en cuanto le vi
- 154— Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155— Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156— Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157— Me has dado la vida

158— Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159— Amor por destino 2 (Serie Texas)

160— Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161— Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162— Dulces sueños, milady (Serie Época)

163— La vida que siempre he soñado

164— Aprenderás, mi amor

165— No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166— Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor

7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.